

fabricio
caivano



el
sacapuntas

**inventario inútil de
despropósitos, imperti-
nencias, utopías y mitos.**

COMUNIDAD ESCOLAR

FABRICIO CAIVANO

EL
SACAPUNTAS

Este libro debe reconocer sus orígenes: mis amigos de "El Pelouro", en Caldelas de Tuy, en la provincia de Pontevedra y junto al río Miño. Allí aprendí lo que debería ser una escuela hecha a la medida del niño, y a rechazar los habituales sucedáneos.



© Ministerio de Educación y Ciencia, 1988, Madrid
Fabricio Caivano
Edita: Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia
Diseño y Maquetación: Juan Millares
Compilador: Xabier Laborda
Ilustraciones: Carlos Romeu
Tirada: 3000 ejemplares
N.I.P.O.: 176-88-183-2
ISBN: 84-369-1448-1
Depósito Legal: M-17.625-1988
Imprime: Servicios Gráficos Colomina, S. A.
Joaquín M.ª López, 48, 3.º
28015 MADRID



FABRICIO CAIVANO

Nace en Barcelona en mil novecientos cuarenta y pico. Estudiante desde que tiene memoria en numerosos colegios, religiosos, laicos y mixtos. Por no consentir en ponerse la bata, consigue ser expulsado brillantemente de la mayoría de ellos.

Cursa Derecho y lo acaba a pesar de todo. Fue profesor de COU durante algunos cursos. Es, además, y con perdón, sociólogo y periodista. Coordinador de la revista "CAU" (Construcción, Arquitectura, Urbanismo) desde su fundación hasta su expulsión, en 1975. Encuestador persistente, viajero solitario y lector compulsivo. Ha sido colaborador de desaparecidas revistas ("Triunfo", "La Calle", "Arreu") y lo es en algunos diarios ("El Periódico", "El Diario de Barcelona", "El País", etc.).

En la actualidad insiste en dirigir la revista "Cuadernos de Pedagogía", que fundó en 1975. Es autor de tres libros, numerosos artículos, ensayos y escritos, de los que no lleva la cuenta puesto que no concurra ni recopila méritos.

Prefiere dar conferencias y charlas antes que sufrirlas. Es colaborador del semanario "Comunidad Escolar", en el que publica semanalmente la sección SACAPUNTAS y, sin embargo, es miembro del solemne Consejo Escolar del Estado por designación del mismísimo Ministro de Educación...

Es miembro del Consejo de Redacción de varias publicaciones educativas y/o pedagógicas. Le sigue gustando viajar y, no obstante su edad, no se pone más bata que la que le hace miembro del Grupo de Educación de la Comisión Española de Cooperación con la UNESCO. Escribe con la única intención de que le quieran y de hacer retroceder el tiempo. Cosas ambas que no suele conseguir en absoluto.

INDICE

CRONISTA MEDITERRANEO. Manuel Colomina ..	9
INTRODUCCION-CLIP. Xavier Laborda	13
ELOGIO DEL DESPROPOSITO	15
SOCIOLOGIA IMPERTINENTE	59
MELANCOLICAS UTOPIAS	103
RITOS Y MITOS	143



UN CRONISTA MEDITERRANEO

El sacapuntas nació como colaboración amistosa de Fabricio Caivano, primero quincenalmente y con posterioridad de forma semanal, en la sección de Cultura del periódico *Comunidad Escolar*. En el aliento de esa aventura periodística siempre pensamos que la información educativa, objetivo principal del empeño, también debía abrirse a la crítica y al debate cultural.

Tal convencimiento terminó alumbrando unas páginas de Cultura que han sido para muchos un último y cálido refugio. Por ejemplo, de dos plumas tan notables como singulares son los personajes que las sostienen. Primero fue el periodista Ricardo Cid Cañaverl, ya fallecido, quien a través de *El boli alborotado* inventó una variante insólita de columna periodística de crítica social con la escuela como pretexto.

Después, una amistad germinal y encuentros "profesionales", tan fecundos como frecuentes, entre quien esto escribe y quien escribiría *El sacapuntas* concretaron un nada fácil compromiso. Se trataba de que Fabricio Caivano aceptase dejarse cada semana un poquito de sí mismo, cual lapicero generoso, en la escritura de ese sacapuntas que les conviene no olvidar en el plumier de la pereza. Pues no de otra manera sabe este escribano cumplir una cita, imaginaria y real a la vez, con el quimérico lector.

Sociólogo de profesión, bajito de estatura, entrañable de aspecto, ingenuo de remate y lúcido por deformación, viajero impenitente, destripaterrones de recetarios pedagógicos de todo jaez ante los más variopintos auditorios. A poco que lo conozcas, aceptarías de buen grado la revelación de que en realidad su apellido es *Del Dongo*, o *Sorel*, y que su familia proviene de la Toscana, o de Las Landas, o de judíos sefardíes errantes, enriquecidos y arruinados por los ciclos de la vida para acabar asentándose en Estambul, tras una breve estancia en Creta. En cualquier caso, sea cual sea la película que él quiera contarnos, siempre la luz y los vientos del Mediterráneo bañarán las riberas de sus fabulaciones. Porque, señoras y señores, antes que nada estamos ante un cabal e indolente

cronista mediterráneo, un mirón tan tierno y arrebatado como sensible y ácida puede ser su escritura.

Este cronista, que escribe con las tripas de lo vivido, realiza su trabajo de campo a pie de obra, con las gentes, con los individuos, con la altanera y comunicativa convicción de que algo inesperado y estimulante está a punto de sucedernos a la vuelta de la esquina. El conocimiento de los límites de la razón no anula en su caso un apasionado ejercicio de crítica de la razón. Una perversa ironía con la que poner en solfa cualquier petulante empeño de oscurecer que tras cada realidad aparente se esconde una verdad oculta. Miles de maestros y de profesores repartidos por toda España conocen a este individuo. Y entre otras muchas razones lo quieren al sentirse tratados por él como individuos. No como colectivo ni como cuerpo, no como voces amaestradas ni recaderos de asépticos saberes. Los educadores escuchan en él un eco de lo mejor que de sí mismos les animó a dedicarse a la enseñanza: el convencimiento de que un hombre libre no puede aprender como un esclavo.

No se dirá de él que posee el temple del acero, pero sí que su escritura está tensada por la suave brisa de la experiencia, de la reflexión, de la atracción vital por la belleza y una oblicua tendencia a confundir el deseo con la realidad. Es más, para una sensibilidad como la suya, constatar que el sistema no existe es tan liberador como iluminarse en noches de inmensa risa con la comprensión radical de ser a la vez iguales en derechos, plurales en deseos, distintos en habilidades y, quizás, demasiado humanos.

El sabe y no lo oculta —por si acaso Romeu se encarga de enseñárselo con deleite en sus tiras— que en los niños late y a veces se consume la imaginación de abismales destrucciones y formidables causalidades. Dar libre cauce a su voz, al gesto de su cuerpo, al desarrollo de sus potencialidades, es noble empeño que este sacapuntas con gafas, bigote y escaso pelo entrecano distribuido con coquetería, se encarga de predicar por tierra, mar y aire. Y lo hace en prensa escrita, a través de las hondas hertzianas y dentro de poco, no lo duden, por cable y vía satélite.

¿Se puede hablar de estilo en la escritura de este cuarentón con alma de mozalbete? No me caben dudas al respecto y he aquí un ejemplo que avala mi certeza. Así resume él una estancia en Méjico, presumiblemente tormentosa. "En una atestada calle una placa recuerda a los conductores, 'se prohíbe a los materialistas aparcar en lo absoluto'. Unos metros más adelante, un pintor ofrece sus servicios: 'se pintan pisos a domicilio'. ¡Imagínate lo que es Méjico!" Este es el estilo de un cronista mediterráneo como él, ésos los detalles que nunca deja pasar por alto en sus deambuleos. El collar de sacapuntas que a continuación se ofrecen al lector concreto son la mejor prueba posible de la exactitud de mis afirmaciones.

Con la garantía que ofrece haber sido un privilegiado y primerizo lector de algunos de estos sacapuntas, les aseguro

sonoras carcajadas, sonrisas en sesión continua y una pertinaz sensación de que, como Groucho Marx, tampoco usted pertenecería a un club que lo admitiese como socio. No se sorprenda, ésa es la estirpe de Fabricio Caivano, un nombre de cantante de boleros que es habitado por un personaje capaz de escribirlos, cantarlos y vivirlos.

MANUEL COLOMINA

Director adjunto de PANORAMA
Exdirector de COMUNIDAD ESCOLAR

INTRODUCCION-CLIP

Me produce una impresión agradabilísima comprobar cómo un deseo repetidamente sentido y verbalizado adquiere la carnalidad de su realización. Tal es la sensación que tengo al poder disponer en este libro —cuerpo sensual de la rica palabra— de los textos que Fabricio Caivano publica en su columna semanal "El sacapuntas" del semanario *Comunidad Escolar*.

Me declaro lector puntualísimo de "El sacapuntas" de mi amigo Fabricio por la admiración y el interés que suscita en mí su escritura, que es una escritura irónica, festiva, tierna, imaginativa e irrenunciable crítica. Y en este acto repetido de hojear el rotativo y recalar en la sección "El sacapuntas" me asaltaba siempre el convencimiento de que sentiría un placer grande si pudiera detener el río de papel y coser hoja a hoja estos artículos para hallarles cobijo y un sentido desbordado entre unas cubiertas y unas guardas.

Mi deseo se ha cumplido (gratuitamente, por demás, sin mi concurso) y me siento afortunado por poder compartir con otros lectores el placer de tener entre las manos este libro de Fabricio Caivano que recoge ilusiones y argumentos sobre la escuela y el mundo dislocado en el que está y en el que estamos. El autor presenta este mundo con una estimulante óptica que realza el despropósito, el exceso, la desproporción y todo aquello que por acumulación no reconocemos corrientemente. Pero no se reduce a esta clave todo. La constatación del peso abrumador del hastío y la inanidad convive, en estas páginas, con la apasionada expresión de utopías educativas y humanas de todas las envergaduras.

En este libro podemos aventurarnos junto con su autor. Nos invita a jugar el didáctico juego del despropósito. También, a soñar la escuela, imaginarla como melancólica utopía, sin olvidar la irreverente labor de triturar ritos y mitos de dudosa bondad que se hallan instalados entre nosotros con naturalidad engañosa.

Justo es aclarar un extremo muy importante. Fabricio Caivano no aporta aquí ideas ni soluciones ni artificios similares, que siempre se convierten en algo terminal,

inactivo y generalmente ruinoso. Lo que aporta es todo lo contrario —y lo que tan sólo puede esperarse de un "patricio" de la más fresca dialéctica—, esto es, una razón en acción, el "logos", un discurrir...

Y ejerce como sociólogo impertinente. Y, como estudioso de la educación, se revela independiente y descarnado y, a la vez, cercano y afectivo.

Desde el principio estoy hablando de este *libro* de Fabricio (de mi deseo de que como *libro* se nos ofreciera a los lectores y de cómo resumo las características de su contenido). Y ahora me apercibo de que no es eso lo que me interesa destacar, porque lo de menos es que sea un libro. No se trata simplemente de un nuevo título que incorporar a nuestra bibliografía de cabecera. Es esencialmente *biografía*: el espejo hiriente, cordial, escéptico e impermanente de un aspecto de la biografía intelectual de Fabricio Caivano.

Lo que tenemos entre las manos no es exactamente un libro, sino algo diferente. (Me pregunto si podemos replegar nuestra complicidad de lectores en torno a la expresión de *libro de contraste*.) Si esto está claro, sin duda resulta superfluo sugerir que la forma idónea de leer este cuerpo de reflexión puede ser diferente. En cualquier caso, no con poca pasión.

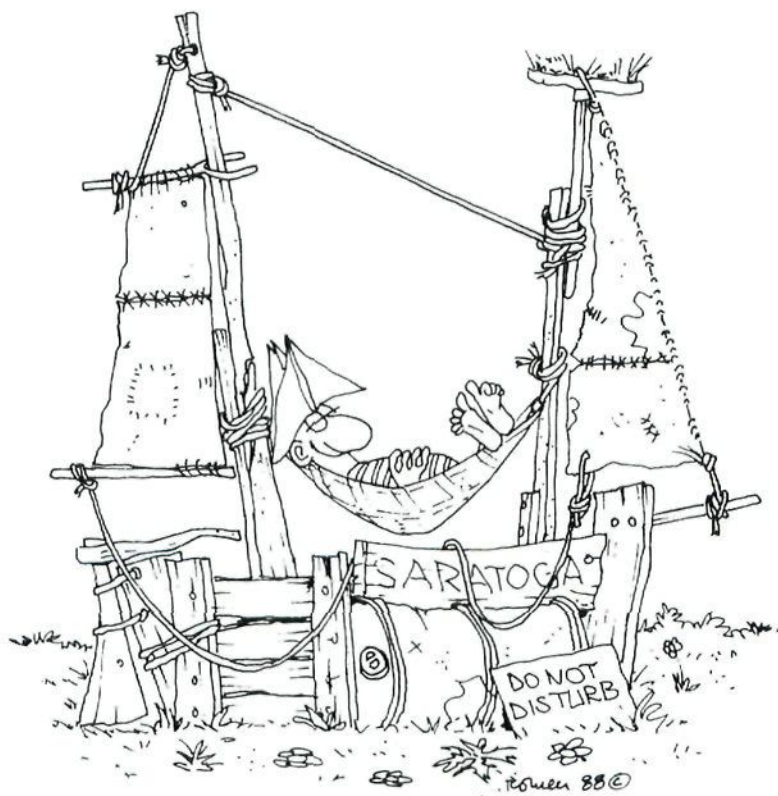
XAVIER LABORDA

Profesor de Lingüística, Universidad de Barcelona

ELOGIO DEL DESPROPOSITO

"El mejor remedio contra el insomnio es dormir mucho."

GROUCHO MARX



ELOGIO DEL DESPROPOSITO

Al releer los artículos agrupados en este capítulo comprendo una intención de Fabricio Caivano: la de sugerir que el pensamiento no se expresa sin antes pensar el código.

Quién no conoce lo difícil que a menudo resulta decir un no a tiempo. Ya se sabe, las normas de cortesía y la voluntad de moderar las expresiones negativas nos pierden. También tratamos de comprender y aceptar con atemperado humor la desazón personal ante la mediocridad de lo público. Transigimos. ¡Es tan difícil decir "no"! Y más aún resulta hallar la forma de hacerlo categóricamente.

Desde luego, plantar unos argumentos más sólidos que los del contrario no son la solución; sólo convencen a los ya convencidos. El medio eficaz para subvertir o, más modestamente, para agitar se halla en la no aceptación del código propuesto: no basta la libre circulación de las ideas si no ampliamos ese grado de libertad a los códigos.

El autor de las *sacapunterías* nos propone un "no" al código imperante (código de sensatez, posibilismo, realismo cuasi-trágico y otras supuestas cualidades del buen súbdito de la idea de ciudadano). Propone el código del despropósito. Y con ello quiebra la estrategia fatal de quien quiera mandar en la palabra.

X. L.

1. FALLA FINAL
2. AJO 87
3. ELOGIO FUNEBRE EN MEMORIA DEL HABLA
4. NICARAGUA
5. CUESTIONES REALMENTE EMBARAZOSAS
6. PESADILLA CON NIÑOLOGAS
7. ESTAMPAS DEL PARAISO
8. EL OSCAR QUE VIENE
9. NO ME GUSTA NADA ESE MALDITO "HALLEY"
10. POR UNA DIDACTICA DE LA GUERRA
11. "MI OTAN ME MIMA"
12. ETNOGRAFIA DEL ESPECIALISTA
13. CONSIDERACIONES INTERDISCIPLINARES EN
TORNO A UNA MOSCA
14. NO SE SI CONTARLES ESTO
15. REUNION DE EXPERTOS
16. M.I.A. ENSAYO DE HUIDA HACIA MAS ADELANTE
(UNA REFORMA FINA)
17. LA ENCERRONA (COMEDIA EN TRES TRISTES
TESTS)
18. ¡QUE GRANDES SON LOS ALMACENES...!
19. LA ASIGNATURA INDEPENDIENTE

1

Falla final

Una estela de azahar dulzón entreveraba el aire mañanero. El sol radiante hacía humear la huerta, en la linde imprecisa de una ciudad-dormitorio, pesadilla del desarrollismo levantino. Bloques de viviendas coexistían con naranjas.

La escuela enfatizaba su horizontalidad sorprendente entre gigantes verticales. Un anárquico huerto escolar crecía junto a la verja. *Zumbaban las abejas en el laberinto de flores del almendro*, junto a la casa del bedel.

Un rumor acerado llegaba sordamente desde el río mecánico de la autopista. Una radio estridente chirriaba con insolencia una canción de Martirio.

El olor húmedo de la reciente primavera se amasaba con el aroma de escuela: plastilinas, lápiz, bocadillos y sudor. En los pasillos colgaban murales de colores: el Día de la Paz. Parecía un día cualquiera, en una cualquiera de las escuelas. No lo era. Ese preciso día, a las 11,32, el mundo, el planeta azul y minúsculo, iba a estallar en su big-bang final. Una falla de fuego y luz atómica.

La señorita de Preescolar saltaba con las rodillas flexionadas y agitando los codos, como un pollito.

—Pío, pío.

Una veintena de críos la limitaban desafortadamente.

—Pío, pío, pío, pío —gritaban en un coro gozoso.

—Gua, guau, guau —aullaba Ernesto, ajeno a su error, feliz en su despiste. Un equipo multiprofesional lo tenía en observación por presunta dislexia.

En la ventana, el sol brillaba en una cegadora luz blanca y la primavera se colaba a raudales en las aulas.

A las 11,30 sonó un estridente timbre. Los pasillos se inundaron de gritos, carreras y empujones. La puerta principal del edificio se abrió al ímpetu de racimos de alumnos que corrían hacia la verja, más allá del patio.

En ese preciso instante se equivocó el circuito. El silicio mintió su información, los mecanismos de seguridad no funcionaron a tiempo. El dedo oprimió el botón con la firmeza moral que da el tener a Dios en el equipo local.

Los gorriones congelaron un segundo su alocada geometría. El olor mareante de los naranjos se resquebrajó en un azufre imposible. El sol se descolgó de su inmutable percha y

cayó con lenta solemnidad en el patio del colegio, friéndolo todo con un chisporroteo de ceguera y pánico.

Los niños todavía alcanzaron a sonreír con divertido espanto: parecía talmente un efecto especial de "peli" de Spielberg. La realidad imitaba al arte en esa última falla de un mundo de adultos que jugaban a aprendiz de brujo.

La Tierra se desintegró a las 11,33. Unos segundos antes la radio emitió aún, entre la cinta de la autopista y el brillo próximo al mar, propagando el alegre lamento de la cantante:

—Cuando él me dejó, se vino el mundo abajo. Hice un curso de informática y otra vez tengo trabajo.

Luego, el silencio fue eterno.

2

Ajo 87

Existe un proyecto de ley, según fuentes medianamente informadas, que eliminaría la obligación de regalar juguetes a los niños, precisamente el día de Reyes. Al parecer, hay excedentes de leche, cítricos, aceitunas, botijos y juguetes. La industria juguetera española, que es como el Domund pero con marketing, produce más juguetitos que españolitos hay. Se trataría de conseguir que los padres pudieran ejercer de Reyes Magos sin restricciones, durante todo el año. Ciertos sectores han mostrado su reserva ante lo artesanal del invento y, como alternativa, proponen el proyecto AJO 87, que es materia reservada, lo que quiere decir que sólo es sensible a los medios de comunicación escritos en cualquier idioma del Estado, aunque no sea el inglés.

El Sacapuntas ha podido conocer las reglas generales de esa alternativa juguetona. AJO 87 (Aprender Jugando Obligatoriamente) es un plan de introducción del juguete en el sistema escolar, por niveles, con finalidad didáctica, orientación lúdica, metodología activa y articulación globalizadora. Algo así como el libro de texto, pero en juguete.

Circula un informe de APACHES (Asociación de Padres de Alumnos Con Hábitos Entrañables y Sencillos) que muestran su disconformidad con el proyecto en cuanto supondría la práctica desaparición del mito infantil de los tres Reyes Magos. Por su parte, la APASUD (Asociación de Padres de Alumnos Sin Un Duro) advierte que "los tres Reyes Magos son, en realidad, presidentes de los consejos de administración de tres grandes almacenes, a su vez en manos de multinacionales armamentistas".

Según AJO 87, la introducción del juguete escolar obligatorio significaría una absoluta democratización de los hábitos lúdicos de los niños y una real libertad de elección del juguete. Por otra parte, están dispuestos a llegar a conciertos con el Estado para que el sufrido consumidor no vea sobrecargada su precaria economía. "Que pague el Estado, que para eso cobra."

Un portavoz oficioso del GREJUA (Gremio de Jugueteros Abnegados) ha confirmado a este medio la autenticidad de los rumores acerca del invento de la pelota didáctica y de la muñeca educativa, que se recomiendan para el ciclo inicial de EGB y que incluyen un libro para el profesor, una guía

didáctica y doce cromos para los niños/niñas que, respectivamente, los usen en horas lectivas/festivas.

La APEPSU (Asociación Para la Escuela Pública y Semejantes Utopías) ha señalado el carácter "extraordinariamente dudoso de este proyecto". La FPANRJ (Federación de Psicoterapeutas y Animadores de Niños Retrasados en el Juego) ha apoyado incondicionalmente AJO 87, afirmando que "el niño tiene la obligación de jugar y el que no lo hace, es que está discapacitado y debe ser tratado por profesionales titulados y confirmados por la FPANRJ". Como de costumbre, HERODES (Hermandad de Ordenanzas de Escuelas Semipúblicas) se ha limitado a afirmar: "No nos gustan los niños".

Por el momento no se conoce aún la opinión del PSI (Partido Socialista Infantil) ni de las SNG (Súper Novísimas Generaciones). Sus representantes están ilocalizables, jugando como enanos en el parque, ajenos a lo que se les avecina.

Elogio fúnebre en memoria del habla

Observen cómo hablan los jóvenes buperos, o los egebebés y aun los mismos posniños preescolares. Podrán comprobar hasta qué patético grado el lenguaje verbal se hace apócope, se achata y guturaliza. El lenguaje nos habla: es la contemporaneidad que se expresa a través de nosotros, o, *mejor dicho, de la boca de esos inocentes cachorros precoz* y largamente escolarizados. ¿Será acaso la voz de la famosa posmodernidad?

El doctor T. O. Chatter afirma que sobran dos vocales y once consonantes para la comunicación juvenil. Claro, que eso será en Illinois o Idaho.

—Vaya usted a saber.

—Pregúntele a un sociolingüista que no esté en el paro labial o haciendo un meritorio diccionario arameo-euskera-arameo.

—Así lo haré, caballero.

Hay una evidente y saludable quiebra del habla que momias ilustres fijan y abrillantan. Si uno se dedica a oír a sus alumnos y no a tratar vanamente de que le oigan a uno declamar el programa renovado se quedará mudo. Hablan poco y lo hacen mal. Que lo hagan poco parece justificado. ¿Para qué hablar? O, mejor aún, ¿para quién?, o, contundentemente, ¿de qué hablar?

Siendo los jóvenes el arquetipo de una sociedad envejecida, el paradigma de reumáticos y de canosos maquillados, nadie quiere escucharlos. Lo que no deja de ser una paradoja menor. En consecuencia, hablan poco y sólo entre ellos. Y si lo hacen cada vez peor, si se expresan como el indio de la película, es que no se *imprimen* de vida, no les manchan los mil colores que urgen a la palabra y exigen la voz, el tono y el matiz adecuado, porque expresan pasión, sentido y fuerza.

Es por ello que califico de saludable su labor de erosión lingüística, el acortamiento del habla y el placer por el desconcierto del uso ácrata de los términos.

Como que no son tontos, sólo menores, se limitan a comunicarse entre sí. Nos abandonan en la esquina del tiempo con el Cantar del Mío Cid, la gramática y el cilicio de la ortografía en la entepierna. ¿Qué hacemos entonces? Con nuestra lógica marxista (Groucho dixit: "Lo mejor para el

insomnio es dormir mucho") les damos más de lo mismo. ¿No te gusta el Bachillerato?: ¡toma seis! (o tres, que es lo mismo, pero la mitad). Nuevos programas, nuevos currícula y nueva formación para el mismo y aburrido ritual institucional que ya no habla de nada a casi nadie. Para ellos, el mejor estilo es la eficacia, que decía Paul Valéry.

Hay maestros (y/o profesores se entiende) que les imitan en un desvinculado esfuerzo de aproximación, más grotesco que malévol.

—¡Qué passa, colega...! —le dicen al alumno.

—¡Tu examen, tope, tío...! —sentencian, evaluando en plan moderno.

—¡Guai lo tuyo, titi...!

Y así, sucesivamente. Amén de otras gestualidades tan fronterizas a lo audiovisual, al videoclip o al spot especialmente, como lejanas del estricto lenguaje verbal.

Los latinistas, especie en extinción, se desesperan y reivindican la vieja lógica de la declinación, y ello, con el derecho a Seguridad Social. Los informáticos nos venden un ordenador de la generación pasada aprovechando el desinterés, so capa de nuevo lenguaje y de parcela en el futuro que viene.

Cuanto más modernos somos, menos hablamos con la lengua húmeda y compatible con el mundo entero... Habrá que pensar en poner de moda nuevamente la palabra, la comunicación pausada y apetitosa, el discurso inútil y satisfactorio. Estamos tan informados y tan juntos, que casi no nos oímos.

¡Corta, tronco! ¡Coge puerta y ábrete, tío!

(¡¡¡Cielos, los alumnos!!!)

4

Nicaragua

Hay países amargos, los hay dulces y hasta algunos los hay sin sabor. Durante unos escasos días he estado en Nicaragua. No cabe duda de que es un país dulce en una amarga situación. Pequeño Estado centroamericano, jardín de volcanes y lagos, cuyo intento de salir de su perenne condición de finca de los poderosos vecinos de arriba causa inquietud a gigantes, cabezudos y jueces, custodios de la democracia. Son las vírgenes vestales del sagrado fuego de los valores occidentales, que enferman de soledad e hipertensión.

He visitado precarias escuelas. He hablado con maestros aprisionados entre la esperanza y el desencanto. Entrevisté a autoridades educativas hirvientes de fe en un hombre nuevo. He descubierto la callada dignidad, silenciosa y firme, de los campesinos, y también la alegre inconsciencia de jóvenes soldados que se saben vivos por un inescrutable azar.

He oído los idiomas de la solidaridad —catalán, euskera y también inglés y holandés— en el laberinto de las calles de Nicaragua. He visto aulas con bancos de madera, bajo la sombra materna de un enorme árbol, o en un tinglado de uralita y palos, o abiertas bajo la luz cálida de la única calle de un pueblo que bosteza junto a una jungla, rebosante de gallinas indecisas. Escuelas desprovistas de todo lo accesorio, pero llenas de vida, brillando por el eterno y triangular encuentro: niños, adultos y tareas significativas.

He visto niños y niñas, serios como mayores en miniatura, con un rasguño de sonrisa apuntando en sus labios. Alumnos inverosímiles que escriben bajo los porches, con la aplicación en la proa de su barbilla y una ola de gestos contenidos en la boca, manejando unos lápices de un centímetro, apurando la mina hasta los dedos. Los he visto girar la página de viejos libros de texto con la lentitud exquisita del que maneja una joya que será, el año siguiente, de otro compañero.

Se han reunido en torno a los bancos de una plaza con palmeras, como una postal típica, y han soportado mis preguntas sobre la escuela. Luego ellos han interrogado al forastero, con un respeto distante y tierno:

—¿Cómo es su país, señor?

—¿Quién manda allí, señor?

—¿Hay guerra! ¿Tienen papá todos los niños allí, señor?

Mis respuestas eran el diseño ideal de la abstracción, de la nada y del arte de salirse por las ramas.

Ya de vuelta a esta opulencia que oculta la miseria de tantos ciudadanos me acuerdo de Nicaragua, de aquellos niños que esperan las fotos. ¿Dónde está la solidaridad exenta de interés político? ¿Qué queda de la retórica palabrería acerca de la Madre Patria?

Hay una generación de yuppies del socialismo, funcionarios instalados en la mediocridad, atareados en subir, despersonalizados y obligados a vendernos felicidad por un voto, que no hacen nada por países que lo precisan. Y, sin embargo, provienen de la clara fuente de un pensamiento, de una ideología, que hizo de la hermandad y de la solidaridad una bandera a principios de siglo. No es tampoco tan difícil cambiar palabras por hechos: lápices, libros, becas... La ayuda, generosa por encima de la cantidad, que Nicaragua recibe en lo educativo proviene de maestros anónimos que conservan una esperanza en la dignidad de un país; de gentes anónimas que no hacen de su vida cálculos estratégicos o juicios que expenden títulos de democracia. Simplemente dan solidaridad.

Uno de esos niños me preguntó, cuando ya salía de su aula: —¿Qué hay tras de las montañas, señor?

Una vez he comprobado la tibieza de quienes disponen de recursos educativos en este nuestro país satisfecho, he verificado la respuesta: hay más montañas, y tras ellas, otras, y otras después. Hay una eterna cordillera, paralela de egoísmos, mentiras y pequeñeces. Somos una colonia obediente. En ella, la ética sale por la ventana cuando la política entra por la puerta.

Cuestiones realmente embarazosas

Tengo para mí que las nuevas tecnobiologías traen una disolvente carga de inseguridad, de dudas legales y morales, lo que puede conseguir el milagro de que recuperen la capacidad de pensar gentes poco sospechosas de practicar ese vicio, como los pedagogos, los directores generales de la cosa y los numerosos mercaderes de la infancia. Aunque ya nos advirtió Piaget que un niño puede pensar, pero es más difícil que lo haga, formalmente, con rigor, un adulto.

Sostengo la esperanza —débil, como debe ser— de que se nos hundirán, en el inmediato futuro, muy variadas evidencias, muchas y muy veteranas verdades elementales y más de una creencia intocable. Algunas de ellas hacen referencia a la escolaridad porque nos sustentamos en su inercia para convertir el libre derecho a la cultura en una fastidiosa y obligatoria rutina.

Tratemos de poner algo de dinamita en una de esas piedras angulares: la fundación del sujeto. ¿Cómo se constituye un sujeto? La fórmula biológica tradicional ha sido: un papa + una mamá = un hijo.

Los padres del nacido lo constituyen en entidad viviente para el mundo. Lo sujetan a su tiempo histórico, el de ellos: lo nombran, lo moldean a través de la satisfacción de sus necesidades de comida y amor y, finalmente, lo mandan a la escuela, para que otros, por delegación, acaben la desinteresada tarea de recrear su cachorro como espejo de sí mismos.

La Familia (con mayúscula) exige a la Escuela (ídem) que troquele a su prole y se la devuelva como unidades listas para el dominio, la simbología y la producción, amén de saber tocar el piano y otras inutilidades valiosas. El asunto se tambalea con el advenimiento del Estado, otra Gran Familia. La vieja y aburrida cuestión (¿quién elige la escuela?) es en realidad un falso combate entre dictadores que tratan de imponer el modelo de sí mismos. Como no hay mal que por bien no venga, de ese tedioso debate se aprovechan algunos filósofos y otros bonsais del pensamiento orgánico, funcionarios o de la Familia o del Estado, para escribir libros indigestos acerca de la libertad fragilizada por la justicia y otras etéreas disquisiciones de gran éxito entre sus congéneres.

La novedad llega. Y con ella la duda, la desazón y la inquietud. Traerá también, por descontado, el fundamentalis-

mo, la inquisición y la agresividad. Así son las situaciones desconocidas: nos abren la luz, pero nos pueden cegar.

Como los ingeniosos bricolajes de la biología; el aséptico trasiego de óvulos y espermatozoides; los embarazos axilares, los bancos de semen, los niños póstumos o los in vitro; las mamás de alquiler o los papás seminales... Este contubernio entre vida, moral y mercado nos está obligando a plantearnos algunas cuestiones embarazosas. También para la escuela, por lo general tan impasible al fluir del tiempo.

La primera es radical: este niño/a, ¿de quién es? De ahí se derivan los nuevos vacíos: ni de la Familia ni del Estado. ¿De quién entonces? ¿Cuántos y cuáles padres participan en el consejo escolar? ¿Puede una madre de alquiler matricular a "su" nasciturus en un preescolar del barrio de su madre final? ¿Habrá becas para niños con la carga de dos papás y tres mamás? ¿Puede un padre no espermático autorizar una excursión escolar de "su" hija? ¿Quién firma las evaluaciones? ¿Qué conducta adopta un honrado bedel, de misa diaria y voto fiel al PSOE, ante cinco adultos que se disputan la paternidad/maternidad de un alumno, a la salida del cole? ¿Quién educa a los niños nacidos en y de las empresas biomercantiles?...

Si cunde el desasosiego es probable que volvamos a razonar y a preguntarnos dónde reside el valor irrepetible de cada ser humano, niños/as incluidos. Puede también, vistos los precedentes, que tales chapuzas genéticas se usen, con la bondadosa sonrisa del director general de la cosa, para realizar el viejo ideal político de una escuela igual para un rebaño clónico de iguales.

Pesadilla con niñólogas

Cuando era pequeñito quería ser maquinista de tren o trapealista; más tarde, simplemente explorador o corredor de coches. Finalmente, fui reconsiderando las cosas y, en plena adolescencia, ex niño ya, pero preadulto aún, me sedujo la idea de ser psicólogo. Por entonces, yo creía que los psicólogos eran gente alta, maduros caballeros de afable mirada, un tanto orientales en su lejana seguridad y con un aroma suavemente tranquilizador. Influencias del cine. O mera proyección de inseguridades adolescentes. Luego comprobé que la mayoría de psicólogos se ponen colorados, les tiembla la voz y suelen llevar el pantalón arrugado y la mirada huidiza. Hay excepciones.

Existe una variante de psicólogo, el niñólogo, especialista en niños, que ofrece un gran interés por su vistosa y emocionante conducta.

Hace años, en una institución de cuyo nombre no consigo acordarme, estuve en una reunión masiva de niñólogos. Casi todas eran niñólogas, o sea, mujeres. Yo iba de joven sociólogo, aprendiz de la vida misma y temeroso oyente de pontificales voces. Un tema en exclusiva: el niño. Era fascinante oír —y ver— la seguridad de los ademanes, la rotundidad de los conceptos, la precisión de las opiniones... acerca del niño. Lo sabían todo aquellas benditas mujeres, sabían todo —digo bien: todo— lo que "el" niño hace, piensa, sueña, desea, proyecta... Es más, aquel niño modelo —abstracción maravillosamente inútil— les servía para cualquier situación práctica: la familia, la escuela, o la primera comunión. Niñólogas convencidas de su saber, hablaban y hablaban sobre "el niño", mientras el sol iba declinando y el humo de los cigarrillos me hacía toser.

Yo me preguntaba de qué niño hablaban; qué sujeto concreto, dotado de carne, uñas y pelo, era ese niño. Cuestión menor: "El" niño es, por extensión, todo niño, la niñez generalizando aún más... La cuestión me produjo ciertos espasmos intelectuales que —joven osado— me atreví a sugerir. Mis preguntas perseguían humildemente que descendieran con su modelo de niño y entraran con él en la historia real, en la vida. El resultado fue edificante: las piadosas damas de la psicología dudaron un brevísimo instante, luego continuaron su erudita conversación con una

calculada indiferencia al sociólogo opresor de esa bella abstracción: el niño.

Pero lo que realmente me causó una intensa y continuada taquicardia fue el esquema conceptual usado para rellenar el paradigma niño. Era, más o menos, así: El niño es un ser encantador que se distingue por llevar *dentro de sí* —sin especificar lugar— un conjunto de maravillosas virtudes. La educación (o sea, la escuela, o sea, los maestros, o sea, ellos) sería el descorchador de esa botellita de esencias que todo niño lleva en su interior.

Dotadas de ese espiritual idealismo, las profesionales de la psicopedagogía iban a la caza de algún niño real que se pareciese a su modelito de "el" niño... Me miraron con una codicia de ojos brillantes, una mueca parecida a una sonrisa maternal y amenazadora... Abandoné la reunión, presa de pavorosos temblores, y con los pies pesándome como si fueran de plomo... ¿Estaría enloqueciendo?

En ese preciso instante, desperté. Oía a café, hacía un sol espléndido y comenzaba a olvidar la pesadilla de las niñólogas que saben todo del niño. Cuando sea mayor seré maquinista de tren.

7

Estampas del paraíso

Al parecer el deseo está muriendo. Uno lo busca, comedidamente, en el aula y sólo percibe el reflejo pálido que "la motivación", ese deseo ortopédico, despierta en algún alumno de rodillas sin rasguños, mirada opaca y manitas desvigorizadas por siglos de inteligencia verbal.

El deseo tiene mala prensa. Palabra que resuena a pecado, el deseo ha sido envasado con el conservante de la didáctica, el colorante del "centro de interés" y se administra; con no poco temor, a base del excipiente de la dinámica de grupos.

—¡A ver, niños! ¿Quién ha visto una mariposa?

—...

—Juanito, tú, dime: ¿sabes cómo nacen las mariposas?

Si el maestro, sufrido motivador contracorriente, caza el frágil pájaro del deseo del niño, inmediatamente éste cae rendido a los pies del programa y lo envuelven en el celofán de la lección a aprender.

Batracios. Se llaman batracios. Y no traigáis esas porquerías a clase. ¡Tírala!

—Pero señorita, si la rana aún...

—Batracio, batracio. ¡Que no atiendes!

Hubo un tiempo en el que se podía desear sin temer. Las ranas aún no eran batracios y se limitaban a croar esperando que las besara alguna princesa. Los mamuts, elefantes con hipocresía, coqueteaban con los mansos pterodáctilos, mientras Eva tejía su larga cola de cabellos dorados esperando a Adán bajo un manzano nada pecaminoso. Era el paraíso, es decir, el claro espacio del deseo. Hasta los cocodrilos deseaban un preescolar gratuito para sus lagartitos minúsculos. Fue por entonces cuando el lobo, aún sin la mala fama actual, aullaba a las estrellas sus confesables deseos.

Luego vino lo de la manzana, el eslabón perdido y el Pacto de la Moncloa. Ya saben ustedes. Los homínicos ya casi no desean, a lo sumo aspiran a tener cositas, objetos y símbolos. Las estrellas son deseadas con la frialdad achulada de quien tiene el dedo en el gatillo. Ayer o anteayer, la ciencia era el otro nombre del progreso. Los íntegros socialistas de bigote atusado del siglo XIX, abuelos de los ejecutivos del malabarismo político de hoy, hacían odas al tren o líricas composiciones a la corriente eléctrica. Esperan llegar al paraíso perdido de la mano de la máquina de vapor. Ilusos encanta-

dores. Hoy, la ciencia no tiene conciencia: los soldados visten las blancas batas del químico y los generales del imperio escudriñan pantallas, ordenadores y extraños cacharros parlantes. La guerra es la continuación de la ciencia por otros caminos. El deseo es un horizonte científico. Un borrón, un accidente o un imprevisto controlable.

Hubo, sin embargo, un tiempo en el que los monos deseaban ardientemente llevar corbata, hacer oposiciones a registradores y leer la literatura erótica de Darwin o de Burroughs. Hoy, los homínidos perdimos el vigor del deseo, la fuerza disciplinadora y buena del deseo que irrumpe gozoso, quemando la piel y haciendo bailar millones de neuronas cerebrales. Deseo intelectual de saber, deseo de amor o de amistad. El viento se llevó también esas otras formas del deseo... Hay que ser agresivos para vender o para venderse. Hay que dar una imagen dura y serena. Todos somos enemigos de todos. La guerra es la ausencia del deseo en sesión continua. La violencia es el deseo convertido en mercancía.

—Está usted exagerando.

—Si/no/no sabe/no contesta.

Las cosas claras y el pensamiento binario. Aquel patético mono suspiraba, precisamente, por la complejidad, la contradicción y el matiz, mayormente. Deseaba humanizarse para bajar del árbol y matizar. Le creció desmesuradamente el cerebro, se le atrofió la mano y de la cola sólo queda el frac... Sin embargo, se nota poco que descendemos de aquel magnífico mono deseante.

Claro, hay que moderarse. Desear por desear puede inducir a desorientar a los teólogos y a confundir a los burócratas, tan amigos de la previsión, la agenda y el guardapolvo. El azar para la lotería. Se comienza admitiendo el deseo como motor, jugueteando con la pasión, y se acaba socavando al Estado, perdiendo el interés por el futuro de Gibraltar o por el resultado del séptimo congreso subcomarcal de la federación local de la regional del PSOE de Motilla del Palancar. El subjetivismo acecha. De ahí al rechazo del programa, del currículo y de la sagrada unidad de la egebé no hay más que un paso...

Hubo un tiempo en el que los niños eran máquinas de deseo y el espacio admitía su voracidad. Los niños tenían una larga infancia y —además— iban a la escuela. Hoy, todos los espacios están a cargo de especialistas en vigilar espacios libres y los niños tienen una larguísima escuela, dos televisores y todas las vacunas imaginables.

—Es usted un conservador, un tradicional de esos de "todo tiempo pasado fue mejor..."

—Exactamente. Fue mejor y peor.

—¿En qué quedamos?

—En que no hay que quedar...

Las jirafas soñaban con una fiesta para ponerse de corto, las gallinas se travestían de avestruces al atardecer, los saurios inmensos jugaban al "squash" con la cola, en una liga

integradora y que duraba siglos. El prehombr se rascaba la mandíbula con fruición deseando sacarse un billete para Neanderthal, ida sólo. No sospechaba, animalillo, que tendría que volver.

El Oscar que viene

El sistema educativo es una hermosa nave de tres palos que se balancea suavemente, anclado en una tranquila bahía, entre el siglo XVIII y el XIX. Sólo las iglesias y las escuelas conservan ese sabor quieto y lento de las arquitecturas extrañamente autosuficientes. La vida es un espectáculo impuro, el mundo una sospecha de enfermedad. Parece urgente modernizar la escuela, estimular su imagen de *depósito de niños cerrado a la espectacularización creciente*.

He venido en pensar un remedio fácil, barato y encantador. Se trata de una propuesta (*) de *new look* (1) para desempolvar el sistema educativo de siglos de agrarismo y moralina. Mi idea es —modestia aparte— brillante y sobrecogedora: crear un premio anual, un Oscar para el personaje/institución del curso escolar.

No se requieren grandes montajes ni mucha *pela* (2). Bastaría con cobrar la voluntad en el referéndum de entrada en la OTAN; o bien negociar con la Walt Disney la exclusiva mundial de los apasionantes actos del quinto centenario de la noble gesta colombina, o, por último, crear un impuesto sobre el consumo de plazas de escuela pública. Una cosa simbólica.

Como financiación adicional se cederían espacios publicitarios para *sponsors* (3) de temas paraescolares: pienso compuestos para bebés regordetes; manás de cacao que fortalecen a jóvenes rudamente competitivos; y para ellas, intimidades y ortopedias para adolescentes saltarinas y comestibles. Mi sugerencia personal es la de olvidarse de ese tipo de anuncios aburridos y vender a peso de oro la publicidad a un solo anunciante: bancos o cajas de ahorro que ofrezcan una línea de crédito para niños de 6.º, 7.º y 8.º de EGB que desean invertir en libros de texto y otros artículos de lujo. Si no prospera, puede tantearse ceder el anagrama del Oscar Pedagógico a una marca de refrescos de cola, siempre que certificara/certificase la honda raigambre

(*) Esta bella propuesta se traduce y publica simultáneamente en doce idiomas comunitarios. Cualquier coincidencia con la semejanza es pura realidad. Debe ser leído en absoluta clave de humor.

(1) En inglés, en el original catalán

(2) En catalán, en el original inglés.

(3) En inglés, en el original inglés.

española de su fórmula. Si ellos no quieren nuestros zapatos, sin par artesanía de nuestro genio racial, nosotros no queremos la coca-cola, portadora maligna del síndrome del imperialismo de América (SIDA), como es bien sabido (4).

Hay que modernizar la vieja imagen de lo escolar, con su olor a cartera, bocadillo atrasado y leonera de egebé. La fiesta precisaría de la tele, por supuesto. La concesión del Oscar sería transmitida en directo desde Las Ventas o el Valle de los Caídos. Convendría no herir suspicacias políticas; para ello el festival debería reunir ciertas características: plurinacional, lúdico, participativo, interclasista y conciliatorio. Una especie de LODE, pero suavizada por lo festivo y bailarín.

Veamos. La coreografía, moderna *ma non troppo* (5), a cargo de Luis Aguilé. Presentador: Torrebruno, Espinete y María Luisa Seco. Música a cargo de la zanglotina orquesta OFN (Orquesta de Funcionarios Nostálgicos) del MEC. Magna demostración sindical a cargo de centrales de enseñanza mayoritarias y minoritarias (éstas con pocos danzarines), que interpretarían letras heavy-reivindicativas y arriesgados ejercicios acrobáticos, en memoria de la función docente. Las senectudes de AP cantarán villancicos bajo la batuta experta de Angel M. Fuentes, con el orfeón de las hermanitas de la sagrada pupila de Santa Lucía. Carmen Alvear, con su habitual *savoir faire* (6), interpretaría un aria de Carmen y un himno musicado por Golpes Bajos en rigurosa exclusiva, titulado "¿Dónde estará mi escuela?", letra de Manolo Escobar. Efectos especiales, láser, átomos benignos, luz óptica y otros ingenios pacíficos correrán a cargo de un simpático almirante alemán de la OTAN, sección *Gestaltchaung* (7), jubilado por reconversión y en comisión de servicio en el COCON, simpar organismo a pesar del nombre.

En fin, mi entusiasmo no tiene límites. ¿Se imaginan ustedes qué maravilloso espectáculo? ¡El Oscar Pedagógico! Soy consciente de que, a pesar de su incontestable atractivo, esta humilde propuesta puede recibirse con algún resquemor por parte de personas, instituciones y —también— por parte de los crecientes híbridos de personas institucionales o de instituciones personales, que las hay. *Non habere problemu* (8); todo está previsto por mi agudo sentido de la diplomacia y las relaciones públicas. A fin de evitar conflictos que turben la armonía lúdica y festiva del Oscar Pedagógico (OP) se procederá a someter el proyecto a los honrados ciudadanos, abierta y democráticamente, para que lo critiquen durante dos días, de diez a doce horas.

(No puedo finalizar mi recatada sugerencia sin un postrer,

(4) Al respecto, consultar la reciente obra del profesor Amir Samin "¿Qué hacer el domingo? Notas para una teoría sistémica del cocacolonialismo". Editions Puf-Crak Paris, 1985.

(5) En italiano, en el original alemán.

(6) En francés, en el original gallego.

(7) En alemán, en el original euskera.

(8) En esperanto, en el original francés.

íntimo y viril ruego a quien corresponda. Llevado de mi incontenible voluntad de servicio, mi altruismo generoso y mi propensión al mejoramiento de las virtudes de la raza, me permito exigir que a ese Oscar maravilloso no se le denomine Oscar, nombre excesivamente sexuado y connotado de corrupción extranjera. Podría, digo al caso, llamarse Fabricio. Suena mejor, ¿no? *Moito obrigado* (9).)

(9) En portugués, en algún original que no recuerdo.

No me gusta nada ese maldito "Halley"

Estamos ya en la cima de siglo; un esfuerzo más y llegaremos al valle prometido: la civilización del año 2000. Año mágico, guarismo irresistible, redondo y, si me lo permiten, erótico en su redondez rubensiana; incomparable con la vulgaridad enrevesada de este "mil novecientos ochenta y seis", por ejemplo.

Cambio de milenio, pues. Unos predicen toda suerte de abundancias, holguras y liberaciones. El ocio para quien lo trabaja. Ya me veo levantándome a eso de media mañana, oliendo a café de electrodoméstico programado, mecido por la estereofonía de mi dormitorio alicatado hasta el techo de "microchips" obedientes a mis máximos deseos. Tras ofrecer mi cuerpo al masaje relajante de vibradores sensitivos con terminales de fibra óptica, me asomaré al balcón, entre geranios biológicamente inmortales, a observar el bullicio de los robots que, sumidos y entrañables, van y vienen del tajo, con el bocadillo de pilas alcalinas o la flambarrera repleta de programas de casetes imperialistas, pero españolizadas por un racial aderezo de *ajiaceite*. Esta es, algo exagerada, la versión optimista.

Hay otros, en cambio, que vaticinan el desastre final con música de Wagner o de Mahler, según la oscilación bipartidista. Páramos desertizados por la racha de un viento nuclear y azufrado; ballenas agonizantes en las playas de plástico; rebajas muy asequibles de máscaras antigás para niños y niñas en mutación a las modernas branquias con filtro; bosques calcinados; océanos de excrementos surcados por portaaviones capaces de hacer estallar la luna, si llegara el caso; duras guerras entre bandadas de parados y escuadrones de empleados en la cosa pública; la enfermedad de moda será, nuevamente, la lepra y habrá que ir a la fuente más próxima a por agua potable con rifle, guardaespaldas y el rostro imperturbable de aquel John Wayne de otros siglos. Esa es, suavizada, la versión de la escuela pesimista.

Para colmo, ese estúpido cometa de nombre angloide arrastra una estela de neosupersticiones nada desdeñables. Los antiguos se lo montaban de modo más casero, manejando sus deseos hasta convencer a la realidad de su tozudez; contaban con la profesionalidad de profetas, arúspices,

oráculos y demás adivinos en plantilla. Nosotros, tan posmodernos, esperamos setenta y seis años para darnos el gusto de inquietarnos hasta el terror. Se sabe, además, que cambiar de milenio es ocasión muy propicia para lamentos y jeremiadas. Por lo general, el mundo no se suele acabar, por lo menos según mi personal experiencia, con excesiva facilidad. No hay que fiarse de predicciones ni otros aventurados presagios que se hacen mirando al cielo. Por supuesto, hay quienes dan fe de la relación entre la posición de los astros y el curso de nuestras minúsculas peripecias vitales. Según ellos, dicho sea con bastante respeto, los avatares de nuestros amores, el estado de la vesícula biliar y la cuenta corriente se rigen por la danza luminosa de las estrellas, locas y lejanas señales de nuestro "fatum" personal.

Claro está, yo no creo en absoluto en semejantes tontunas; no en vano los del signo acuario somos escépticos, indómitos e incrédulos montaraces. Dicho esto, afirmo también que no deja de inquietarme ese caballo enloquecido que irrumpe en la cristalería azul de nuestro cielo observable, ese cometa desaforado y prepoteante que cada setenta y seis años nos roza con su grosera amenaza, asustando a los pacíficos humanoides de este tranquilo planeta perdido en una galaxia insignificante.

Lo dicho. No me gusta nada esa veloz piedra incandescente que pasa tan sólo a veinte millones de kilómetros de mi casa, de mi teléfono. He decidido, en consecuencia, dominar mi atavismo agresivo y comprarme un buen telescopio casero para hacer ver que observo a ese absurdo *Halley*. En realidad, trataré de capturar la imagen de la lejana vecina de enfrente, que aparece y desaparece lánguidamente, a la increíble distancia de veintidós metros de mi ventana.

Al pedrusco ese que lo absorba en buena hora un agujero negro, con su orgullosa cola y toda la fanfarria (en realidad, sospecho que no existe y es una campaña de los japoneses para vendernos el maldito telescopio). Cuando vuelva otra vez, en el 2062, le dicen que he salido a dar una vuelta por ahí...

Por una didáctica de la guerra

No sé a qué vienen tantos lamentos sobre la paz. Finalmente se ha declarado a 1986 "año internacional de la paz"; ya estaba bien de temas absurdos: el subnormal, la mujer, los jóvenes, o cosas tales. Si queremos la paz —como se sabe— hay que preparar la guerra. Esta propuesta de didáctica bélica, es decir, de cómo introducir pacíficamente en las escuelas el amor a la guerra y el cultivo de actitudes personales guerreras puede llegar a merecer el premio Nobel de la Paz por su universalidad y sencillez.

Si queremos que la escuela prepare a los alumnos para el futuro, que esté relacionada con los valores de su entorno y sea antesala del mundo adulto, qué duda cabe: hagamos de la guerra un centro de interés. Tenemos la ventaja, inestimable como todo maestro sabe, de la preexistencia de la motivación. No hace falta despertar el interés por el tema: hacer la guerra es cosa de hombres. Nuestro gobierno vende armas, moderniza la industria de descuartizar individuos, investiga nuevas tecnologías, formas limpias, cómodas y fáciles de eliminar al otro. El socialismo de aquí es ya como el europeo, belicoso, pero con un perfil joven y moderno. Nuestras autoridades educativas consideran de mal gusto mentarles los FACA —o similares— cuando ponen cara de circunstancias y dicen que no hay dinero. La guerra anida ya en el cerebro de los hombres; y es fácil meterla también en el corazón de nuestros jóvenes alumnos. Tenemos esa ventaja sobre otras didácticas más áridas, como la geometría, por ejemplo. Los chicos ya están ansiosos de disparar, de encaramarse a un tanque o de masacrar un par de aldeas miserables y desagradecidas, como ese adorable Rambo. Han interiorizado el omnipresente modelo de valiente defensor de la paz a punta de misil. Saben ya que nada inhumano les es ajeno, que más vale atacar que ser atacado... y que la mejor defensa es un buen ataque.

Un enfoque interdisciplinar es fácil; desde la filosofía o las ciencias sociales se construye un ego colectivo, las unanimidades tranquilizadoras o las reverencias a los mitos caseros. Lo demás es pan comido: canalizar ese sólido odio al *Otro* y desde el *Nosotros* (cultural, lingüístico o futbolero) destruirlo ferozmente con una sonrisa en los labios. Como actividades complementarias se sugieren —¡nada de presiones, por favor!— las siguientes: visitar una fábrica de armas de patente

española, dibujar un *cetme*, disfrazarse de mortero o representar teatralmente una guerra civil; puede considerarse un concurso de redacciones bélicas, por niveles escolares, dotado con un premio consistente en una semana conviviendo con mercenarios, gastos pagados y un matamarcianos tridimensional...

Participemos, que lo tenemos fácil: el año internacional de la paz nos invita a preparar la guerra.

“Mi OTAN me mima”

Estoy hecho un mar de dudas; gigantescas, procelosas y amenazantes dudas. Dudas como olas que marean, zarandean y acoquinan a mi ya escaso fervor analítico, encerrando a mi mente europea en el camarote de un corazón africano. La OTAN me aturde los sentidos, me seca el aliento; no vomito de puro milagro, en la duda de la constitucionalidad de la lipotimia moral. Y vean ustedes que la cosa es simple: OTAN sí/OTAN no. Eso fue ayer.

Hace alguna década, cuando era un ser inmaduro, adolescente, con la niñez aún pegada en la pupila inocente, era, claro, pacifista y justiciero, radical e inmisericorde militante de la consigna que me incrustaron en la conciencia: amaros los unos a los otros. Ayer, ya digo.

Hoy, el tiempo ha hecho mella en mí. Ya soy mayor, sereno y equilibrado; luego dudo menos y con mejor pasión. ¿Puedo acaso hurtarme al realismo? ¿Debo ignorar las razones de estado? ¿Niego tal vez la evidencia de que estamos rodeados de enemigos? ¿Soy yo mismo un enemigo y no me enteré?

No acaba ahí mi inquietud filosófica. ¿No es la educación un arte que sólo puede ejercerse desde la rotundidad de la verdad? ¿Puedo, en tanto que maestro, mostrar la obscena desnudez de la duda? ¿No será mi desconcierto piedra de escándalo para las tiernas mentes de mis alumnos/as? ¿Cómo enseñar si dudo y no sé? No, un educador no puede andar dudando frente al dilema nacional y soberano de estos días: OTAN sí/no/no sabe-no contesta. Mister Marshall no escapará nuevamente.

Mi madurez me ha llevado a cambiar. Sólo los minerales no mutan su pétreo presencia. Ayer amé la justicia, amo hoy la seguridad. ¿Cómo puedo estar seguro de que el deber no es un agente de la KGB? ¿Quién me garantiza que la morenita del seminario de Historia y Geografía no desea atacarme con Goma-dos? ¿No puede esconder Juanito un subfusil en el bocadillo que soma por el pupitre? ¿No me ofrece la OTAN la inatendida posibilidad de unos siglos sabáticos? Seguridad es sabiduría. La OTAN me defiende; la OTAN me ama. La OTAN me mima...

Cierto, hay cínicos, o sólo inmaduros, que inoculan su demagogia estadística disfrazada de pacifismo: cada hora se gastan en este mundo del señor unos veinte millones de

pelas en armamento y derivados; cada hora mueren 1.800 niños —desconocidos— que se niegan a comer. Y así, con la mala educación del agitador, incomodan nuestras delicadas conciencias de didactas, pedagogos, psicólogos, curricólogos y especialistas doctos en niños hiperproteínicos y rubios. Su grosería les lleva hasta contar el número de escuelas que podrían hacerse con la mitad de la mitad de un tercio de lo que vale un misil o un avión de esos de la panza llena de neutrones nobles y nerviosos. Y así, sucesiva y repetidamente, abusan de su cinismo contable, ya ven. ¿Cómo no sentirse molesto ante semejante simplismo? ¿De qué modo no rechazar esa inmadurez analítica? ¿Somos o no civilizados europeos? ¿Qué pretenden tales falsos corderos? ¿No tenemos el ejemplo ético de nuestros intelectuales más insignes, independientes y preclaros? Ellos pregonan con mesura: viva la OTAN y la madre que la parió.

Por lo demás, allá se las tengan esos dudosos amantes de la paz, que esconden inconfesables contubernios satánicos. Yo antes tenía claro que OTAN no. Pero ahora, afortunadamente, lo veo más claro: OTAN sí.

Me gusta saber que saltaré por los aires con una última sonrisa de europeo, rictus moderno y cosmpolita que maquillará mi real condición de vasallo de la colonia, minúsculo habitante de un pueblo tan soberano que elige estallar por bulerías y en inglés, disolviéndose en una galaxia segura y sólida.

Al fin y al cabo la civilización cristiano-occidental, como dijera el enano en su día, bien merece una misa. ¿Duda? Ni la más máxima. Volveré a los orígenes: "armaros los unos a los otros". OTAN, amén, OTAN, yes.

Etnografía del especialista

Los currícula son artefactos obsoletos. Esperpénticas representaciones de una idea fosilizada de la cultura. Los currícula son el resultado de la maquinación de una raza realmente existente: los especialistas. Son unos señores, en apariencia normales, que saben un montón de una cosa, pero suelen marearse en barco y tener desarreglos intestinales. Puede afirmarse con relativa seguridad que son ellos, por más que lo nieguen, quienes se confabulan para decidir secretamente qué cosas tienen que memorizar los chicos de hoy para dominar el pasado.

Suelen autoconvocarse en misteriosos aquelarres de los que no constan pruebas fehacientes. Sus enemigos no escatiman falsedades acerca de sus costumbres y hábitos. Existen, sin embargo, datos para reconstruir el comportamiento del superespecialista que deposita su currículum en edificios oficiales.

Se reconocen por su andar despacioso, el habla lenta, afilada la nariz y los gestos pontificales y audaces. Manejan unas gruesas carteras negras, muy manoseadas, lo que ha inducido a algunos tratadistas a confundirlos con simples jefes de negociado, en las que ocultan la bibliografía básica, en seis idiomas, de "su" asignatura. Suelen tomar bastante cafiaspirina, sin caer en la adicción, y desayunar *donuts* o porquerías similares.

Parece ser que, una vez reunidos y clasificados por taxonomías variables y poco claras, comienza una danza nupcial basada en el despliegue de bibliografías y fotocopias de autores desconocidos para el resto, que, al parecer, funcionalmente tiene el objeto de establecer las jerarquías y las competencias territoriales, que se resuelven en la siguiente ceremonia.

Tras la mostración citada, se entra en el reparto cuantitativo del tiempo semanal que se acordará a cada porción de saber: tantas horas para lengua, tantas para matemáticas, éstas para el latín, la ética o la asignatura de cada especialista.

Una vez repartido el tiempo, cada especialista se lamenta con quejas sentidas y gestos de fastidio de la escasez de sus horas, de la importancia de su imperio cognitivo y de lo amputado que va a quedar su programa.

Pasan luego de eso a una fase más expeditiva y menos

conflictiva. Deben decidir qué es lo más importante de cada asignatura y cómo distribuir la papilla total resultante entre los ansiosos alumnos de seis a catorce años. Aquí cada especialista exhibe sus habilidades con la impunidad que le da el hecho de que sus compañeros ignoran todo lo que no sea estricto objeto de su propia parcela. Ciertos autores anglosajones (Cfr. Saxon, Miller y Avon) aseguran que en esta etapa mejoran ostensiblemente sus relaciones e incluso que (Cfr. Multison) usan la expresión "interdisciplinarietà" con frecuencia y cierta entonación alegre y vivaz.

Acabada la ceremonia cenan con frugalidad, se asoman a la terraza y se acuestan con la bibliografía puesta. Las sesiones siguientes tienen menor interés, se limitan a encajar el rompecabezas y a discurrir sobre la decadencia y masificación del Bachillerato.

Algunos estudiosos franceses afirman que se han producido, recientemente, altercados entre ellos. El profesor italiano T. Tancredi afirma que han llegado, en su país, a las manos. Parece rebatible esa afirmación en la medida que los especialistas auténticos apenas usan las manos, más que para pasar hábilmente páginas, humedeciéndose el dedo gordo, y las tienen flácidas y un como desmayadas. Se desmiente esa afirmación por el interés solidario en perpetuar la corporación, más allá de los roces intraendogámicos.

Los alumnos, apoyados en el quicio de la puerta de aula o mirando la vida por la ventana, se preguntan con la impertinencia que provoca el acné: ¿para qué demonios sirve todo eso que estudio? La simplicidad ingenua de la cuestión no debe engañar al adulto que se dedica profesionalmente a diseccionar respuestas.

Quizá algún día la *vita* se vengará del *currículum*. Para entonces los especialistas serán sorprendidos calculando las horas que se le da a la paleontografía en 3.º de EGB. Hay quien asegura, y pudiera ser veraz, que la mayoría de ellos andan desconcertados y aceptarían con gozo apuntarse a un taller de macramé, alfarería o simplemente a jugar al fútbol para desarrollar sus manitas de osito de felpa. Yo así lo espero.

Consideraciones interdisciplinares en torno a una mosca

"... Tomando en consideración que el numerador es mayor que..."

Ahí está de nuevo. Es mi mosca, la de ayer, la gorda, negra y zumbona amiga mía. Realmente no entiendo qué hace una mosca como ésta en mi clase y en este frío mes de abril. Ahora no la veo. Sí, está junto al codo de Ernesto, reconociendo los bordes del pupitre. Anda a tironcillos, como un robot en miniatura. Parece que olisquea las hendiduras de la madera. Es curioso cómo mueve las patas, a una velocidad increíble y con una precisión milimétrica. Si estuviera más cerca, podría ver si... Vuelve a volar, parece que algo la ha asustado. El vuelo es tan pronto majestuoso y lento, arzobispal y pomposo como se torna zigzagueante, hiperexcitado y absurdo. Le acompaña un zumbido leve, de un tono agudo y nasal, como una letra eñe eternamente cantada.

Viene hacia mí; me sorprende su impávida manera de navegar por el aire, como un punto negro de libertad absoluta: va hacia donde quiere, cuando y como le da la gana. Se ha parado cerca de mi tintero. A lo mejor tiene sed. Claro, podría tratarse de una especie adaptada al aula, que se alimenta del polvillo del yeso y bebe tinta asomándose a las redondas piscinitas de porcelana; de noche duerme en el cálido interior de los pupitres, entre las migas de pan y las raspaduras de los lápices... Mosca *escolaris*. A ver si no se espanta y la puedo observar a gusto.

El reflejo de su cuerpo es negro y azulado. De un rebrillo metalizado, algo opaco y más viscoso hacia la cabeza. Supongo que la cabeza es esa especie de bola... ¡Qué ojos! Los gira hacia todas partes. Ahora me está mirando fijamente... A lo mejor me está observando y tratando de describirme. No entiendo por qué se frota la cabeza con las patas. Tiene un aire de higiene matutina, como de estar frente a un espejo. Las patitas son finas, delgadísimas, y tienen unos pelitos que parecen... ¡Se ha ido! Vuela hacia la pizarra, cambia de dirección, se queda quieta bajo la bombilla... Se ha ido a parar en el mapa, por Salamanca. Se mete en Portugal... Parece que siga el Tajo, sí, llega a Lisboa y se para. Es una mosca de ciudad, le tiran las capitales. Ayer se pasó un buen rato en Madrid, hoy tiene el día lusitano.

Casi no alcanzo a verla desde aquí, se confunde con la "i" de Lisboa... Parece un acento, Lisboa. Ahora Lisboá. Se fue al final... Y dale, vuelve a volar. Ahora se va hacia el crucifijo, parece que no le interesa... Sigue haciendo esos zigzags increíbles de helicóptero liliputiense, debe mover las alas por lo menos a diez mil revoluciones por hora, ¡qué bestia!... Se ha posado en el cuadro, justo encima del bigote... ¡Ja!, recuerda a alguien alemán o así, de una guerra de esas. Otra vez se va, a lo mejor el frío del cristal o la pinta de ese señor que está en todas partes no le ha gustado.

Parece que vuelve hacia mí. Sí. No, no. Claro, el bocadillo de atún de Javier... ¡Qué banquete está dándose! Se frota la cabeza otra vez y ahora con las patas rezumando aceite. Parece feliz, qué gusto de merienda...

Las alas son transparentes, pero están llenas de venitas negras, muy finas. Me recuerdan las piernas de mi tía...

"... Los problemas para mañana están en la página 125. Tú, José, a ver si pones un poco más de atención, que no te fijas en nada."

No sé si contarles esto

Hay ocasiones en las que no es conveniente contar lo que uno ha visto, siente o cree. Mis amigos me aconsejan que no explique esto, pues dicen que parece una historia inventada, que pensarán que estoy loco o que perderé mi reputación de experto en imposibles.

Vean. El caso es que me dirigía en mi automóvil a visitar una especie de granja-escuela de esas, con pollos y gallinas, cerditos, tomates y todos esos extraños seres; serían las cinco quince de la tarde y empezaba a oscurecer. Recuerdo perfectamente que yo iba silbando, todo lo mal que sé hacerlo, una sonata de Mahler, cuando repentinamente el motor empezó a ratar, como si se le acabase la gasolina, la batería o algo así. Tras unas sacudidas bruscas, el motor se paró del todo. Tuve apenas tiempo de poner punto muerto y aparcarlo junto a un infinito campo recién labrado, un mar de terrones de un apetitoso color de chocolate amargo.

Bajé y abrí el capó, que es la tapa que cubre el motor. Observé el misterioso revoltijo de tubos metálicos, cables y tripas plásticas. No vi nada especial, en parte porque no sé qué es lo que debería considerar como algo especial. Cerré la tapa de los misterios y me volví a sentar ante la redondez mudez del volante. Súbitamente, los oídos empezaron a silbar y me entró un mareo agradable, como un sopor divertido y afelpado. Cuando me desperté era noche cerrada, en el coche flotaba un olor a almizcle y por la radio se oía "La Bamba".

Y ahora viene lo más increíble de esta verídica historia. Junto a mí, sentado indolentemente en el asiento de la derecha, leyendo en plena oscuridad un número atrasado de COMUNIDAD ESCOLAR, un señor —por llamarle así— de un metro cincuenta, con una enorme cabeza, de ojos enormes, sin cejas ni pestañas, pómulos salientes y una piel casi blanca. *Iba vestido como un trovador medieval, con un jubón verde sin mangas, unos calzones hinchados y una camisa de verde sedoso.* Sobre la gran cabeza, a lo Yul Brinner, una especie de minúscula antena parabólica, semicircular y cóncava, de un estridente color amarillo.

Yo creí que estaba soñando y traté de incorporarme, de frotarme los ojos. El señor me miró fijamente y, con una ternura fuera de lugar, me tocó el brazo, como reclamando mi

atención dulcemente. Yo no tuve ni tiempo de alarmarme, hablaba con una voz timbrada aunque con un tono algo alto y metálico.

Para mi sorpresa me preguntó, en un catalán perfecto, si yo era Fabricio Caivano —¡lo dijo bien!— y si estaba en condiciones de charlar con él unos minutos.

¿Usted qué habría hecho? Pues eso exactamente hice yo, preguntarle que quién era y qué demonios quería... (lo de demonios creo que no lo dije...). Me contestó que era un inspector de educación de un planeta llamado Plutón, una roca helada en el límite del sistema solar, y que estaba haciendo una investigación acerca de la formación del profesorado en la Tierra...

Tenía las manos extremadamente finas, transparentes, y los dedos largos y frágiles. Yo estaba fascinado por el personaje y apenas prestaba atención a lo que decía.

—¿Qué hacen ustedes para formar al formador de formadores...?

Lo dijo con algo de excitación, como si fuera un problema incómodo y urgente. Además, seguía con un catalán tan perfecto como irreal.

¿Y yo qué hice? No se lo van a creer. Pero les diré la verdad, aunque mis amigos me aconsejan que no lo cuente.

Me dio la risa. Una risa enorme, imparable y voluminosa. Una carcajada irresistible que me hacía llorar y llorar de más risa... El señor inspector de Plutón quedó algo desconcertado, se ajustó la antena, miraba hacia mí y volvió a tocarse la cabeza. Finalmente, ante mi risa creciente, dobló con parsimonia el COMUNIDAD ESCOLAR, lo depositó con calculada lentitud sobre el asiento trasero, como dándome tiempo a dejar de reír. Luego oí una especie de *¡loop!*, y sólo quedó un leve aroma de almizcle.

Tardé cinco minutos en dejar de reír. No se lo van a creer, lo sé, pero el coche funciona de maravilla y yo sigo pensando una respuesta creíble a la cuestión del señor amable de Plutón.

Reunión de expertos

Desde hace años se ha puesto de moda eso de "aprender a aprender". No hay reunión de —presuntos— expertos en la que, en un determinado momento, alguien no lance esa especie de jaculatoria psicopiadosa.

—Hay que aprender a aprender.

Y se hace el consenso. Donde había reticencias o antagonismos declarados, impera la paz del súbito encuentro.

Todos están de acuerdo: hay que aprender a aprender. Todos apuestan por el futuro, por las novísimas tecnologías y por la escuela de calidad. Pero el desconcierto surge cuando pasan a la práctica por sí mismos. Veámoslos en acción: silencio, aprenden...

El experto polaco, traje de Sepu años sesenta, cita a la Sagrada Familia Marxengelslenin, mirando de reojo a su colega ruso, mueve su bella calva socialista agarrándose los auriculares torcidos.

El ministro de Educación, de impronunciable nombre, oriundo de un exótico país del Norte más nórdico, ensaya un breve gesto de energética afirmación que contradice la inmensa dulzura azul de sus ojos. El mandatario francés le dice a su dormido vecino belga que la expresión "aprender a aprender" la inventó un francés muy amigo suyo.

El suave experto de la Santa Sede acaricia con su anillada mano una coronilla discreta, sonríe con apropiada beatitud mientras la otra mano brilla por su sospechosa ausencia. El sudoroso delegado turco observa con disimulo las abominables corbatas que ha comprado en el aeropuerto. Su colega chipriota le dirige una envidiosa mirada de indiferencia mientras calcula el precio de la seda italiana.

El delegado ruso, de increíble parecido con Gorbachov, lee con pausas, sorbos de agua y una detenida mirada a los tobillos de la vicedirectora noruega, un informe de doscientos trece folios, anexos aparte. Por su parte, el experto chino aprende a aprender a base de un oriental control de las cabezaditas, masquilladas con ráfagas de sonrisas al infinito que reverbera más allá de su micrófono. El japonés, que apenas sobresale del prepotente sillón anatómico de orgullosa talla occidental, rebusca en su maletín negro una máquina de calcular tan minúscula que probablemente se le olvidó.

El representante de Uganda se ajusta el cinturón de cocodrilo con hebilla de oro, bosteza sin paréntesis manual alguno y mira con desconcierto su medio kilo de reloj de submarinista. El sillón USA está claramente vacío; el delegado ha aprendido a no ir a aprender desde hace años.

El viceministro de un cristianísimo Estado centroeuropeo hace su aprendizaje pasándole a la espléndida traductora de francés papelitos y sonrisas conejiles. Su vecino alemán federal aprende a leer en oblicuo, es decir, con el ojo izquierdo repasa el "Bild Zeitung" bajo la mesa de caoba, mientras el derecho mira con entusiasmo al inagotable conferenciante ruso en su púlpito. El delegado de la Alemania Democrática, y además popular, lo mira con envidia y trata de imitarle con un mediocre resultado: sólo consigue mover las orejas.

Llegan a la acolchada sala de expertos voces y gritos del bar. El delegado portugués y el español se juegan el europeo carajillo a los chinos. Han pasado a la práctica: aprenden aprendiendo.

Finalmente, la auténtica sorpresa viene del elegantísimo delegado italiano, diseñado en Milán; consigue tomar notas relajadamente con la mano derecha, la izquierda sostiene vertical su impecable cabeza, mientras duerme con los ojos abiertos y un levisimo ronquido. Un innovador aprendizaje con gran futuro en la escuela.

M.I.A. Ensayo de huida hacia más adelante (una reforma fina)

Una ilustre diputada de A.P., de cuyo nombre no puedo olvidarme, ha acusado al Gobierno socialista del MEC, en una reunión sobre la reforma, de "huida hacia adelante" en su propuesta de cambios educativos. Bien. Veamos el asunto de cerca y con algo de humor, si cabe.

Puestos a huir, *no parece aconsejable hacerlo hacia atrás*, salvo que se añore el pasado reciente en el que no se movía nadie, ni un pelín, so pena de ser severamente fusilado. Es probable, sólo probable digo, que la dama ilustre mire hacia atrás sin ira y sea partidaria de aquel paraíso de estatuas ante el purgatorio socialista que le toca aguantar. Yo, no.

Agobiado por el tedio que el primer debate sobre la reforma ha desatado, mareado por la ola de generosidad corporativa que se nos viene encima y entristecido por la poquedad administrativa, les propongo me acompañen en una breve huida hacia más adelante. Galopemos hasta el horizonte, trastocando los principios de la extraña lógica escolar. A la vuelta del viaje, el proyecto socialista les va a parecer un candoroso ajuste fino. Incluso a la ilustre diputada de nombre inmemorable.

El asunto sería, en síntesis, como sigue. (Si les parece, podríamos elaborar un libro de colores con una detallada descripción de este desvarío curricular, más serio de lo que les pueda parecer a primera vista.)

Creación del M.I.A. (Ministerio de Individuos Autónomos), organismo encargado de la reforma siguiente. *ESCENARIO I*: Período cero/doce años. *Primera infancia*: cero/seis. Actividades curriculares: maternaje/paternaje en familia (cero-dos años); luego, de dos a seis, desarrollo y estimulación a tope de los cinco sentidos en medios ad hoc (recuerden: vista, oído, olfato, gusto y tacto). *Segunda infancia*: cinco-seis/doce años: nueve meses de pasárselo guai del Paraguay: colonias, juegos, exploraciones varias, verbenas y alegrías, según calendario autonómico, instauración de las "señas de identidad individuales" (S.I.I.). Un mes de trabajo productivo adecuado para pagar los gastos de tanto jolgorio y risa.

ESCENARIO II: Período juvenil (doce-veintiuno) (o también *tercera infancia*). De doce a dieciséis años se trataría de realizar actividades del tipo: viajar, idiomas, ligues (primer

nivel), exploraciones amplias, etc. Junto a actividades de interés científico-técnico con monitores adultos (ratio: cuatro-cinco jóvenes por monitor), según la opción elegida. De los dieciséis a los veintiún años, actividades de trabajo cooperativo, empleos parciales comunitarios, gestión de proyectos productivo-creativos, etc. Segundo bloque: música, cine, lecturas, ligues (2.º nivel) y demás artes del XXI.

(En el relleno de actividades cabe una mayor o menor precisión. Lo dejo para el libro de colores que haré un día de éstos.)

¿Problemas? El profesorado... Se abre un jubileo general: siglo sabático para todos los que lo soliciten, con sueldo revisable al cien por cien y a cargo del presupuesto. Los que no se jubilen pasan a jugar a este plan, previa reconversión y descondicionamiento.

¿Presupuesto? El M.I.A. asume parte del presupuesto del Ministerio de Defensa, el total del de Educación y del de Cultura, y algo de los de Sanidad, Agricultura y Transportes... (Creo que incluso sobraría decirlo para pagar extras al funcionariado jubilado.)

Al llegar a la edad de veintiún años, todos los jóvenes pasan directamente, todos, al "parocio" (paro + ocio, o ocio + paro) que consiste en un sueldazo, a cargo del presupuesto del M.I.A., para seguir haciendo cosas interesantes y locas. El parocio se extiende también a los "educadores naturales" (jubilados, madres, filatélicos, ferroviarios, etc.) que estén en el sistema escolar-educativo amplio que se propone aquí.

Es inevitable contar con un porcentaje de "fracaso escolar". Yo calculo, subjetivamente, que se situaría en un 5-7 por 100... Son los alumnos que, por causas varias, deciden seguir trabajando y meterse en el sistema productivo (que ofertaría, más o menos, un 5-7 por 100 de empleos no robotizados...). El "servicio psicológico-orientativo de apoyo y sostenimiento ocioso" hará un intento final de ganarlos para el ocio creativo. En caso de irrecuperabilidad, pues que se vayan a trabajar con cargo a la CEOE y desayuno gratuito... Nadie es perfecto.

Soy consciente de las lagunas y defectillos. Pero no me negarán, si aceptan la nueva lógica que les propongo, que esto no es un auténtico "ajuste fino". Lo demás son parchecillos y huidas hacia cada vez más atrás. (Se admiten sugerencias para perfeccionar el M.I.A.; correspondencia a esta revista, por favor.) Gracias.

La encerrona (comedia en tres tristes tests)

La mesa es baja, alargada y de una formica verde mate. Una veintena de niños y niñas, de unos seis a trece años, están sentados tras ella. Hablan animadamente, ríen y hojean cómics y libretas. Frente a ellos, sentado en una mesa unipersonal muy bajita, verde mate también, un señor con bata blanca los mira con algún signo de nerviosismo. Frota el pulgar y el índice de la mano izquierda bajo la mesa; finalmente tose enérgicamente para llamar la atención de los miembros del tribunal.

Es la última prueba. Ha conseguido pasar un test de personalidad, otro de habilidades específicas y, menos mal, el de inteligencia general. Sólo le queda la encerrona: una entrevista con la mesa. Si sale bien podrá optar a la plaza soñada: psicólogo escolar definitivo. Habrá que esperar que los otros seis finalistas tengan mala suerte y se los carguen...

Marisa, una niña de once años, se dirige a él.

M.—¿En qué estas pensando? ¿No me oyes?

Psicólogo.—Lo siento, es decir yo...

M.—La pregunta es ésta, tiene tres segundos. ¿Cómo se llama el cantante rubio de Hombres G?

El adulto se muerde el nudillo; declina responder alzando los hombros con abatimiento.

Alvaro, seis años, pregunta desde su sillita:

A.—¿Señor, usted qué quiere hacer aquí, en el cole?

P.—Pues estar con vosotros los niños. Y, esto sí, ayudaros...

A.—¿Le gustan los niños?

P.—He leído casi todo sobre ellos. Su plasticidad cognitiva...

(Habla diez minutos acerca de la psicología infantil, según las tribus conceptuales más de moda. Los niños están a lo suyo.)

Angel, siete años, interrumpiéndole:

A.—¿Qué programa te gusta de la tele?

P.—Mi opinión sobre la tele es ciertamente crítica... (Cinco minutos. Este tema no lo tenía demasiado preparado...)

A.—Lo que yo miro es Espinete y las pelis de medianoche. ¿Te gusta Espinete?

P.—¿Espinete? Ejem, esto sí, sí, bastante. El contenido general del programa denota su raíz anglosajona...

Montserrat, nueve años:

M.—¿Qué es psicología?

P.—Una carrera universitaria muy difícil que...

José María, sin dejar que siga.

J. M.^a—¿Tú crees que se puede matar, por lo menos una vez?

P.—(Desconcertado). No, no, claro.

J. M.^a—(Riendo). ¡Anda! Y las guerras qué, ¿no cuentan?

José María mira para sus compañeros. Están sacando algo de una cartera negra. Teresa se acerca al opositor.

T.—Ponte de pie. Ahí, frente a esa pared. Más atrás... así. Toma estos cromos y haz dos tiradas de "bile-bile", pero sin muñequear ni gambiar con el balón, que no vale ¿eh?...

P.—(Mirando desolado los cromos). ¿Bile qué...? No he tenido tiempo.

T.—¡Jó, no sabe!

El candidato se sienta de nuevo. Se seca las palmas de las manos en las perneras. El secretario del tribunal, Pepito, anota el gesto en su libreta y mira hacia María, que hace un gesto de pena.

María.—Sin ponerse nervioso, ¿vale? Ya acabamos.

De su sillita se levanta Manolo, cinco años, y le pregunta muy enfadado:

M.—A ver dímelo... ¿Por qué el sol no quiere a la luna... ¿Por qué? El sale sin saludar si ella viene a verlo. Tú qué crees...

P.—Verás. No es así exactamente. El animismo es el que estás impide...

M.—(Mirando a los demás, mosqueadísimo). ¿Lo veis? No lo sabe.

El tribunal se ha reunido. Juegan al bilebile (muñequando y haciendo otras trampas) o leen libros. Se les nota que eso de las oposiciones es un asunto que no les gusta nada de nada. Pero hay que hacerlo cada curso. Les han dicho que hay mucha gente sin trabajo, que se sienten inútiles y que les gustaría ayudarles a ellos. ¿Ayudarles? Manolo insiste en que éste ni siquiera sabe que el sol no se habla con la luna... Es el más radical y exige que lo suspendan. Los demás dudan; parece tan joven y buena persona... Un poco inútil sí que es, pero a lo mejor aprende... La deliberación sigue y el candidato se mira las uñas. Casi no le queda nada que morder y esos condenados niños sin salir.

¡Qué grandes son los almacenes!

Los grandes almacenes cumplen un papel fundamental en la ordenación simbólica y en la segmentación temporal. Me explico. Antes eran las iglesias (por no señalar) las que decían al vecindario cómo se tenían que imaginar el mundo y cuándo alabar a los dioses por su bondad y providencia. El tiempo era una línea vital cortada en segmentos rituales: nacer, reproducirse y morir. Mientras ello sucedía, los vecinos hacían lo que podían para pasárselo bien. Luego, algo más tarde, llegaron los estados, con su rica procesión de funcionarios indispensables para la felicidad común; como quiera que se declararon agnósticos y laicos, no tuvieron más remedio que sustituir esa temporalidad religiosa por otra civil. Se inventaron, pues, la burocracia de ventanilla, la tele, el fútbol y la guerra, como nuevos aparatos de simbolización para el personal. (La guerra es la continuación del fútbol por otras vías.)

Hoy puede afirmarse que son los grandes almacenes los que se encargan de la producción simbólica. En realidad, los almacenes han inventado la televisión, o viceversa. De modo que cada vecino del mundo tiene su particular afán simbólico, desea las mismas cosas que su vecino de escalera y está dispuesto a morir, en cómodos plazos, por ellas. Estos imperios de las cosas nos sugieren sibilamente un nuevo *tiempo*. Nos avisan oportunamente de que llegó la primavera, el otoño o lo que sea. Se acabaron las groseras celebraciones agrarias y sus cortes temporales, sudorosos y polvorientos. Ahora ya no se lleva esa horterada de segar hierbas o de matar cerdos. Estamos civilizados en la matriz consumerista, ya no en la obsesión del productor. La democracia nos garantiza la igualdad en y por el consumo. (Los parados, siempre incordiando, no cuentan, ya que, al estar *parados* no consumen, igual que un automóvil.)

De modo y manera que un día es el de la madre; otro será el del padre; más tarde llegará el otoño, el de un apreciado santo local, o el de una seña de identidad (uniforme mental) llamada autonomía...

¿Quién nos avisa de tanto día peculiar? No el Estado o los amables funcionarios, que están muy atareados preparando elecciones en las que repetir su duro sacrificio por el bien común. No. Son los grandes almacenes; entidades que se

merecen las mayúsculas: Grandes Almacenes. Informan, sugieren, no molestan y encima tienen escaleras mecánicas, no como las catedrales o los palacios de la civil justicia, tan altos y difíciles de escalar.

Por otra parte, avisados del día en cuestión, podemos celebrarlo comprando un paraguas; cambiando de ropa; cazando corbatas para el padre querido, o simples broches de oro para la enamorada, pues es sabido que hay hasta un día del amor... Todo ello aderezado con carteles callejeros de cuarenta y ocho metros cuadrados, música de Vivaldi y folletitos de cuatro colores.

La escuela está desconcertada. Antes vivía tan bien, con sus "centros de interés", sus arbolitos, el sol y la nieve. Ahora los niños/as escolarizados (el 107 por 100, fuentes MEC) están ya superinteresados de entrada.

¿Qué hacer; cómo hacerlo y, además, de qué manera evaluar lo que se haga? He aquí los clásicos interrogantes escolares. A modo de ejemplo, sugiero contraatacar arteralmente con iguales armas.

Verbigracia. El día del padre: todos los niños/as estarán con su papá durante las veinticuatro horas del susodicho día. Lo acompañarán al trabajo, a la oficina (los parados, como no existen, que los lleven de la manita a la cola del INEM). Para el día de la madre, ídem. Los pedagogos pueden preparar hojitas didácticas con cuestiones abiertas, objetivos mínimos y propuestas de actividades. ¿Qué hace tu papá? ¿Cuánto gana? ¿Cómo se lo gana? ¿Le gusta su trabajo? Dibuja a tu papá a las siete de la mañana; en casa y en la oficina... Para el resto de los días (verano, amor, primavera, San Jorge, etc.) serán los activos almacenes quienes se hagan cargo de la infancia compradora. Los llevarán al bosque, a recoger hojitas y bichos repulsivos, a la nieve, a esquiar con modelitos última moda, o de paseo a visitar monumentos, con libros de pretexto a base de anuncios propios con las oportunidades de la sección infantil... Por ejemplo. Y así sucesivamente.

La asignatura independiente

He estado en una asamblea de encendidos trabajadores de la enseñanza. Una cosa ordenada y con ese toque somnoliento y un tanto repetitivo que tiene la liturgia sindical. Todo iba bien, es decir, lento pero insistente, hasta que irrumpió una maestra, tomándose la palabra por las buenas, subida en una silla.

Vino a proclamar, con ojos de Juana de Arco y oratoria enternecedora, que ella estaba harta de tanto cuento corporativo (sic), y que lo que había que conseguir era que los niños fueran felices (resic)...

Sobre la sala cayó un silencio almidonado. El moderador se miraba con repentino interés el borde de sus uñas. Tras una eterna indecisión, alguien pidió la palabra, entre el alivio general.

—Compañeros, por favor, si quieren fumar salgan al pasillo...

Todo volvió a ser como antes, y la asamblea recuperó su agitada lentitud.

La felicidad vuelve a estar de moda, gracias a un par de flojos libros y la impudicia propia de los neosociólogos de lo cotidiano. Tratar de la felicidad era materia reservada tan sólo a las amas de casa, como fórmula para disipar la tristeza propia de su condición y de sobrellevar la lentitud de la vida. También los curas, los de antes, con su sotana y su bonete, hablaban con incomprensible elocuencia acerca de la felicidad, añadiendo con dulce engaño que la dicha que ofrecían era para el futuro perfecto y no para el vindicativo presente.

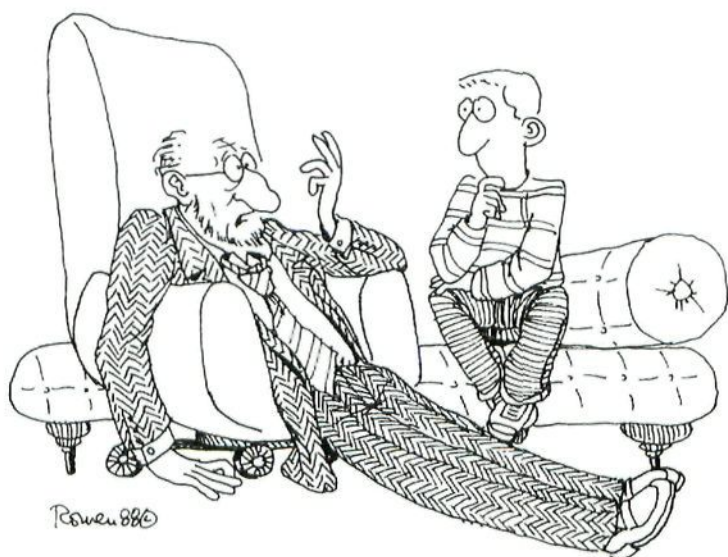
Algunos recuerdan acaso que, con más contención y virilidad, también los políticos únicos del único partido de aquel Estado único se dirigían a sus vasallos para cambiar su obediencia por un gramo de felicidad colectiva. Hasta el único descendía por Navidad entre los mortales para dirigirse al pueblo —¡españoles!, decía con voz mortecina y gangosa— en una familiar amonestación con final feliz.

Ahora ya casi no quedan ni amas de casa; los políticos están en plan econométrico y pragmáticamente espeso. Parece que el asunto de la felicidad está quedando, cómo no, en manos de la escuela...

No basta con que enseñemos en el cole a cruzar la calle, a

consumir, a ver la tele, a limpiarse las orejas, a leer el periódico, a conocer el entorno y alrededores, a comer, a pegar, a ser sexualmente sanos, a viajar y a otras cosas semejantes... Esos nuevos mandamientos del aprendizaje se resumen en uno, sencillo, modesto, fácil y respetuoso: enseñar a ser felices. ¿No es posible alcanzar la felicidad por el currículum?

Es para echarse a temblar. Somos capaces de hacer una nueva asignatura. Si la escuela como institución —no hablo de maestros individualmente considerados— decide *impartir* felicidad, esto va a ser un infierno de desdicha, infortunio, desventura y tristeza. ¿Qué tal si nos limitáramos a enseñar a leer y a escribir? Y a hacerlo bien y felizmente.



SOCIOLOGIA IMPERTINENTE

"La ironía irrita no porque se burle o porque ataca, sino porque nos priva de las certidumbres al desvelar el mundo como ambigüedad."

MILAN KUNDERA

SOCIOLOGIA IMPERTINENTE

Por más que me esfuerzo no logro recordar dónde he leído algo así como que el sociólogo pertenece a un gremio que sobrelleva el sino de ser bufón que ameniza el tedio de los poderosos con cuatro gracias y alguna fresca.

Por supuesto, no creo nada de ello y tengo a los sociólogos en mucha consideración. La razón es clara e irrefutable. Tan sólo conozco —con la cercanía que exige una cuestión tan grave— a un sociólogo. Y es quien firma los artículos siguientes, propios de un muy "impertinente sociólogo".

Por lo que podremos leer, el sociólogo no es complaciente ni bufón. Tras esta constatación, cabe preguntarse muy seriamente al servicio de qué intereses extranjeros puede haber sido alquilada esta impertinencia, que se obstina en vincular tan artificiosamente escuela y sociedad.

X. L.

1. LA VIDA PREPARA PARA LA ESCUELA
2. ELOGIO DE VICENTE
3. SELECTIVIDAD: DE ENTRADA, NO
4. BUROPATAS
5. EL NOMBRE DE LA ROPA
6. ELOGIO DEL ANARQUISMO (O EL ESTADO MALE-
FACTOR)
7. PSICOANECDOTAS O LA EDAD DE LA RAZON
8. LA MIES ES POCA, LOS OBREROS MUCHOS
9. EL CENTRO NO EXISTE
10. LA ALUMNEZ
11. PEDAGOGIA SUMERGIDA
12. ¡VIVA LA DESIGUALDAD!
13. EL SISTEMA NO EXISTE
14. BABELEROS
15. JOSELITOS Y MARISOLES
16. ELOGIO DE LA AGRESIVIDAD
17. ¡QUE VIEJO ES SER JOVEN!
18. NO LE DIGAS A MAMA QUE SOY SOCIOLOGO
19. LA ESCUELA EN EL AÑO 3000

1

La vida prepara la escuela

Hay que cambiar la proposición clásica de que la escuela prepara para la vida. Ya no vale para estos tiempos que corren. Hasta hace pocos años se aceptaba con resignado cálculo el aplazamiento de vivir que la escuela proponía. Uno se preparaba para ser algo cuando fuera mayor. Ser mayor y trabajar era el horizonte inmediato ante el que valía la pena enfriar el agua hirviente que nos bullía por dentro. El vapor resultante de esa renuncia era la fuerza motriz de la adolescencia. La escuela era un paréntesis cargado de significado. La fiesta de vivir sería tanto más hermosa cuanto mayor hubiera sido el rechazo de la llamada oscura de vivir ya, del anhelo de saltar la tapia del cole.

La escuela nos brindaba la instrucción del mañana; nos regalaba el manejo de los códigos y los gestos que —al salir— se canjeaban por las credenciales que nos abrían las puertas del paraíso. Uno, de mayor, quería ser sobre todo eso, mayor...

Hoy, esa postergación del vivir no cuela. ¿Para qué reprimir el deseo de sentirse vivo? Hoy, un niño es mayor antes y con más vehemencia. Y una niña, por supuesto. La infancia y la adolescencia, sin embargo, se amplían por abajo y por arriba. Su reconocimiento de existencia social e individual viene adjudicado por su condición de alumno. El final feliz de itinerario ESCUELA-TRABAJO-MATRIMONIO se aleja vertiginosamente. Le sustituye el patético laberinto ESCUELA-FAMILIA-PARO. O sea, que la escuela prepara para la escuela. Claro, por ahí no hay salida, salvo para el cúmulo de oferta de empleo para las profesiones escolares y metaescolares: profesores, reeducadores, monitores, apoyantes, animadores, medicalizadores y *tuti cuanti*. ¿Cabe otra solución?

Cabría pensar las cosas desde otro punto de vista. Así: es la vida la que prepara para la escuela. O sea, la experiencia directa, vivencia y sistemática del tiempo y del espacio propios son la tierra sobre la que se nutre el árbol de la reflexión y del estudio. No a la inversa. Los currículos deben ser propuestas de HACER cosas, como trabajar, viajar, convivir conjuntamente en un proyecto colectivo, conocer personas, y cosas tales como pájaros y peces, músicas y subterráneos, campos y fábricas, luces y sombras, brujos y científicos. Y así sucesivamente, de modo desordenadamente

significativo para cada cual. Por supuesto que a ese VIVIR le sigue la "skolé": o el ocio que reflexiona, el esfuerzo cognitivo que se nutre de una personalidad rica en experiencia. La primera y fundamental: la experiencia de sí mismo.

Oigo el fragor de las preguntas, interpelaciones y cuestionamientos, según el interés dañado en esa remoción radical de rutinas. No tengo respuestas, sencillamente porque habría que ensayarla y luego, tras la experiencia, podríamos sentarnos bajo la sombra de una higuera a valorarla y transformarla. También vale la sombra de un pino o de un sauce llorón.

Elogio de Vicente

Los Vicente ya no son lo que eran. Veamos si no. El alumno más joven de las Universidades soviéticas tiene doce años. El angelito, con perdón, es ucraniano, se llama Serguei Grishin, nació en Krivoi-Rog y acaba de ingresar en la Facultad de Físicas de Moscú.

Antes, no me pregunten de qué, esos niños-hombre habitaban en las aulas y ejercían su vocación de cerebrinos entre la animadversión de sus compañeros, que veían aumentadas por contraste sus escasas luces, y la devoción magistral de sus tutores, que, a su vez, se veían a sí mismos magnificados en el espejo de tanta sabiduría.

Esos precoces seres campaban a sus anchas, sin más restricciones que las duras bromas y vejaciones de los habituales vagos y maleantes escolares. Eran los llamados, con rencor proyectivo, repelentes niños Vicente. Aquellos niños lobo invertidos son hoy una especie en peligro de extinción, no por depredación o errores genéticos, sino por causas de inadaptación al ecosistema escolar. Actualmente, la escuela, que ha desterrado la bata como símbolo de insoponible uniformidad, sólo aspira a hacer niños iguales, ni tontos ni listos, sino todo lo contrario.

Los Vicentes que fueron eran individuos poco amantes del rebaño, escasamente gregarios, pues, animalillos de gesto pausado, acné persistente, con un leve asomo de caspa en los hombros, pronunciada nuez de Adán, memoria portentosa y unas gafitas redondas y reiteradamente rompibles a las que el esparadrapo prestaba su abrazo pegajoso. Olfían, como el resto de sus compañeros, a goma Ebro, a bocadillo rancio y a axila primaveral, con una añadida ráfaga de libros viejos. Lo que propiciaba el odio colectivo eran sus insospechadas facultades para recordar fechas, reyes godos, fórmulas y frases; su proverbial servilismo, amén de su nulidad para chupar balones de trapo, cangrear por el patio y levantar faldas precozmente.

Eran, hoy puede verse, el oscuro objeto del deseo de una clase media muy mediocre que atacaba a los Vicentitos, pues creían ver en ellos, con miopía histórica, a sus enemigos de clase. Los Vicente que fueron, eran, paradójicamente, ejemplares de la clase media en estado puro, ascensional y paradigmático; ejemplos vivientes del conveniente mito de

la movilidad social, de la trayectoria posible entre la nada y el paraíso. Encarnaban la llegada a las cumbres de la corte desde las brumas de la aldea. Auténticos estandartes para el régimen aquel que hubo. hijo de peón que accede a la notaría o aquel que de la dehesa aterriza sus posaderas en un sillón de subnegociado o más arriba aún, que todo era posible si la virtud y el esfuerzo acompañaban a la inteligencia natural de la raza.

Adiós a los entrañables Vicentitos, tiernamente obtenados en alcanzar su úlcera en el paraíso, compulsivos y calvitos, niños sin niñas, perseguidores tenaces de birretes y togas, de orlas, laureles y menciones de opositor brillante. Hoy se lo hacen muy mal. Vagan como sombras por inmensos patios de colegios posmodernos, lúdicos y activos. Arrastran sus virtudes ocultándolas como vicios inconfesables; se sujetan las irrompibles gafas con el delgado índice, agitados por tosecillas inquietantes; escapan de la realidad viendo películas de Woody Allen y leyendo revistas de poesía e informática.

No tienen futuro o no se han enterado de que éste empieza en 1992 y es patrimonio de sus vulgares coetáneos, forzudos de repelentes músculos que, enfundados en chándales ignominiosos, se pegan, gritan y se agitan ruidosamente, soñando con inmortalizar su virilidad en un cromó de Nestlé a todo color, repelentes Rambos, fabricados clónicamente.

Selectividad: de entrada, no

Los jóvenes protestan de nuevo. En París, Bruselas, Madrid o Pekín, la juventud hace aumentar, en los ministerios de la cosa, el consumo de Valium o de manzanilla, según sean democracias formales o populares, respectivamente.

Compelido por la nostalgia del 68 asistí a una mani de estudiantes de medias, en Barcelona. Miles de recientes ex niños/as gritaban felices su ira contra el cancerbero de la cueva universitaria, la bestia parda y peluda de la selectividad. Desde la serenidad que me proporcionaba mi edad, condición y experiencia, traté de formular una sencilla y vistosa explicación sociológica, o al menos lógica... No se me ocurrió absolutamente nada. El vacío total. Y, sin embargo, hace algún siglo, yo devoraba libros de sociología del conocimiento, embebido en el narcismo del epistemólogo ante el espejo de su pensamiento en el acto, libidinoso, de pensar pensándose. También es cierto que dejé plantado a Mannheim en una tarde de lluvia y me fugué con Chandler y Vázquez Montalbán en un Cadillac negro. Mientras pensaba eso, me agredió un audaz radio-reportero con una berenjena amarilla en la mano y unos auriculares portentosos, gritando por encima del griterío ambiental: "Está aquí con nosotros el famoso Mauricio Escribano, experto pedagogo, especialista en selectividad y director de 'Cuadernos para el Diálogo'... ¿Es esto otro mayo del 68?". Para ganar tiempo traté de colocarle una frase lo bastante inteligente como para no parecerlo y lo suficientemente clara como para no entenderse... "De entrada, no. Son otros tiempos." "¿Qué quieren hoy esos jóvenes?", insistió el energúmeno radiofónico agarrándome del brazo para que no se me llevara el hervor del río humano. "Ellos también son realistas, pero sólo piden lo posible..." El periodista me miró con un ojo distraído, sin captar la agudeza metahistórica de mi respuesta (con el otro seguía atentamente los acontecimientos). Apretó más su garra y afirmó sonriendo: "Ustedes, los mayores —dijo así: los mayores—, no quieren cambiar nada." Ya en plan orientalista, respondí: "No existe la juventud. Hay unos estudiantes que quieren existir, precisamente. No quieren ser elegidos, seleccionados, por la oscuridad. Quieren el sol, y presienten que bajo la arena dorada de las playas de sus institutos sólo hay los adoquines grises del paro..." Una cosa poética y

amargamente hermosa. El locutor aflojó su presa, cambió el enfoque de su ojo y me abandonó entre la multitud. Aún añadí, como un loco solitario: "También sueñan con prohibir las prohibiciones." Una muchacha en flor, sonrisa de hamburguesa bajo pupila tiernamente azul, se me quedó mirando un segundo y, con un reflejo de simpatía instantánea, dijo: "¡Esto es súper, tío!"

Yo creo que me confundió con su profe de Física, pero me sentí mejor. Le devolví la sonrisa y le pregunté con un calor contenido: "Oye, pero ¿qué es lo que queréis exactamente?" Por la tarde fuimos al cine. Una reposición de "Lo que el viento se llevó".

4

Burópatas

Los burópatas están tristes. Sonríen poco o nada, suspiran y no giran ya en sus sillones de cuero. ¿Qué tendrán? De entrada, mala imagen. Y no desde ahora. Ya Max Weber los ponía verdes con su fina esgrima sociológica, por no citar al viejo topo de Carlos Marx, más pegador y directo. Ahora, lo de criticar al burócrata en un vicio nacional, que se ejerce sañudamente. Pasaron los tiempos en que los compañeros sociólogos eran unos auténticos críticos que juzgaban los toros desde la incomodidad de la barrera. Ahora ya no. Ahora, como se ha visto por la tele, se limitan a llevarle el botijo al maestro, el estoque estadístico y la toalla para el sofoco de los focos, que hay que ver el calor que hace en el estudio. Donde hay Alcázar no manda Patria.

De todo ello deduce el vulgo, seducido por la herencia judeocristiana, que es este un mundo de buenos y malos; en él los demás son siempre canallas. Nadie piensa en el pobre burócrata, sometido a una vida dura, callada y gris marengo. La reacción es, claro, cerrarse en banda y tratar de complicarle la vida al vulgo, poniendo las cosas sencillas bien complicadas.

Parece un designio genético de los mamíferos superiores. Manifestamos nuestro interés en dar a comer al hambriento, y una vez somos cocineros, atesoramos el forraje y nos dedicamos al engorde y reproducción de nuestra camada más próxima. Ni ontogénesis ni filogénesis: depredación. Las burocracias vinieron a organizarnos y a defendernos en este valle de lágrimas. Hoy andan cerrando filas en un corporativismo —del que no se salvan los enseñantes— sin más esqueleto que el propio.

De tal modo que los que educan al niño, acaban volviéndolo loco o ajeno al saber y a sí mismo. Los que nos defienden, se convierten en amenazantes yuppies de diseño atómico. Los que velan por nuestra vida espiritual, se obsesionan en convertir la combinatoria virtual de los sexos a una sola posición, y aún ésta francamente desaconsejada. Los que miman nuestra salud, se transforman en un riesgo para ella. Quienes nos alimentan, nos matan. Y así sucesivamente, como decía mi profe de mates en cuanto se olvidaba de los ejemplitos ejemplares.

Hoy los burócratas sienten su propia amenaza. Y una

epidemia recorre como un fantasma las oficinas (del francés, bureau=oficina). Las buropatías presentan un cuadro clínico muy preciso: pérdida de los apetitos; mirada ausente; temblor en las aletas nasales; una indefinida tristeza; deseos irreprimibles de encerrarse en el wáter a escribir decretos, leyes y reglamentos. En pocas semanas serán sombras macilentas, pingajos, seres desvitalizados que nos siguen organizando la vida.

Han descubierto, tarde ya para su salud, que no son patronos de nada sino marineritos del Leviatán, un barco fantasma que navega sin rumbo y sin capitán. Ese descubrimiento los enferma a racimos. Pero hay un átomo de esperanza en su misma buropatía: la de que recuperen la infancia perdida y manden a su padre/patrón a la mierda. (Con perdón.)

5

El nombre de la ropa

Justo al lado de mi casa hay un bar en el que se reúnen, a ciertas horas, los llamados hijos-de-papá, esos niños/niñas bien que se denominan abusivamente de ese modo, como si los demás no tuvieran un padre, aunque fuera putativo. El caso es que, desde hace algún tiempo, son ya corrientes las agresiones y los robos de ropa, zapatos, relojes o prendas de marca.

Es una operación depredadora, relativamente simple y casi nunca denunciada. Dos o tres jóvenes, apenas salidos de la EGB o de finales de ella, rodean al elegante incauto, le golpean o le pinchan con navajas, exigiéndole la cazadora de cuero, los pantalones tejanos de esa marca famosa o el jersey de etiqueta visible. No van especialmente por el dinero. Desean sólo esa clase de ropa o, mejor, esa ropa de clase. Es un atraco a tiro hecho, selectivo y preciso.

Algunos maestros me han relatado cómo la guerrilla sorda se gesta ya en las aulas de EGB, y de qué manera estalla en los institutos. Se ha creado una auténtica escuela paralela, la de la marca por la marca. Es una red de signos externos que teje su trampa de soberbias y de vergüenzas, que envuelve a niños/as en su moral de Celestina desde que aprenden a leer. Aquel que no endosa la ropa con nombre propio —y sólo ése— no cuenta para nada en el olimpo de esos pequeños dioses consumidores. No se valora cómo se viste, sino qué cosa se viste. El poder de la marca recae, como un valor económico añadido, sobre el sujeto. El objeto, de ese modo, procede a subjetivizar al individuo. Una pirueta portentosa que conduce a la mercantilización del ser. Si no se tiene, no se es.

En ese juego todos quedan marcados. Unos, por la compulsión del dinero, que abre puertas a ese paraíso de cosas, al *infinito goce de tener y mostrar lo que se tiene*. Otros, por el aprendizaje silencioso y cotidiano del no-tener y de la ira inexplicable por no ser como el otro, el que sí tiene. Apenas saben redactar y ya conocen a fondo la prostitución de sus deseos; han experimentado la interiorización del modelo del consumidor absoluto: aquel que se vende a sí mismo por un objeto. Más allá de esa cosificación del ego, que les chupa el tuétano de un posible yo, han asimilado la lección: tener o no

tener... Lo que en la vida diaria, junto a mi casa, es atacar o temer el ataque.

Por su parte, los maestros, con antenas de sensibilidad, resienten en su trabajo de artesanos esa humillante cuchillada traperera de una industria que modela aspiraciones profundas con una ética dudosa e incontinencia voraz. A algunos educadores les sonará a hipocresía interesada toda esa retórica acerca de la consagración de *iure* de una educación integral.

Es más fácil para ellos, situados en medio de esa guerra sucia, constatar de *facto* cómo se propicia la agresividad y el *canibalismo entre alumnos en nombre del sacrosanto mercado libre*.

A la postre, es una triste libertad ésa que hace de la calidad y la belleza símbolo de una opulencia consoladora para unos pocos y una ambición agresiva para los demás. No nos quejemos luego del súbito parpadeo de las navajas en las esquinas. Es la venganza de los objetos en un mundo en el que el sujeto queda cubierto, disimulado e imposibilitado por ellos.

6

Elogio del anarquismo (o el Estado malefactor)

En el último año de estancia en este oscuro laberinto decía Borges en una entrevista: "Soy fundamentalmente anarquista. Estoy por un mínimo de Estado y un máximo de individuo." Tras el estado de la nación y el debate de censura, agotado por el mayor espectáculo del mundo, coincido en esa melancólica apreciación del genial cuentista ciego. Es éste un mundo exento de grandeza, en el que nos ilumina la mirada aguda de un fabulador invidente.

Cuando eran los tiempos en los que un individuo, uno solo, tenía al Estado en su puño, suspirábamos por la democracia. Hoy, paradoja menor, el Estado aprieta el puño sobre el cuello de los ciudadanos. Del Estado benefactor, una especie de papá cordial que tenía el mandato de cuidarnos desde la cuna a la sepultura, hemos pasado al Estado malefactor, corporación de incompetentes que suspiran por llevarnos, sin pausas pero sin prisas, al matadero planetario.

Es, de otra parte, una moda mezquina ésa del derribo del Estado. Una variable estética más de eso de "posmodernismo", subproducto metafilosófico que facilita a los bomberos de hoy apagar su pasado de incendiarios. Es, en efecto, el Estado el gran culpable de todo, el blanco de las iras de la derecha en el poder y de la derecha en la oposición. Es, al tiempo, el oscuro objeto del deseo al que todos también aspiran. Mi reino por un estado, aunque sea minúsculo. Los caminos son diversos, pero la aspiración es idéntica. Unos conservan el aparato y otros, paradójicamente los más conservadores, se lo toman como leninistas de salón y prometen destruirlo en cuanto sean sus inquilinos.

La ciudadanía está, por su parte, desorientada y asiste impávida a la corrida desde la andanada de sol, asomada a la impotencia y al desespero sin perder la sonrisa atávica. En contadas ocasiones el estoicismo se quiebra en mil pedazos, y cada uno de ellos, como un espejo, refleja la mueca de la ira social. Fugaces disturbios que reconduce el orden a su injusta medida. La blanda racionalidad, ideología pastosa del poder, se desentiende de todo lo humano, pues que nada técnico le es ajeno. Para llegar a ser tan modernos como los europeos debemos ensayar el gesto gallardo del tendero o el

corte de pelo de la multinacional. El precio de la leche borra cuestiones éticas menores.

Todo sea por la modernidad. Poco importa al Estado que se sacrifique a ese imperativo categórico futuro el presente de millones de individuos a los que sigue apelando como ciudadanos. Adultos súbitamente envejecidos como fuerza de trabajo, seres que hurgan en los "containers" o miran de reojo la secreta esperanza de una papelería urbana; jóvenes condenados a ponerse de cara a la pared desgastada de las palabras sin hechos, o a consumir una muerte endovenosa y personal.

Mientras, el Estado crece y se multiplica bíblicamente con la fertilidad de todo lo maligno. Nacen Gobiernos como setas, bajos en su estatura moral, viscosos en su corte de bufones y de funcionarios de alma protocolaria y sorda. Cuanto más crece ese Estado malefactor, más inutilidad genera en su vocación de gestión de las cuestiones básicas. El colectivo de mamíferos superiores que sufre las consecuencias de esa hidra teme los avatares de una posible vida peor sin el Estado. Desea tan sólo trabajar, comer, reproducirse, sanar, aprender y morir con una cierta dignidad.

Menos Estado y más individuo. Pero es eso lo que aúllan también los lobos esteparios que merodean por los jardines de palacio, viejos y jóvenes conductores de la manada. Son los neanarquistas reactivos que venden su lamento por el individuo perdido. En realidad su lema sería: menos Estado y más mercado. Su posmodernidad huele más a liberalismo decimonónico que a cualquier aroma de futuro. Sonríen como Víctor Mature y ocultan el músculo con el que esperan derribarnos a todos descerebrándonos delicadamente.

Realmente es este un dilema. ¿A favor o en contra del Estado? ¿Con unos o con otros? No hay más solución: con nosotros mismos. ¡Qué tiempos estos en los que no se sabe ya contra qué evidencia luchar! Hay que estar ciego para ver lo que pasa.

Psicoanécdotas o la edad de la razón

Cuando yo era pequeñito, hace tiempo pero aún en este siglo, llegaba a ser mayor de edad a los siete años, más o menos. Ahora se accede, con algo de suerte y un par de becas, a los veintisiete. En mi época infantil todo eso de la psicología sonaba a conspiración judeomasónica o a película de Hitchcock con divanes y asesinos encantadores.

En la escuela se leía a Santo Tomás y se aprendía de memoria el catecismo del padre Astete. Por entonces, Vygotski era un joven muerto y Piaget un señor travieso que investigaba moluscos, leía a Hegel y paseaba en bicicleta con una boina presuntamente vasca. Cuando el fundamentalismo religioso no bastaba para contener la neurosis, se hacía un uso cuidadoso del jarabe de regla o de otras caricias punitivas bastante contenidas y exactamente reguladas por los usos y costumbres. Uno, que era pequeño pero no tonto todavía, sabía lo que se jugaba. Todo estaba claro, y era un placer aventurarse al castigo y eludirlo de mil maneras. No había angustia, estrés o fracaso escolar. Por el contrario, la benevolente hostilidad de nuestros esforzados educadores estimulaba nuestros sentidos, obligándonos a conquistar una temprana autonomía. Era un juego normado y explícito.

No había una base psicológica que modelara al niño ideal. Pero sí existía una rudimentaria imagen de la infancia, heredada tanto de un tomismo medieval y rígido como de un saber popular y agrícola, que clamaba mano dura. Ese corpus epistemológico, por llamarlo de modo suave, tenía su proceso madurativo, sus etapas, reajustes y demás constructos.

Por ejemplo: los niños eran tontitos angelicales antes de cumplir los siete años. Se les trataba como querubines y su destino era el de engordar en el limbo doméstico y darle trabajo al Santo Ángel de la Guarda, en evitar caerse de los puentes y otras desgracias similares. Por supuesto, esos gorditos prerracionales no habían leído a Freud y eran seres asexuados que se miraban los omoplatos por ver si les salían alitas de blancas plumas...

Tras varios años de soportar ese rol seráfico, pacientemente, se alcanzaba —por fin!— la "edad de la razón". Ese acontecimiento importantísimo ocurría sobre los seis o siete años y se

representaba a través de una decisiva ceremonia: la primera comunión. Del arcangelismo de la niñez se pasaba a un estatus de entrar en la escuela primaria, acceder al uso de la razón. Es decir, estar en condiciones madurativas tales como para pensar. Además, como uno ya era mayor, conocía el Bien y el Mal, lo que era un elemento no menor, y asumía el riesgo y la atracción del pecado. No el original, sino el pecado personal, gozoso y transgresor. O sea, uno era como los adultos: un pecador más o menos arrepentido. El pobre y dedicado Angel de la Guarda se volvía, con las alas algo desplumadas de tanto salvamento y socorrismo, a fichar a otro irracionalito a punto de caer por un precipicio.

Esa primera comunión, y ya no las otras, era una solemne transición al nuevo estadio. No tenía sólo, ni siquiera lo buscaba, un objetivo cognitivo. Era una liturgia simbólica e implicante, de una espesura vivencial que cargaba de racionalidad al sujeto investido. Que cada cual moje su magdalena proustiana en su recuerdo congelado, en el caso de que pasara por esa ambivalente experiencia: trajes de marinerito o de almirante; misales de nácar, largos ensayos; lavados integrales de cerebritito, olores y sabores misteriosamente pegados al paladar y al cerebro; estampitas, adultos felices y celebrantes de nuestra mayoría...

—Trata usted de justificar cualquier pasado como tiempo mejor...

—Intento recuperar mi psicología perdida por medio de la melancolía.

—Conservadurismo senil.

—Escepticismo civil, diría yo.

—Mero cinismo.

La edad de la razón abarcaba seis/siete añitos gloriosamente encerrados en plena vida. Su consiguiente etapa era la popularmente conocida como "edad del pavo", de la que nos ocuparemos en otra ocasión. Los elementos de estimulación educativos más usuales eran sencillos, pero absolutamente ineficaces: una indoctrinación religiosa agobiante, oral y escenográfica, y un trasvase de información, bastante ridícula, a memorizar. En eso consistía todo. Estaba socialmente claro que la escuela era únicamente una excusa clasista para colocarse de ingeniero, como papá; de obrero, como padre, o para seguir "la voz" e irse a redimir chinitos de misionero, como cualquier reverendo del exento catálogo propuesto. (Las niñas, por su natural e inferior condición, no tenían aspiraciones laborales.) Y así nos hacían crecer en el uso de la razón...

Cada momento histórico genera sus propios espacios y ritos, que tratarán de distribuir los tiempos y procesos del desarrollo individual. Unos son más simbólicos, otros más lógicos; pero todos buscan acomodar al niño a un modelo de futuro. Lo que suelen conseguir es olvidar que el niño es, precisamente, un presente rabioso y exigente. Sea con genuflexiones o con evaluaciones, con oraciones o con selecciones objetivas, lo que finalmente se pretende es

legitimar el poder del aparato que crea seres dependientes de él. Hacer inevitable no sólo el poder ajeno, sino también su interiorización: la voz de la razón.

El asunto está, como ya me temía desde los siete años, en escapar a los lazos de esos creadores simbólicos de dependencias y de ortodoxia. En conquistar una auto-nomía (de autos y de nomós, no sé si me entienden), que nos haga sentirnos a gusto en nuestra propia e intransferible piel. A cualquier edad.

La mies es poca, los obreros muchos

Cuando el general, pensar era un riesgo que asumían unos pocos. La escuela repartía el incienso, el oro y la mirra con la garantía de origen y los debidos permisos. Algunos niños estudiaban para ser como sus padres, otros querían ser toreros o boxeadores para no ser como los suyos. Al fin y al cabo la mies era mucha —aquí y en Alemania—, los obreros pocos, dóciles y prontos a organizar una demostración sindical, con jotas, sardanas, folías y chotis. Peculiaridades regionales como coreografía del terror y el silencio.

Los niños se podían clasificar, a simple vista, en pobres, ricos y becados. Los colegios se especializaban en salvar almas, ignorar amigos y distribuir títulos según la parábola de los talentos: tanto tienes, tanto valdrás. Las cosas eran claras y además el chocolate estaba racionado. Los disidentes eran severamente fusilados y la paz brillaba en las calles.

Pero llegó el milagro español. Pasamos al galope del biscúter al seiscientos, de las adoraciones nocturnas a la discoteca sonora, del botijo al ordenador. Las escuelas pasaron de oasis a muchedumbre, de entretenimiento para los herederos de las élites a banco de pruebas de los cachorros de las masas. Los talentos había que demostrarlos: tanto vales, tanto tendrás. Un amplio paraíso de bienestar actuaba de zanahoria, eran los gozos permitidos por el hedonismo controlado del consumo, desde la transformación de la cueva familiar, con la lavadora y el alicatado hasta el techo, hasta la conquista del espacio exterior con el automóvil que transportaba a la parcela con árbol y a un ocio de goles anunciados.

Felizmente aconteció el esperado acontecimiento que parecía que jamás acontecería. Desafortunadamente coincidió con el fin del reino de los cielos: la crisis famosa nació con el ensueño secular de la democracia. De las horas extraordinarias, al paro. Parece un fatal sino de este país; alcanzar finalmente la mermelada y perder el apetito. La enseñanza se contaminó del olor ácido de la crisis. El paro se manifiesta escolarmente en fracaso escolar. El desencanto en aburrimiento. La falta de objetivos sociales en pasotismo. El temor al futuro en agresividad o huida a través de la amplia oferta de nuevos paraísos hipodérmicos o neofundamentalistas.

La Administración se inundó de vendedores de ética, de vestales de la esperanza y de pintores de arco iris en "spray". Frágiles pompas de jabón. La escuela pudo haber removido sus raíces de barro, estableciendo el marco efectivo en el que crecer sin los cainismos y los demonios familiares. Pudo, pero no se hizo. Unos por la inercia doctrinal y autoritaria que había encallecido la retórica ampulosa de libertades jamás predicadas, un apenas maquillaje de privilegios. Otros, por una exquisita prudencia, hicieron reformas tímidas, concesiones y apañes escasamente acordes con sus propios principios doctrinales.

Crece ahora un tiempo en el que la mies es poca y los obreros muchos. La enseñanza ya no es aquel instrumento adoctrinador de élites, tampoco el distribuidor imparcial de talentos individuales... Hace falta imaginación, decisión política y recursos económicos —y los hay, no se dude— para convertir el sistema educativo en un tiempo y espacio nuevos, en el que fructificar como individuo. Para ello habría que desmontar las obsoletas divisiones funcionales de la administración de lo educativo, y, además, romper con las perpetuas incomunicaciones entre competencias. Educación, hoy, a escasos años del siglo XXI, es cosa que requiere un plan interdepartamental, integrador y radicalmente descentralizador. Enseñanza es: sanidad, economía, trabajo, industria, comunicaciones... y escuelas, además.

Los grises cuarenta fueron años en que nos inculcaban pocas ideas pero confusas. Los estimulantes ochenta-noventa son décadas decisivas para asumir las nuevas confusiones: la complejidad, la incertidumbre y la aventura. Es decir, la vida como un proyecto de sabor apetitoso. A esa propuesta podríamos llamarla, si insisten, escuela.

El centro no existe

La escuela hegemoniza una inteligencia, la lógico-verbal. El vértice de ese supuesto supremo del hombre es la capacidad de abstracción, manejo de símbolos y signos que dan cuenta de realidades ausentes. Como se sabe, ésa es una conducta que desarrollan numerosos animales, mamíferos y aves, frecuentemente, y, según parece, también sucede en el llamado *reino vegetal*. Las diferencias entre un hombre y un modesto rábano, sin embargo, persisten y no debe cundir la alarma entre los amantes de los rábanos.

El asalto que las ciencias vienen haciendo al viejo y soberbio antropocentrismo es divertidamente demoledor. El centro era Dios; más tarde, el Sol; luego fue la Tierra; más tarde, el Hombre y/o la Mujer, y finalmente, el Estado o el partido. La ontológica necesidad de un centro como referencia vital es patética porque revela nuestra pequeñez de náufragos galácticos. Los adultos somos mamíferos encantadores, creadores de encantamientos. Y eso es una virtud y un vicio. Los niños son, maestros que leéis estas líneas, los seres más descentrados de toda la fauna y flora realmente existente. Al nacer no precisan más centro que el biológico, factor de intercambio con el medio; sus percepciones están radicalmente abiertas; sus sentidos exigen interacciones a tope, pero sin prejuicios morales o estéticos; su única nostalgia —probablemente genética— no es la de un cualquier centro moral, sino la de un reencuentro con un "ego" placentario, fetal y cálido, cerrado sobre sí mismo pero umbilicalmente conectado a la madre-sociedad-mundo. Somos nosotros los que con el noble afán de socializarles, proyectivo de nuestros temores/terrores, les obligamos a acomodarse a nuestros muy variados centros sociomorales: familias-escuelas-(madres) patrias y otros exquisitos cuarteles de la vida, soles que calientan nuestra molesta incertidumbre final.

—¡Algún centro tiene que haber!

—Es usted un inmoral, escéptico o algo peor... ¿Será el SIDA?

Una vez muerto el padre, en verdad existió, no hace mucho, un centro político al alcance de todos los españoles. Hoy el centro lo ocupa una izquierda, mientras la otra se autofagocita en el agujero negro de la unidad, y la derecha espera su turno

en el sastré, probándose a sí misma —Blancanieves eterna— que es la más bella y la mejor arrugada.

Así, entre aniversarios necrológicos o imperiales, vamos pasando este tiempo impreciso, entre el final de la Baja Edad Media y el próximo Belicoceno inferior.

La escuela, por su parte, no puede representarse a sí misma y al devenir de la Cultura (en mayúsculas, por favor) sin un par de buenos centros. La libertad de cátedra no es otra cosa que una querella interna entre comulgantes de alguno de esos centros. El alumno —especie en peligro de mutación genética— goza del privilegio de oír/optar por el muestrario escolar de centros. No existe escuela sin centro y, de otra parte, los variados etnocentrismos/antropocentrismos precisan de la escuela para transmitirse eternamente o al menos durante una generación.

—Pues, ¿qué hacemos, compuestos y sin centro?

—¡Ahí, ahí le duele!

Como dicen los pocos sabios que van quedando en este valle de pragmáticos, asumir la insuficiencia de cualquier centro que se adopte, instalarse cómodamente en la incertidumbre y —a pesar de todo— ejercer con impudor alegre la reflexión, el pensamiento y el deseo. De modo que la escuela volviera a ser lo que comenzó siendo: un lugar de encuentro, de reflexión y de ensoñación. ¿Qué otra cosa es el saber?

—Muy bueno el sermón, oiga. Le dejo, que tengo clase de Ética 2, hora B, grupo nocturno C.

—Lo mismo digo, yo doy clase de Educación Física, y a ver si se centra usted un poco...

La alumnez

Los niños no existen. Fueron un agradable invento que empezó a languidecer con las fabriles e industriosas revoluciones burguesas. Hoy, metidos en el tinglado posindustrial, la infancia sólo es una paradójica fase en peligro de extinción. Niño que nace, niño que es reciclado en un espécimen apto para el consumo de instituciones cariñosamente amenazadoras. Pero el niño, el auténtico loco bajito sin carné ni intenciones respetables, está menguando peligrosamente. En verdad, hay ya pocos ejemplares de niño sin fecha de caducidad. Hoy los niños ya no traen un pan bajo el brazo, sino la solicitud de ingreso en la alumnez.

Ya no hay niños. Sí existen seres mutantes que habitan permanentemente en los pasillos del auténtico espacio de poder. Viven en instituciones pensadas para expropiarles de su niñez y endosarles la alumnez.

Niños de guardería, de pañales olorosos; niños de parvulario, con sueños de cromo y televisión, constituyen el primer segmento de la evolución de la especie. Tiernos mamiferillos, tempranamente adaptados, que aún no merecen el nombre de la realidad: sólo son preescolares. En esa espera pasan los años aporreando plastilinas de colores, cantando villancicos en abril y juzgando severamente a los adultos que tanto los quieren y a los que tanto quieren.

La infancia era un jardín sin límites, una aventura con olor a tierra mojada y un sabor de autonomía levemente amenazada por los mayores. Hoy es una encantadora prisión con vistas a la pared de enfrente y seguro contra accidentes. Ayer los adultos eran desconcertados gigantes que sabían hacer cometas y cazar ranas; hoy son severos especialistas que observan amablemente los progresos de la especie entre blancas mesitas de formica a prueba de niños. Los mayores también han desaparecido; temen a los niños.

Asumida su identidad de preescolar, el niño desea llegar a ser un alumno de verdad, con su cartera y sus libros, sueña con devorar el placer de vivir como los seres realmente escolares. Una vez entrado en el reino obligatorio de los "coles", el alumno irá despojándose de los restos de niñez. Paradójicamente el alumno, nueva etapa de la especie, se alejará cada vez más del eslabón siguiente: el adulto. La escolaridad se alarga, la alumnez se constituye en un estado

cuasi permanente. Los adultos productivos y socialmente considerados son un bien escaso y tecnológicamente sustituible. Ser adolescente hoy significa sólo la etapa intermedia entre el preescolar y el prejubilado. La expropiación de la adolescencia. El mundo, la vida, la aventura de vivir autónomamente deviene un espejismo. Además, tenemos varios canales de televisión, todo el mundo quiere ser joven y mañana es sábado.

La infancia desaparece devorada por la alumnez y por una difuminada y persistente adolescencia obligatoria. ¿Qué quieres ser cuando seas viejo?

Pedagogía sumergida

Dicen los señores de la cartera gorda, esos que hablan tan bien que no se les entiende nada, que la cosa aguanta gracias a la llamada "economía sumergida". El invento es algo así como admitir que más allá del versallesco jardín existe una jungla; que tras las bibliotecas ronronea la termita hambrienta; que las rejas de las escuelas contienen las apetencias de masas de analfabetos. Hay una frontera a partir de la cual las cosas, como las ciudades, cambian de nombre. Inmersión, inmersión...

Economía sumergida es la que no se ve a simple vista, con los ojos de burócrata que sueña vacaciones en isla de cocoteros humillados ante un mar de imposible azul turquesa. Es un oscuro mundo en el que sobreviven las gentes de mal gusto, poco crédito y modales dudosos. Economía sumergida es cambalache subterráneo; trueque primitivo; tirón del sector terciario; timo conquistado sin publicidad; artesanía *made in Taiwan* y sin etiqueta autoadhesiva; tenderete al sol; venta de muñecas flácidas, de bocadillos precarios o de servicios inconfesables. Tareas ajenas a las artes y mañas de la economía de primera división, aquella que huele a colonia, moqueta y dólares.

Esas actividades generan una submarina familia de peces inofensivos, multicolores relámpagos marinos que aspiran a llegar a tiburón de la banca, mercenarios de la guerra o especuladores de químicas prohibidas; o, por lo menos, a pirañas con un lugar en la economía flotante... Pescadilla de primera.

Hay una banalidad, casi grosera, a constatar: existen también dos pedagogías. Escuela-significante, escuela-ruido. Pedagogía emergente, pedagogía sumergida. Éxito escolar, fracaso escolar. Productos eficaces, materiales con alguna de las muchas taras escolares. Mercancías con envase de lujo, mercaderías con fecha de caducidad y certificado de desaprovechamiento.

Dentro de esa cosecha que abastece al mercado sumergido: 35 por 100 de fracaso escolar en la EGB; 44 por 100 en las enseñanzas medias; 60/70 por 100 en la superior... El sistema escolar se limita a acreditar que todos somos más o menos iguales. Pero ¿por qué hay que demostrar que lo somos? ¿Ante quién?

Convendrá acabar con tanta hipocresía y comenzar a verificar esta cruda hipótesis: el fracaso escolar es el resultado del correcto funcionamiento de un sistema educativo autónomo pero enteramente supeditado a las exigencias variables del mercado, de la economía. La enseñanza construye, destruye, moldea y doma individuos para uso del impenetrable engranaje del poder y de la incierta gloria del dinero. A tal mercado, tal alumnado. Si no hay trabajo, todos somos merecedores del "insuficiente".

A la economía, flotante y/o sumergida, siempre le ha importado menos que un comino el armónico desarrollo psicobiológico del individuo. Ese es el cuento chino que le encargan narrar a las pedagogías, cortina de terciopelo que oculta la masacre bajo el maquillaje del individualismo idealista.

La economía desconoce el deseo, el ritmo y la imaginación del individuo. No le interesan, y si acaso las ausculta es para mudarlas en mercancía. Sólo atiende a sus propias leyes internas, a las que adorna con otros nombres: progreso, eficacia, modernidad o bien común. Lo que no encaja en sus mallas se ignora, se aparta o se sumerge en escenarios obscenamente olvidados. Se tapa la realidad con enormes vallas publicitarias tras las que acampan al raso las multitudes sumergidas, los productos de desecho del sistema, convencidos ya de su inferioridad natural, de su escasez como sujetos. Si están sumergidos, se lo tienen merecido.

Simple como hipótesis, pero inquietamente difícil de olvidar como probabilidad.

¡Viva la desigualdad!

El siglo se acaba y continuamos aferrados a un viejo principio formulado hace milenios: todos somos iguales. Hermoso ideal manipulado con delicada precisión. ¿Realmente queremos aún ser iguales? ¿Iguales ante quién, con respecto a qué y, además, por qué, oiga usted? Hace unos tres siglos se respondía con la sonrisa amplia que asegura la posesión de la verdad: iguales ante la Ley (con mayúsculas). Ciertamente impecable. Si todos somos iguales ante la Ley, también sucede que ésta nos iguala bondadosamente a todos, nos homogeiniza, integra y arrebaña. La norma no soporta la excepción, ven ustedes que ni siquiera su ignorancia es alegable para exculpar de su incumplimiento. La Ley, generada desde el poder, es un papel obligatorio, una coerción que tiene horror de lo diverso, de lo no definible, de aquello que es "anormal", del des-orden, que queda así definido por ella misma. ¡Sea usted igual o aténgase a las consecuencias!

En nombre de la igualdad y de sus eficacias congénitas se han inventado las cosas más dispares: desde la guillotina hasta la escuela. Hoy la guillotina es pura artesanía y se puede matar a través de una limpia, electrónica y rentable industria. La escuela, por su parte, ha cambiado bien poco a pesar de su espectacular ascenso cuantitativo. Sigue siendo, hoy por hoy, la institución que dice garantizar la llegada al oasis de la igualdad sin distinción del camello que cada quien posea. Es el lugar obligatorio en el que todos debemos libremente demostrar que somos iguales. Los que no verifiquen esa igualdad natural merecerán su futura desigualdad social.

Ese igualitarismo positivista, que es la piedra visible fundacional de la homogeneidad, ha contaminado todas las ciencias; en su estela se han inventado tanto el automóvil utilitario como el test psicotécnico. Nada que objetar a ese progreso. Salvo que de él se designen —como sucede— la diferencia, la a-normalidad y la disidencia como enfermedades y desviaciones, estigmas sociales. Sobre esta otra oculta piedra se levanta el edificio de la jerarquización social, el dominio y la explotación. Y eso está más bien feo, incluso según las reglas del mismo juego.

Hay que recuperar el derecho a la diferencia. Todos somos

diferentes: diferentes entre y con los demás; diferentes dentro de nosotros mismos; diferentes en medios distintos. La pedagogía ha sido encantada por la bruja mala del objetivismo uniformista. Hasta el día en que sea besada por el apuesto príncipe del subjetivismo, irreductible, apasionado y valeroso caballero andante. Se deberá entonces elegir entre tiempo de colectivos bosques encantados o tiempo de árboles, de fuertes raíces y altas ramas y también de árboles de débiles raíces y minúsculas ramas. Árboles, árboles y más árboles. ¿No es eso de nuevo un bosque? Por supuesto. Pero un bosque de árboles libres crecidos en y para la libertad y la creación innovadora, no para y por su valor como madera desigualmente destinada a ser arma, papel, púlpito o pasto del fuego. ¡Abajo el derecho a la igualdad uniforme! Arriba el derecho a la diferencia, a la felicidad y a un yo firme, profundo y solitario con los otros yo, que emergen como complemento y no como amenaza. Los poderes públicos debieran sancionar y garantizar ese derecho y evitar su aprovechamiento por los hipócritas que agitan la libertad del individuo y sólo están pensando en el mercado y en sus beneficios económicos o simbólicos. Ya saben ustedes, los de siempre. De lo que se trata es de proteger el desarrollo del individuo, no de los poderes que lo falsifican, sean preindustriales o posindustriales.

Por ese camino se reinventará probablemente la ley, piensa escéptico el Pepito Grillo interior, agazapado sardónicamente tras mi deseo. Probablemente tenga razón. Pero una ley que surge sin afán ordenancista, jerarquizador, inferiorizador y excluyente. Una ley que exige conductas no porque lo impone un único modelo posible, sino en cuanto que resultado del bosque de solidaridad que ese respeto hacia cada hombre delimita como compromiso gozoso, no como obligación.

Fabulación inalcanzable, pero con seguridad más apasionante que recibir órdenes y cumplirlas resignadamente bajo la amenaza de garrotes externos o internos. A pesar de todo, siempre preferí el ingenuo naturalismo de Rousseau al darwinismo social de otros capitanes que hoy reflorecen cínicamente. El que no sea diferente —sólo un poco— que tire la primera piedra.

El Sistema no existe

Soy miembro del Consejo Escolar del Estado, y a mucha honra, desde hace ya bastantes puentes aéreos. Tomo asiento, temeroso, entre muy distinguidos colegas, en el banquillo de los adornos prestigiosos. Callo, observo y medito mayormente acerca de la humana condición, la fragilidad de la vida y demás soportables levedades del ser.

—¡Caramba! Qué gravedad la suya, amigo.

—Tenga usted el respeto de llamarme señor consejero, haga el favor.

Hace mil legislaturas, cuando era mayor, ejercí el noble arte de la sociología, una suerte de cetrería para cazar pajarracos ideológicos. Yo era un tierno *free lance*, por encima de las tribus al uso, que eran dos, a saber: encuestadores funcionalistas que declinaban hipótesis y calculaban medianas a puro bolígrafo; luego estaban, inmutables como alfiles de marfil, los depredadores de grandes teorías, subidos al manual de turno y algo mareados por el poder de las ideas para transformar las ideas. Nuestro enemigo común, el de todos los habitantes de los años de paz, era uno: El Sistema.

Hacíamos mil análisis, incansables safaris para acorralar y derribar al Sistema, como cheguevaras encorbatados en la selva urbana, sonriendo al invisible fotógrafo de la historia, que era por entonces un asunto materialista y dialéctico, para más señas. Todo tenía un culpable convicto y confeso: la delincuencia senil; el urbanismo asilvestrado; el suicidio de los pelirrojos o la baja tasa de fertilidad de las bibliotecarias vascas... Cualquier "problema social", previamente definido como tal por nosotros mismos, evidenciaba, otra vez, la infinita maldad del Sistema. Los colegas latinoamericanos le llamaban "el establecimiento", lo que a mí me daba una risa floja e insolidaria que lograba superar citando a Feuerbach o al último francés de nombre polaco.

Pues bien, desde que voy a Madrid tan a menudo —eso es algo que a los catalanes sigue intimidándonos— en el avión mañanero, he llegado a una consternadora evidencia: el Sistema, lo que se dice el Sistema-Sistema, no existe. Como lo oyen. A mí me dejó sin aliento, tal que a ustedes. Me abrocho el cinturón —"fasten seat belt"— y me repito mientras dura el vuelo: Macho, el Sistema no existe...

¿Cómo llegué a esa evidencia? Fácil. Yo creí que me metía

en el mecanismo del Sistema, y nada de nada. Lo que hay, apurando un poco, es un grupito de señores, amables, y de señoras, devotas, que se reúnen para intercambiar inseguridades, bajo el férreo látigo de un impecable presidente. Como las Cortes, pero en bajito...

No hay un Sistema que haga de malo para facilitarnos las cosas, como antaño. El Sistema somos todos nosotros, quien más, quien menos. eso sí. Yo me pregunto, con la mano en la blanca sien: ¿Puede un individuo —no ya un sociólogo— vivir sin un Sistema que lo fastidie?

Esa era la duda que me asaltaba al pisar el umbral de los salones en los que se busca desesperadamente el consenso, entre sonrisas y dentelladas, para acabar el siglo algo más modernos y salir en la foto con los europeos de siempre.

Me consuelo, sin embargo. Sin Sistema se vive mejor. Al no poder echarle la culpa a una ajena abstracción, uno, en su modesta unicidad indivisible, se ve obligado a ensancharse la conciencia, a atender las razones que no comparte y los argumentos que le repelen instintivamente. Sea la lógica de las monjitas, tan tiernamente ahistóricas ellas; sea el cálculo taimado de los elegantes empresarios de la cosa educativa; sea la sutil estrategia de los barones administrativos..., todo debe ser amorosamente oído, digerido y asumido. Lo cual que es bastante aburrido, aun cuando sea notablemente democrático. Soy uno solo con el otro, miren por dónde.

Quizá sea eso el Sistema: saberse acompañado en el arrullo de otras soledades, compartir la desorientación propia con el encanto fácil de la mediocridad general, tan satisfecha de su poquedad inconsciente. Nada es imputable al Sistema, sino tan sólo a la frágil, egoísta, arrogante y espléndida condición humana. El Sistema, pues, no existe y todos somos inocentes y culpables. Salvo que usted diga lo contrario, claro.

14

Babeleros

Un funcionario puede ser incluso creativo si tiene tiempo, dinero y ganas de serlo. Es el caso de Alexander Kolegov, un honesto investigador en la nómina de la Universidad de Odesa (URSS). Él es el inventor del "elundi", un idioma del futuro. Se trata de un lenguaje artificial que viene a proponer un medio de comunicación universal, destinado al uso y esparcimiento de los habitantes inteligentes del planeta. humanos incluidos.

Una especie de esperanto, pero computarizable. Es un idioma dotado de un alfabeto de diez signos básicos —que se corresponden a cifras— y de seis signos auxiliares. Es apto para las computadoras y tan fácil que puede aprenderse hasta en una escuela...

El viejo e intacto sueño de la comunidad de habla recibirá así, de la mano del invento del funcionario Kolegov, impulso renovado. La barahúnda plurilingüe de la torre de Babel, la creciente confusión de palabras y signos que nos hace extraños y enemigos para el vecino, debía ser vencida gracias a aquel entrañable invento de mesa camilla que fue el esperanto.

Siempre asocié el amor por el esperanto con las aspiraciones utópico-racionalistas de pulcros librepensadores vegetarinos. A finales del convulso siglo XIX, el mundo caminaba hacia una comunidad armónica de seres racionales, de individuos radicalmente autónomos, higienistas de piel sonrosada que tomarían infusiones olorosas mientras declamaban poesías en esperanto, para mayor gloria de la máquina de vapor.

También la rama "light" del anarquismo, la que entronizó el pensamiento como la más directa de las acciones, sucumbió al encanto de un mundo de artesanos laboriosos, de científicos solidarios y de obreros instruidos. Esa esperanza inaudita les llevó a nombrar a sus hijos con sonoras y luminosas voces: Libertad, Armonía, Sol...

La realidad fue más brutal que cualquier pesadilla. Los humanos mostraron, una vez más, su encendido entusiasmo por los particularismos, su adoración por la violencia ejercida o sufrida, su empeño esmerado en convertir el progreso en una guadaña alegremente asesina.

También aquella raza de dioses menores que soñaba

paraísos escritos en esperanto se tornó feroz como un lobo. Se refugiaron en los sótanos recónditos y se dedicaron a amasar pólvora con lágrimas por el futuro perdido, a fabricar bombas justicieras y a sembrar de sangre el asfalto y las plantas. Abandonaron con ira la amable aspiración de una fraternidad lingüística y de una humanidad saludable y solidaria. Se hicieron maestros en el idioma hegemónico, aquel que todos acatan, el lenguaje de la violencia, con el que nos fustigan los Estados y con el que nos quieren salvar los redentores. El lenguaje de los amos. Sea la gramática simple e incontrovertible del tiro en la nuca, sea el sofisticado sistema de signos que legitima el exterminio nuclear, con el que los Estados limpian, fijan y dan esplendor al milenio que se acaba.

Uso le desea suerte al probo funcionario Kolegov, don Alexander. Aunque, en el fondo, sabe que no la merece. Lo que más nos gusta a los lobos es no entendernos los unos a los otros. Somos unos babeleros...

Joselitos y Marisoles

¿Les dice algo el nombre de Joselito? Era un mocito cantarín y bullanguero que llegó a crear un género: el de película con niño, allá por los años cincuenta. El tal Joselito será hoy, si Dios le conserva la vida como espero, un talludito cuarentón, ingeniero o vendedor de recambios de automóviles. De niño lo descubrió el cine tardofranquista y lo lanzó a las nubes, a cantar como un ruiseñor mientras arreaba unas ovejas muy fotogénicas.

Marisol, otra cosa. Marisol llegó más tarde, cuando ya se olfateaba el ritmo del twist en las dehesas de la llanura manchega. Niña de diseño escandinavo, oscura Lolita de mi adolescencia encendida, Marisol fue domesticada para señorita Pepis y salió rojera y resposada, como debe ser.

Los niños le han dado al cine español la dosis de sensiblería lacrimal que le cuadraba a un país con ganas de acallar los tiros y evadirse de la pesadez fría de la cola del pan. Secuencias enteras de niños y niñas angelicales, buenísimos y dispuestos a morir en agonías espléndidas, entre crucifijos y padres hipeando de arrepentimiento tardío. El aborigen, sentado en su dura silla de madera brillante, trataba de cortar el sollozo y de atajar una furtiva lágrima. De ese modo lateralizaba sus pulsiones atávicas, los célebres demonios familiares, que le habían llevado, entre himnos y oraciones, a lidiar a sus semejantes en una goyesca fiesta de sangre y de grandes principios.

Esos niños algo traviosos, devotos y patriotas, le reconciliaban con el futuro. Infantes de hospicio que recuperaban el oculto secreto de su cuna noble; nietecitas leucémicas que eran capaces de cantar una bulería agonizando, haciendo llorar a adultos grandísimamente malvados; pastorcillos, monaguillos, escolares, enfermitos, etc. Los niños del cine español eran el símbolo vivo de una vida de color rosa a golpe de bondad, de la posibilidad de una movilidad social gracias a la providencia divina o al azar imprevisible.

Hoy, acabando el siglo, en medio del fragor de silencio de los adultos, los niños del cine de los ochenta son abismalmente diversos de aquella flojería entrañable. Hoy la infancia aparece en los filmes, de aquí y de fuera, como un coro de jueces. Niños que son indolentes espectadores, críticos despiadados o víctimas inocentes de un mundo absurdo que

los adultos les regalan. Niños sin alas, sin deseos de volar, niños fríos, atemorizados, rebosando ira, miedo, y que atacan con la violencia del débil. Niños y niñas ateridos, tan juntos y apretados que ni se oyen mutuamente, atenazados por el desamor, que los emplaza y convoca a un escenario vacío para una obra en la que no tienen papel alguno. Ni cantan ni juegan: sólo miran y aprenden en silencio el oficio de verdugos.

Elogio de la agresividad

La escuela predica una estridente contradicción entre sus altos principios y la ignorancia social de los mismos. Basta con leer los periódicos, vicio barato y recomendable para estar en el mundo. Los españoles, quiero decir los habitantes de las diversas comunidades autónomas y regiones que conforman el Estado, leemos una tercera parte menos que los europeos transpirenaicos.

La información, las noticias, los sucesos y los deportes, con sus estelas de héroes y víctimas, viene muy bien para ajustar la labor docente a lo que Ortega y Gasset llamaba "la atmósfera de la época". Se entera uno, por doce duros, de lo que es y no es importante para la humana comedia.

Verbigracia: no parece que sea muy importante saber latín o griego; calcular cuándo se cruzan unos malditos trenes o elevar raíces al cubo. La sociedad no considera virtud el recordar exactamente el año de la muerte de la excelsa Isabel la Católica, la fórmula del arseniofluoruro o el enunciado del tercer principio de la termodinámica. Sin embargo, éstas son —a título de ejemplo— algunas de las habilidosas conquistas que, no sin esfuerzo, pueden aprenderse tras algunos años de singular esmero académico. Es más, buena parte del laberinto de señales, significados y títulos que la escuela impone se dirige a adquirir tales meritorias virtudes.

¿Y la sociedad? Pues va a lo suyo, sin atender a razones que su corazón desconoce porque no tiene esa víscera humana. Por supuesto, nuestro mejor alumno —el que consigue memorizar mejor el contenido de unas diez mil horas de escolaridad obligatoria repartidas en un centenar de asignaturas— no encontrará consideración social para sus útiles saberes, tan duramente conquistados. La ignorancia, el silencio o el desprecio será moneda corriente. Nadie se interesará, cuando salga de la segura prisión del aula, por el oscuro asunto de las hipotenusas o por el magnífico lío de los verbos irregulares ingleses. Ni siquiera encontrará la ocasión propicia para decirle a un semejante británico aquello tan real y simpático de "my taylor is rich" (traducción: mi sastre es rico). Nadie le inquirirá acerca de la vida sexual de las angiospermas o de la promiscua biografía de los guisantes mendelianos. Tampoco querrán oír sus hermosas redacciones sobre la primavera, ni leer sus trabajos inéditos acerca de la

vida de San Luis Gonzaga o sobre los cefalópodos cántabros. La sociedad, dura como toda abstracción inerme, está sorda ante nuestro tierno alumno, tan repleto de útiles conocimientos y de virtudes hermosas aprendidas en las apasionantes clases de ética dos.

Con ímprobos esfuerzos conseguimos trasvasar el caudal curricular que resume siglos de cultura. ¿Qué hace la sociedad con esa riqueza? Ahí está el núcleo de la contradicción: no hace nada. Por el contrario, la jungla del asfalto exigirá a nuestro hipotético mejor alumno un rosario de actitudes que la escuela evitó como vicios nefandos. Comenzando por la agresividad, el conformismo, el saber vender imagen, un sólido egoísmo, una desmesurada ambición, amén de una imposable "sólida experiencia".

Leer el diario es muy útil para limar esa distancia entre oferta y demanda, de modo que, sin hipocresías ni literatura, sepamos los educadores qué es, hoy por hoy, ser "todo un hombre" o "toda una mujer". Basta con escrutar los modelos propuestos, los símbolos del éxito, de la popularidad. Los ganadores, en una palabra. Una vez aceptada esa concordancia, la escuela puede fácilmente convertirse en algo útil a esta sociedad inmisericorde. Para los maestros del futuro, gente agresiva y decidida a todo por un buen sueldo estatal, obtener el ciudadano agresivo, ambicioso, insolidario y estúpido es cosa de coser y cantar.

Que se diga claramente de qué ciudadano estamos hablando. Lo que, hoy por hoy, desorienta en demasía al personal docente decente es esa distancia sideral entre los grandes enunciados —in exemplis: "la educación tiene por objetivo el desarrollo integral de la persona..."— y la cruda realidad cotidiana. O probablemente sea que no hay tal contradicción y que en eso está el oculto currículum que aprendemos y enseñamos todos: a sobrevivir indigna y resignadamente renunciando al deseo, al sueño y a la utopía. Le queda al sujeto, como recurso a esa debilidad, la agresividad.

¡Qué viejo es ser joven!

Allá van. Son los estudiantes que rompen el azul de la fría mañana con su inesperada presencia. Las calles son ríos de cabezas. Hierve un rumor de voces, gritos y consignas. Bailan los cuerpos apenas esbozados. Miles de corazones entrenan latido público, gozando con el fervor saltando de piel a piel.

Nadie contaba con ellos en este entierro. Durante años se les ignoró desde la ignorancia: pasaban de todo, se dijo. Y hoy pasan a millares pidiendo la luna. Surgen del frío y desfilan enarbolándose a sí mismos, con el orgullo de un reencuentro deseado. Marchan en desfile bajo el arco, tan débil, de su victoria; esgrimen su insultante adolescencia como primer argumento ante el desconcierto de los adultos, que los escudriñamos parapetados tras un precario optimismo de urgencia.

Ondean la única bandera —llegarán otros tiempos— de sus deseos largamente inacabados y nunca alumbrados. Vienen de un largo y humillante viaje, obligados a vestir el tiempo y los días; encerrados con el solo juguete de un adulto también mudamente desorientado; abrumados por una escuela invernal y aburrida que los ignora o los sobreprotege; empujados a la competencia entre iguales; inexistentes, acaban por huir de sí mismos y refugiarse en cualquier símbolo barato que les presta un paraíso a horas con vistas al pasado.

Ahora rompen el cascarón y ensayan su danza al aire libre, bajo el frío estimulante, sintiendo el riesgo de una realidad realmente amenazante, disfrutando de un leve hormigueo en la punta de los dedos. Juegan a mayores, luego son mayores. Quieren consumir libertades, como ellos. Y sin embargo, están vivos aún. A pesar de la dura travesía, aún desean aprender, trabajar, sentirse útiles. Y, además, seguir estudiando. Sobre todo, quieren vivir. Vienen de un interminable túnel de cristal, han navegado por un río de aulas que desembocan en aulas que, a su vez, van a parar a otras aulas. Tienen envidia de nuestro vivir en la vida misma. Por eso los presentimos como una amenaza a nuestro rol de adultos instalados. Son un aviso y llevan en la mano nuestro certificado de defunción.

Oídos hablar. Se equivocan de lenguaje, han errado el código. Pero probablemente mantengan el rescoldo de una

inteligencia aún no pervertida. Nosotros les tentamos con el verbo sin carne que nos conviene. Les poseemos a través del lenguaje y por medio de él los dominamos. No en vano han sido formados en el mismo torno, con la misma materia hecha de palabras, voces y humo. Para manipularlos nos basta con la palabra, nuestra arma, más eficaz que cualquier estúpida pistola.

Ahí están, ensayando el monólogo del gran teatro para adultos. Sus aspiraciones, sus deseos germinales, son expresados con el lenguaje prestado del modelo adulto que les colamos: hablan ya como políticos. Hablan como ellos y con ellos. *Venden su primogenitura por un puré semántico de lentejas.* Todos somos viejos.

¡Qué ocasión perdida! Justo cuando podían hacernos llorar sólo con su inmensa tristeza de jóvenes airados, únicamente con su ternura apenas disfrazada de exigencia; cuando podían vencernos contándonos con palabra auténticamente suya el color de sus sueños, confiándonos su empeño y su exigencia. En ese momento, qué inmenso error, nos recitan un ajeno Corán o nos leen un manual que ya sabemos viejo e inútil para la emoción constructiva y viva. Lenguaje que expresa lo secundario y calla lo esencial.

Lástima. Ellos nos habrían contagiado el calor de sus radicales deseos, y nosotros, si acaso, un ápice de la fuerza de la razón. Pero ellos se han encendido tras la fuerza, cuando su belleza y su poder están en su extrema fragilidad. Mientras que nosotros, qué paradójica, nos ocultamos tras la razón, precisamente, cuando deberíamos saber recuperar la ternura. Si aún nos queda de la una y la otra.

No le digas a mamá que soy sociólogo

Los sociólogos son, sin excepción, gente de orden, profesionales encantadores que coleccionan pipas, sellos y cosas así. Lateralizan sus contenidas pulsiones, generadas por el duro macroanálisis y la manía estadística, leyendo a Corín Tellado o a Baudelaire en secreto, paseando al setter irlandés o hablándole bajito al volante de su automóvil.

Los sociólogos de la educación son, por añadidura, seres absolutamente deliciosos, tan queribles como aquellos piratas feroces que protegían al grumete de las virtudes de la vida.

Son, por lo general, muy educados. En dos sentidos complementarios; de un lado, saben pelar cualquier fruta con cuchillo y tenedor, habilidad en vías de desaparición; de otra parte, tienen mucha educación, es decir, han acumulado cantidad de años de estudio formal, son multiversitarios superescolarizados, doctores con un par de tesis sin publicar y algunas becas ultramarinas. Son, en suma, un producto paradigmático de la escolaridad, lanzados a la distancia justa como para ejercer de sacerdotes de la objetividad, pacíficos profetas armados de datos, medias, medianas y artefactos semejantes. Son objetos objetivadores.

Tengo para mí, en verdad sin demasiada firmeza, que los sociólogos mueren de nostalgia por la subjetividad perdida. Sueñan con saltarse las largas citas, escupir en las minúsculas notas a pie de página y en los ilegibles cuadros estadísticos; añoran la arbitrariedad reconstituyente de la charla de café con un contertulio hundido en la más pura de las subjetividades.

Sostengo que quienes se ocupan de la educación andan hartos de sus sosos macroscopios; y puestos a arriesgar opiniones, mucho me temo que se adscriben a las escuelas de pensamiento según sea su propia e intransferible memoria escolar. Así, si interiorizaron la obediencia, a través del temor reverente o del cuadrivium, militan hoy en las prietas filas de los defensores ob-je-tí-vos de la conservación social de aquellas antiguas maneras educadoras, con algún retoque posmoderno. Si, al contrario, fijaron los recuerdos de su larga infancia, desde la chichonera al birrete de doctor, en la crueldad del encantamiento sistemático, en el adoctrinamien-

to o en una maratón kafkiana de exámenes alienantes, dedicarán luego sus mejores afanes a criticar, objetivamente también, la perdurabilidad inmutable de los sistemas escolares.

Un factor acelerador de esa grosera partición entre conservadores y transformadores, le añade la paternidad-maternidad. Doctorados y compuestos, jamás vieron niño alguno a menos de tres metros ni escuela a menos de cincuenta. Una vez que se multiplican, que tienen hijos propios que van a la escuela, y dotados como están de observadora perspicacia para las cosas educativas, comienzan a extraer nuevos criterios que hacen tambalear sus altos saberes generales, abstractos y tan complejos. La realidad, vista de cerca, es así de terca y afiligranada.

De tal modo que un joven sociólogo de la educación, ex rojillo y de tendencia (objetiva) hipercrítica, puede renovarse y devenir en un disciplinario, duro y desorientado padre de familia; y, a la inversa, un veterano de tendencia (objetiva) superconservadora, ex opus dei, se transforma, ante el exuberante contacto con sus hirvientes hijos, en un apasionado radical, permisivo y mordaz.

¿Concluyo de ahí que no existe objetividad científica posible? Nada más lejos de mi intención. Lo que también debe existir, con fuerza gozosa y energía saludable, es lo personal, anecdótico, subjetivo y contradictorio. La suma de esos factores tan diversos y vitales, altera el producto final, que no será nunca una simple adición de apariencias.

Los maestros, obligados a bregar cada día con incipientes y enérgicas individualidades, saben bien esa verdad de Perogrullo, aunque ellos suelen ignorar otras no menos ciertas que el sociólogo, gracias a su sabia distancia, conoce. La conclusión es de lo más sugerente y constructiva: ambos saberes, el de maestros y el de sociólogos, son parciales, pero se necesitan para elaborar subjetivamente una teoría objetiva acerca de la construcción social del individuo. Casi nada, colegas.

La escuela en el año 3000

Con la proximidad del 2000, y con las celebraciones del 92, entre chándales y descubrimientos, no hay manera de obtener algún mito, creíble y entusiasmante, sobre el futuro de la escuela. Ya va siendo hora de que nos vayamos con la música al año 3000.

Los buenos y reconfortantes mitos suelen ser relatos fundacionales. Son narraciones tranquilizadoras que nos ayudan a navegar por aguas peligrosas, ya sean piscinas individuales, como la infancia o la adolescencia, ya sean océanos colectivos, como un tránsito de milenio o el salto entre pasado y futuro.

Tengo la intuición de que estamos faltos de relatos iniciáticos, de cuentos entrañables acerca de la creación de futuro. Desaparecidas las abuelas, tenemos hambre atrasada de poética casera.

El futurismo y la literatura prospectiva renacen con fuerza entre las dos guerras mundiales. Nuestros mayores querían olvidar las pesadillas bélicas y soñaban con un nuevo mundo. Había un breve pero alternativo menú para elegir: fascismo o comunismo.

Gracias al toque de corneta de Orwell, cierran filas los neocientíficos del futuro: la prospectiva se pone de largo y estrena lenguaje de ciencia en serio. Lejos de la astrología o del profetismo ideológico. El futuro, afirman, es una hipótesis de trabajo, no ya un resplandor en una bola de cristal.

El primer problema es ordinal: ¿cuándo empieza el futuro? El umbral es claro: el año 2000, cifra mágica, umbral de otro mundo. Se ponen a escudriñar el futuro ilustres prospectores: Daniel Bell, Hermann Khan o Alvin Toffler analizan lo que nos espera. Lo hacen también los ancianos humanistas del Club de Roma. Durante casi dos décadas, del 60 al 80, sufrimos otra avalancha de informes, estudios, ensayos y demás literatura prospectiva. Las profecías difieren, y nos cuentan de la feria del 2000 según les va en ella ahora mismo. Los hay de un optimismo tecnocrático incorregible y, visto desde hoy, candoroso; otros ensayan el catastrofismo ecologista o la jeremiada moralizadora. Hay para todos los apetitos y todas las desganas.

Es reconfortante releer algunas de esas novelas con pretensión de ciencia. En todas, la escuela suele ocupar

algunas páginas; es la institución a la que se responsabiliza abusivamente de gran parte de la responsabilidad del hipotético mundo mejor.

El año 2000 ha funcionado como guarismo hipnotizante. Pero, al paso que vamos, pronto estaremos en él y conviene prever posibles decepciones. Sugiero, pues, que empecemos a crear comisiones, grupos de trabajo y equipos multidisciplinares que preparen pre-proyectos, papeles, tesis, ensayos y proposiciones no-de-realidad acerca de la escuela del año 3000.

Si sobrevivimos al doble hito del 92, como se supone que ya se habrán celebrado elecciones sindicales en la enseñanza, ¿por qué no nos entretenemos los próximos diez siglos haciendo prospectiva? Me apunto a coordinar cualquier grupo de trabajo. Total, luego, a la hora de la verdad, no pueden reclamarte si los vaticinios fallaran.

MELANCOLICAS UTOPIAS

“¿No hubo acaso un momento de mi vida —y de la tuya, lector— en que *todo* era posible?”

ADOLFO BIOY CASARES



TCS under 2000

MELANCOLICAS UTOPIAS

El pensar la escuela no puede asimilarse a ningún quehacer de onda burocrática ni a ningún modelo al uso de lo real. Y, sin embargo, parece paradójico que en una época de rarísima demanda de la plenitud en la realidad, esto es, de la utopía, sea ésta la vía más lúcida para pensar la escuela.

He aquí una crispada tensión entre lo común y lo elogiabile que obtura parcialmente el virtuosismo del fracotiroteo utópico. Nada más propio que el autor libere aquí de esta rigidez teórica contenidas utopías que se encarnan en las unidades pequeñas: días y no inacabables etapas de revolución; el maestro, en vez de ejércitos potenciagremiales; el aula sin paredes ni calendario y no herrumbrosos petroleros-aularios; la idea modesta, en vez de la solemne doctrina; la satisfacción y la alegría actuales, y no la hipotética reciedumbre del escolar devenido en persona.

Este pensar la escuela se cifra, en estos tiempos, en imaginarla y añorarla nuevamente en ningún lugar. Mientras, palpamos nuestra melancolía por reconocernos perdidos para la utopía, y con un saber aciago a cuestas: la experiencia resta, precisamente porque es algo que no se puede restar, como la memoria sin marcha atrás.

X.L.

1. OCHO AÑOS PERDIDOS
2. MI PAPA ME MIMA, MI MAMA FUMA LA PIPA
3. LA REVOLUCION YA ESTA AQUI
4. CIUDADES EDUCATIVAS
5. ROMEU (S.B.)*, DOCTOR "HUMORIS CAUSA"
* S.B. = Sin bata.
6. "ALL YOU NEED"
7. AGUJETAS HISTORICAS
8. CARTA DE MI ABUELA
9. ¿QUE ES ESO DE LA LITERATURA INFANTIL?
10. LOS TRES REYES MALOS
11. INTELECTOMIA
12. TRABAJADORES Y TRABAJADOS
13. EL RETORNO DE LOS MAYORES
14. CARTA A UN MAESTRO
15. SAN FRED Y SANTA RITA
16. METROPOLIS
17. EL IRRESISTIBLE DESCENSO DEL JOVEN MATIAS RUST
18. PONGAMOS QUE HABLO DE TI

1

Ocho años perdidos

Es ésta una historia verídica, ocurrida hace ya muchos años y que aquí se cuenta para reflexión ejemplar del magisterio en general, si es que ha menester de ello. Cualquier parecido con la realidad es puro plagio.

Pues érase que se era una maestra, una gallega vital y alegre de ojos verdes, que se estrenaba como "seño" y que, contagiada por lecturas heterodoxas, decidió salir, con sus treinta y dos niños, o sea, alumnos, para ir al bosque, una mañana tibia y soleada de septiembre, a hacer un "estudio del medio". Ya saben, todo eso de las plantitas y los animalillos, algo así como San Francisco de Asís, pero con proyecto curricular.

Pues sucedió, no me lo van a creer (y yo lo comprenderé), que la maestra y sus treinta y dos alumnos, o sea, niños y niñas, desaparecieron. Tal como lo digo, esfumados. Todos.

Y, claro, todo el mundo muy extrañado; a ver, cómo puede ser y dónde se habrán metido, criaturas de Dios, qué espanto, serán los comunistas... Al decir de la prensa de la época se hicieron "intensas batidas" al principio, que ya luego se quedaron sólo en "infructuosas búsquedas". Habían desaparecido talmente, sin dejar huella, rastro o señal alguna, como para no creerlo, una cosa de misterio y pavor.

Los padres, desesperados primero y aun resignados luego a cualquier cosa; incómodas las autoridades, como debe ser, dada su alta responsabilidad; agobiado el director del centro, un profesor miope y racionalista, que había hecho hasta el prólogo a una obrita divulgatoria del krausismo, andaba perplejo, emitiendo diversas hipótesis, eso sí, cada día con menor convicción, que hasta tuvo que pedir sustitución para ir a casa de su madre a descansar unas semanas, que no era para menos, pobrecillo director, qué susto, para no referirse al papeleo derivado del suceso.

Habladurías las hubo para todos, o casi todos, gustos. Que si los lobos gustaban tanto de las deliciosas costillas del cordero lechal como de los infantiles huesecillos, aunque los campesinos, gente de boina calada, barba espinosa y perfrasis aldeana, no acertaban qué destino habrían dado a la maestra, los lobos digo, algo más talludita y de más dura encarnación, o sea, más difícil de roer. Otros, los más metidos en política, ya se sabe, susurraron que si era obra de Santiago,

un maquis, nadie sabe si inventado o realidad, que por esas tierras altas el mito y la vida andan por la misma senda, que los habría raptado para preparar la insurrección o, cuando menos, una buena huelga general política, según decían los tales. Habladurías, vanas conjeturas, aire.

Entre robles, castaños, nuevos eucaliptus y viejas hayas desaparecieron los niños, bien desaparecidos. Y pasó el tiempo, los meses y hasta años, que él todo lo lleva y todo lo borra. Sólo quedó un remoto recuerdo, la vacilante memoria oral del relato contado junto a la lumbre y, eso sí, un general temor al bosque.

Un buen día de junio, soleado y tibio, no me lo van a creer tampoco (y yo sigo entendiéndolo), aparecieron la maestra y sus treinta y dos alumnos, antes niños, cansados, cargados de muestras, de recuerdos y de flores amarillentas.

Se metieron en su aula, ocupada por treinta y dos alumnos, seriecitos y asombrados, interrumpieron el silencio contando aventuras, entre risas y gritos de estremecida pandilla, pues que llegaban juntos, radiantes y sin novedad, tras ocho años de misteriosa, y jamás explicada, desaparición. Como para no creerlo...

2

Mi papá me mimó, mi mamá fuma la pipa

Hay un sexismo estructural, duro, totalizador, que destila su veneno a todas las instituciones, contaminando a todos sus habitantes sin distinción de género. Si esto es así, la escuela es un subconjunto ejemplar de ese reino patriarcal. Todo lo que acontece en su interior, la liturgia que en sus vigilados espacios se representa, obedece al mandato del padre-varón. No en vano la escuela —como la milicia— es un sistema de señales, un rito que nos hace unos hombrecitos. El servicio militar supone el valor, la escuela da por supuesto que todos los alumnos son niños, hombres en miniatura, deliciosos bonsais del género de varón rampante, del macho triunfador con mejillas de acero y embriagador after-shave.

Los libros de texto transpiran ese modelo de masculinidad rotunda. Al menos los de hace pocos años. Las mujeres representan su eterno, dulce y pasivo rol secundario; los hombres guerrear activamente, se agitan y exhiben los atributos de su centralidad. La pipa, para ellos; la cuna/cocina, para ellas.

Existe hoy una minoritaria conciencia crítica hacia ese sexismo de vanidad grosera. Se está tratando de hacerlo retroceder a través de una imprescindible discriminación activa y compensatoria. La autorreflexión del profesorado, la realización de estrategias que supongan conductas no discriminatorias, y el humor, de tan escasa tradición pedagógica, son algunos elementos prácticos de esa conciencia lúcida y amarga a veces.

Pero más allá de lo obvio, de esa evidencia fácil, hay un sexismo oculto, sinuoso e interiorizado ingenuamente. Ese nivel funciona admirablemente en el artificial inframundo del aula. Construye, minuto a minuto, año tras año, un laberinto de cristal transparente, una red de signos etéreos, un lenguaje sutil y poderoso en su silencio. Gestos, palabras apenas esbozadas, miradas, reproches o sonrisas, caudal de ese gadiana inconsciente que redondea unas piedras y agudiza otras. Así llega al corazón de cada ser humano escolarizado el lejano designio del orden patriarcal, y con él el convencimiento de su naturalidad y bondad.

Ningún educador aceptará de buen grado que su trato en el aula discrimina a niños y niñas. La ley dice que todos

somos iguales. La escuela es uno de los espejismos en los que esa igualdad se mira ilusoriamente. Precisamente todos van a la escuela a demostrar ese enojoso asunto de la igualdad de oportunidades. Esa demostración se hace contra el otro, es competitiva, excluyente y jerarquizada. Se realiza bajo el manto protector del único modelo del que socialmente se dispone: el que nace del género masculino.

En virtud del silogismo uniformizador que garantiza la igualdad escolar, lo diferente no puede exhibirse sin aparecer como inferior, anormal, patológico. Todas las niñas serán tratadas democráticamente como unos hombrecitos, interiorizarán el modelo cognitivo, ético y estético del género masculino. Se examinarán de varón y, mientras, sufrirán todas las agresiones que su naciente inferioridad les hace merecedoras.

Así se engarza aquel orden estructural con la pobre y confundida conciencia del individuo; ese laminado repercute en toda la especie, pero sus víctimas propiciatorias son sólo la mitad de ella.

Hay que cambiar las leyes, nos dicen algunos. El legislador fuma la pipa ante el retrato de la mamá que le mimó mientras su papá fumaba la pipa... No es, a decir verdad, malevolencia misógina del legislador-varón. Probablemente si la ley la hiciera una señora también fumaría en pipa, mientras su guapo y discreto secretario le pasaría los decretos a máquina junto a un ramo de espléndidos jacintos amarillos y blancos. La ley es dura, puesto que es proyección de una cosmovisión patriarcal, guerrera, agresiva. No es entonces —o no es sólo— una cuestión de ley, sino de sensibilidades.

Lo paradójico es que el "poder socializador" —familia y escuela— está compuesto por mayoría de mujeres. Gracias a la esmerada educación que recibieron, han rechazado su género y reproducen la especie bajo la luz omnímoda del único patrón existente: padre no hay más que uno. La riqueza de lo complementario; la utopía de una especie vigorosamente igual precisamente por su irresistible diferencia; el ideal de un mundo habitado por personas humanas se esfuma cuando el sexo es una dominación.

Hay muchas cosas por hacer. Pero una parece inexcusable: edificar una educación en la que sea rigurosa y tiernamente estimulado el surgimiento y el máximo desarrollo de lo *único* que hay en cada uno de los seres humanos. Para entendernos, de una educación en la que sea posible el amor.

3

La revolución ya está aquí

Lo bueno que tiene leer el periódico es que te enteras de lo que pasa. Por ejemplo: la revolución ya está aquí. Es un automóvil. No deja de ser una constatación abrumadora; por lo menos a mí me ha producido un incómodo desconcierto. Una sacudida como de traición: la revolución no era más que un simple coche con cuatro sumisas ruedas.

Y nosotros que, como el viejo Dany, la quisimos tanto, sin enterarnos; como el marido. Para la "generación del 68" la revolución era nuestro más tierno y apasionado amor, una imposible obsesión; un fatalismo light que nos permitía alzar el cuello en un tiempo, aplanado y lento, en el que todos los dictadores eran bajitos y todas las barbas sospechosas. La generación del 98 lloró por la pérdida de Cuba, o eso nos decían en el Bachillerato. Nosotros lo hacemos por una dama travestida de automóvil.

Traten Vds. de explicar a los jóvenes alumnos eso de la revolución. Se verán frente a adolescentes de sexo y edad indefinidos, pelo pajizo-violeta, pendiente en la oreja y cuero negro apretando el alma. No intenten contarles sus batallitas de indios oprimidos, sin plumas y cacareando en cualquier sótano bajo las cosquillas de torturadores en nómina. No les vendan la ajada épica del guerrero del ciclostil, de la conspiración nocturna, tan generosa y simplista como el manual al uso. Es inútil. Su emoción quedará truncada cuando descubra que el silencio obedece a que se quedaron dormidos. Su oratoria enseñada produce tedio y sueño a estos jóvenes. Es el sano bostezo de quienes no miran atrás. Aunque tampoco puedan ver hacia adelante, rechazan las viejas motos que les queremos vender.

Un automóvil. Eso era la revolución. Claro está que pasó lo que pasó y llegó lo que llegó. Amaneció la ruptura; vino la reforma; y ésta mudó, al atardecer, en cambio. Y en esa mudanza todo se trastocó. Soñamos tanto con la revolución, seducidos por su belleza, colgados de su aroma, y ella nos abandonó, fugándose con un diseñador italiano de carrocerías.

Los hay que han sabido llevar los cuernos con astucia y provecho. Hoy se encargan, con la misma pasión de otrora, del urbanismo, el tráfico o las fuentes de un municipio; o les venden naranjas a los belgas; o convencen a los mineros

asturianos de las maravillas de la informática durante su forzado ocio bajo el cielo plomizo de la cuenca de Avilés.

—Otra vez con su aburrida nostalgia.

—Ya ve Vd.

El 68 se aleja y llama el atlético-histórico 92; el 2000 nos saluda desde la esquina del siglo. Pero tengo por cierto que quedan aún muchos enamorados de la vieja dama. Escriben a su nombre versos de amor y de guerra; abominan de los vendedores de palabras sin raíz ni emoción; mueren con cada muerto que los asesinos mesiánicos apuntan en su sucia lista de caídos ilustres; leen viejos libros de historias atenienses y juegan a la ironía con su misma sombra.

Saben, por fortuna, que la revolución, esa vieja señora que anida en cada niño antes de ser domado por las convenciones de una cultura de museo, volverá algún día con su torbellino de esperanzas. Si no es por estos parajes, por aquellos en donde habita el hombre y la humillación. No es un automóvil, no. Es una bella durmiente que aguarda el beso cálido para levantarse y andar hacia el futuro con la cadencia pausada y sólida del sol. No es un coche con cuatro ruedas y una poderosa y desmemoriada marcha atrás. ¿O sí lo es?

4

Ciudades educativas

Hace pocos años, antes de las primeras elecciones municipales de carácter plenamente democrático, comenzó a elaborarse un cierto discurso esperanzado acerca de la gestión del territorio, de la cultura y de la escuela. En síntesis se venía a decir que la educación formal precisaba del apoyo y del estímulo activo del conjunto de la sociedad, para asegurar la viabilidad de su tarea educadora. No cabe escuela educadora de ciudadanos al margen de una auténtica ciudad educativa.

Desde esa inicial reflexión, de larga tradición en el pensamiento filosófico-pedagógico, se aterrizaba en los dominios más prácticos de algunas experiencias. Así, las aportaciones prácticas de las autoridades locales educativas en el mundo anglosajón, o ciertos modelos de descentralización y de gestión comunal de las cuestiones educativas en algunos países centroeuropeos, o, por último, las imaginativas actuaciones en este terreno de varios municipios italianos durante los cálidos años setenta. Fueron todos, en su momento, hitos de referencia para este país que despertaba de la larga modorra dictatorial. Venían a ofrecer, al precio de un cierto papanatismo, un modelo de tratamiento cualitativo para los graves problemas de una escuela que empezaba ya a verse afectada por las consecuencias culturales y sociales de la crisis económica. Eran, por otra parte, una forma de romper el tradicional sentido centrípeto, interno y endogámico de los discursos pedagogistas, centralizados en el aula. El territorio aparecía así como un horizonte en el que era posible recuperar el viejo y siempre traicionado mito de "la vida" entrando a raudales en una escuela aburrida, fosilizada y recubierta de espejos redundantes y autocontemplativos.

Con la perspectiva que nos ofrece el transcurso de dos singladuras de ayuntamientos democráticos, y sin ánimo de generalizar, podemos hacer una aproximación valorativa de ese ensueño tan pretencioso de las "ciudades educativas".

Una primera e inevitable constatación viene a reducir considerablemente el ardor y la esperanza que en esa entrañable utopía se puso por parte de muchos maestros. Las ciudades, grandes o medianas, han sufrido cambios en profundidad que se revelan a una mirada atenta y no fascinada por la imagen oficialista. En efecto, como conse-

cuencia directa y brutal de la crisis económica estructural, ha emergido una anomia urbana que desgasta los pilares de convivencia ciudadana, afectando, a menudo dramáticamente, a los alumnos y a la vida escolar. El paro, el subempleo o la economía sumergida, con su estela de miseria y de violencia sorda e intrafamiliar que los niños viven con desesperanza; el aumento de la llamada inseguridad ciudadana; la predominancia de conductas delictivas o autodestructivas, véase, en primer lugar, las drogas; la aparición de bolsas de pobreza y de signos de subdesarrollo propios de una insolidaria sociedad dual, etcétera. Estos serían sólo algunos de los factores más llamativos —y manipulables, por tanto— de esa crisis del modelo desarrollista que tenía en la ciudad su mejor mito.

Cierto es que, contemporánea y complementariamente, se ha generado también en muchas ciudades una recuperación de la ciudad, de los espacios urbanos, como ámbito de cultura viva, con la propuesta de la consiguiente utilización escolar de los mismos. En el terreno educativo los frutos son, por paradójico que pueda parecer, abundantes y, a menudo, relevantes. Y lo son a pesar de la estrechez de competencias legales que los municipios tienen en tales temas; ello es consecuencia tanto de una concepción estatalista del Estado como de una cicatera y centralista visión de las Autonomías. Es cierto, asimismo, que en bastantes ayuntamientos se ha hecho más cantidad que calidad. A menudo ha sucedido, también, que se ha producido una artificial inflación de ofertas de actividades, cursos y experiencias paraescolares, prestándose a una estable descoordinación de los escasos recursos y a un protagonismo excluyente, de cuño electoralista.

Hay, sin embargo, y a pesar de tales dificultades, una verificación de algunos rasgos de aquella precipitada utopía de la ciudad educativa como ámbito de humanización del hombre, de aprendizaje, y, en suma, de cultura. Y es la de que el municipio, grande o pequeño, puede constituir un espacio, inmediato y próximo, desde el que abordar las cuestiones cualitativas de una enseñanza que lo precisa con verdadera urgencia. Otra cosa es que no se dé la necesaria sensibilidad municipal para esos aspectos menos rentables a corto plazo.

Porque para cambiar la escuela parece preciso también cambiar no sólo la ciudad, sino la vida de los ciudadanos. Y esa es una tarea que sólo se puede emprender, sin garantía alguna de éxito por otra parte, desde el ejercicio de la democracia —algo más que el derecho a votar de cuando en cuando— y con la exigente participación de todos los ciudadanos. Esa es la primera lección, pero no la única, de esa lejana ciudad educativa en la que, un día, todos soñamos.

Romeu (s.b.)*, doctor "humoris causa"

Si se acepta que un pedagogo es un señor que entiende de niños, sostengo que el dibujante Carlos Romeu es uno de los escasísimos pedagogos vivientes y contemporáneos. O modernos, como se prefiera. Es bien cierto que pedagogos haylos a cientos; pero también lo es que casi todos o son antiguos, están en el paro, o bien ocupados en la pedagogía sumergida (vender libros de texto, trabajar en una Caja de Ahorros o dar amargas clases de flauta dulce).

¿Qué es un pedagogo moderno? Ahí está la dificultad. Saber de niños no es, ni con mucho, saber sobre niños. Precisemos que el mero hecho de "estar" con niños no garantiza el saber de ellos. Los infantes son demasiado inteligentes, mientras pueden, como para mostrarse como son al primer extrañío que decide educarlos amorosamente. Hay que saber abordarlos. Una buena parte de las llamadas ciencias de la educación nos describen las formas de caza y captura del niño y los procedimientos, largos y laboriosos, para convertirlo en alumno. Algunos pedagogos deciden esconder su temor bajo el maquillaje del autoritarismo; otros, más renovados, optan por la empatía: "son" como niños, se infantilizan y hablan de modo raro; algo así como los payasos de la "tele", que suponen que los niños son tontitos permanentes, inmaduros y dóciles. Claro, los acaban amoldando a sus creencias con tal modo de tratarlos.

Los profesionales del niño deberían cambiar de estilo y de disfraz. Es preciso pensar otra pedagogía y otros pedagogos. Como el reverendo doctor (s.b.) Romeu, dibujante... Como la mayoría de pedagogos natos, visceralmente captadores del espíritu de la infancia de su tiempo, no ha enterrado la suya en el armario del olvido. Es un adulto, el señor Romeu, armado con sus honestos vicios y sus reprimidas virtudes, pero que mantiene con su/la infancia una relación dialéctica, ácidamente tierna y desprovista de los prejuicios que la pedagogía enraíza en la mirada y la memoria de uno mismo.

La saga de los *miguelitos* *sy* *cía* son mucho más humanos, reales y auténticos que el inexistente y tópico "Niño", mayusculado e inmaculado, de los libros gordos de los

(*) s.b. = Sin bata

petetes pedagógicos. Romeu tiene un agudo oído para captar el rumor de la infancia y un respeto, algo cínico y burlón, enorme como para convertir ese mensaje sonoro en una engañosa música para cautivar alumnos. Los pedagogos construyen un objeto teórico: el alumno, el habitante de la institución escolar. El pedagogo moderno describirá un sujeto vivo aventurero de su tiempo y de su espacio. Sin proyecciones reactivas ni fantasmas propios. Así lo hacen los auténticos educadores de este convulso siglo; *in exemplis*: Charles Chaplin, John Lennon, Gianni Rodari, Steven Spielberg y pocos más.

Romeu es uno de ellos, disfrazado de pirata feroz, superviviente de la liga de los sin bata (s.b.) en un mundo de uniformes, carnés y brujas buenas. Romeu es la pedagogía —aquel saber de niños— rabiosamente real, intransigente con las mitificaciones de la infancia, duro y tierno con sus personajes y con la vida que los dibuja. Niños modernos, lejanos bisnietos del insoportable Emilio rousoniano y del también repelente niño Vicente de nuestros predecesores morales. Niños de papel y hueso que con un ápice de escepticismo tratan de educar a los sectarios y raros adultos que les perseguimos armados de teorías y prácticas educadoras: padres naturales y/o prefectos; madres, "profes", políticos y otros animales.

Por todo lo expuesto y vistos los méritos que concurren en el citado señor Carlos Romeu, alias "Charli", y en ocasión del quinto centenario y del ingreso en el supermercado común, suplico: que le sea concedido el título de "doctor humoris causa" en Pedagogía por cualquier universidad, el lazo de San Miguelito y la orden de fundador del "sinbatismo". Gracia que espero alcanzar de V.E. cuya infancia recuerde V.E. con la debida nostalgia y falta de respeto. Barcelona, a tantos de tantos.

“All you need”

Un colectivo pedagógico británico, hoy desaparecido como tal, dejó escrito lo siguiente: “All you need is love, love, love.” Además le puso música, una buena música, y fue cantado por millones de jóvenes adolescentes que, probablemente, sean hoy los padres de miles de niños de EGB.

Epistemológicamente el amor no vale un pimiento; viene a ser como la teología para un vulcanólogo: un mero preconcepto para sus afanes científicos. Es sólo un horizonte estético, un trozo de pastel de bodas o una música de fondo para una palabra sin formas. Es algo tan bellissimo que sólo admite un uso particular e intransferible...

El amor no sale de casa. Los reyes no suelen amar a sus súbditos, más que desde el balcón y muy genéricamente. Las religiones tienen la común tendencia a desconfiar frontalmente del amor y, por ello precisamente, todas las iglesias lo subliman ensalzándolo sin medida. Los estados, versión laica de las iglesias, tratan de controlar a sus ciudadanos diciéndoles que son depositarios de la soberanía, pero no les aman en modo alguno salvo en cortos períodos preelectorales, si hay democracia. Por su parte, la burocracia es el desamor como método de organización social.

No es menos cierto que en nombre del amor se han cometido, y se perpetran diariamente, los crímenes más encantadoramente habituales: desde la colonización, el saqueo y la dominación doméstico-familiar, hasta el intervencionismo moral, pasando por las violaciones con certificado de homologación. Y, sin embargo, de alguna manera, educar sigue siendo amar. Sin ese vago sentimiento, adscrito a lo íntimo por imposición histórica, es imposible impartir educación o, simplemente, recibirla.

Educar con amor es sentir la urgencia del individuo por conocerse a sí mismo y a su entorno, es organizar la interacción entre ambos y comprometerse con ella a fondo. Educar es pues organizar amorosamente el tiempo y el espacio para que sea gozosamente vivido y aprehendido por otras personas. No es cuestión de métodos, ni de supuestas ciencias ni tampoco de imprescindibles contenidos. Es, ante todo, la hegemonía de un sentimiento de respeto, de afecto y de exigente compromiso con los cachorros aprendices de adultos. Sentimiento que es, huelga decirlo, personalmente

vivido pero que exige, para no morir de rutina y ahogo, de organización y apoyo social. Todo lo demás es pura añadidura.

En efecto, todas las sedicentes ciencias de la educación no son más que papel mojado, meras habilidades intelectuales, ingeniosos recursos o simples artefactos de taxidermista si no parten y se dirigen a consolidar el ejercicio pleno de ese sentimiento esencial: el amor. El amor es necesario, aunque no sea suficiente con él. Sin el colorante del amor, toda actuación educativa se torna en una rutina sin sentido, una aburrida gimnasia profesional, un trabajo descolorido que consiste en guardar niños aburridos que miran de reojo el color de la vida por la ventana.

Es preciso rescatar el amor de su reducido ámbito intimista; hay que hacer que revierta como una lluvia fertilizadora en la manera de concebir, organizar y generalizar las actuales instituciones educativas y la vida cotidiana, incapaces de detener el fracaso escolar, el otro nombre del desamor.

Sin esa premisa, genérica y vaga por el momento, sólo conseguiremos domesticar el odio, contener el deseo, parcelar la imaginación o ponerle hilo musical a las prisiones. Mas no educar. Educar sólo necesita amor, como repetían los Beatles en tiempos en los que no era necesario luchar por ciertas evidencias.

7

Agujetas históricas

¡Cielos, qué buen año aquel 1975! La larga noche parecía terminar aceptablemente en un amanecer de claveles. La gente paseaba por las alamedas con una furtiva sonrisa colgada del labio inferior. Los dentistas solicitaban amablemente que cerrásemos la boca y hasta los tenderos ponían el kilo a mil gramos justos. Incluso los intelectuales orgánicos, usualmente tan ausentes diseccionando contradicciones, olfateaban algo excitante en el ambiente.

Los gremios conspiraban al amanecer. Los partidos políticos sacaban el mecano del desván y armaban sus juguetes de colores. Los maestros, autodenominados ahora trabajadores-de-la-enseñanza, debatían el modelo de sociedad, el modelo de escuela y el más modélico de futuro perfecto. Un airecillo primaveral despeinaba a los niños, que seguían cambiando cromos repes y cayendo dormidos ante el apasionante relato del libro de texto de sociales.

Un clamor recorría el sur de Europa: escuela pública de calidad. Hace justamente diez años se escribían hermosas alternativas a la decadencia escolar del bajo franquismo, adjuntando croquis y notas para su montaje. Hasta un ministro del régimen podría entenderlas. Hoy han pasado menos de cuatro mil días, pero ha cundido la desorientación y una pertinaz ola de frío. Entre aquellos deseos y estas realidades aceptábamos una cierta reforma, pero no contábamos con una ruptura así. Demasiado para nuestra generación de conejitos candorosos y esforzados.

Pasó el tiempo con su ordinariez de modos. Los ciudadanos ya no sonrían y los campesinos miran la televisión bajo la boina para saber si está nevando afuera. Los tenderos, por su parte, han recuperado con alivio el kilo predemocrático de ochocientos gramos.

Los maestros hacen *footing*, consultan horóscopos fiables, cultivan vicios menores o se rinden a la lógica macrobiótica. El desengaño de lo público ha exasperado el retorno a lo privado. No exigen ya aquella escuela pública de una calidad jamás vista para la que ya había un arsenal de conocimientos psicopedagógicos y de experiencias de aprendizajes gozosos. No parece merecer el interés de los políticos un sistema de socialización saludable y equitativo, capaz de engendrar

seres tan responsables que podían, al menor descuido, reclamarles lo imposible.

El viento se llevó las utopías. Orwell se equivocó y éste es el mejor de los mundos pensables. Seamos serios y domesticemos nuestros deseos hasta que encajen en el presupuesto que distribuye generosamente la miseria. Al cabo, los recursos son escasos, la crisis galopa entre las zarzas del paro y hay que aprestarse a defender con gallardía, hasta el último misil, todo eso de la civilización oriental. ¿O es la occidental? Hace un tiempo de perros,

Nuestra generación de conejos, blancos lectores de Rayuela, se enfrentó a los mastines exigiendo también lo imposible, asomándose al amanecer del país con el corazón en un puño; dejándose la piel del alma en las esquinas de los sótanos; resistiendo a la tortura y aprendiendo la generosidad en compañía del miedo. Hoy tenemos agujetas, nos duele la historia minúscula. Tenemos una incómoda sensación: la de haber sido tímidos. Teníamos la luna al alcance de la mano y nos la cambiaron por un pase para el circo, el mayor espectáculo del mundo. Pura magia potagia.

Será por eso que nos solidarizamos con el hermano conejo, de largas orejas sonrosadas y nariz asustada, que aparece súbitamente de un negro sombrero de copa, entre los aplausos admirados de un público de perritos amaestrados. También el animalito, como nuestra generación, exigía lo imposible: una pradera en un bosque fantástico en donde crecer y multiplicarse en paz.

Carta de mi abuela

Mi abuela es, literalmente, extraordinaria. Unos ojos sabiamente tristes flotando a chispazos en un mar de surcos, arrugas esculpidas por una vida vivida con dignidad callada.

—Oiga usted, ¿y a mí qué me cuenta? Yo soy un trabajador de la enseñanza...

—Precisamente, digno obrero, precisamente por ello, tengo la impudicia de transcribirle, a usted y a sus colegas de labor, una carta de mi abuela. Así dice, textualmente:

“¡Si yo hubiera tenido vuestra escuela! Qué listo me saliste, Fabri, hijo. Que ya te veo por la tele hablando de corrido. Tú que puedes, mi querido, ¿no podrías hacer que los niños fueran más alegres? Deben ser cosas de vieja, pero yo veo que están tristes; y dicen que hasta alguno —¡Jesús, Jesús!— se quita la vida...”

Y eso que el maestro, según me dicen, ya no les pega, que es amigo y que todos se tutean, que estudian y piensan mucho en lo que hacen; que hablan entre todos acerca de qué habrá de ser lo mejor, que hay mucho recreo y que aprenden al jugar, que ya ni siquiera les examinan, que los tienen a todos apuntados, diciendo en el papel todas sus cosas; que ya no confiesan sus vergüenzas con el señor cura, que hablan con uno que le llaman tutor, y los padres que les compran muchos libros y les dan todo capricho y ninguna frustración...

Que además ya no es como era antes, que yo estaba con Cipriano en el pupitre, y me sacaba la cabeza, el larguirucho, y, a su lado, Nicomedes el pulguita no me llegaba al calcetín, que ahora son todos tan iguales, tan medidos por la edad. Ni tampoco está ya, como antes, Justiniano que era medio lelo y tan gracioso, ni el cegato del buen Paco, ni el sorderas, un tal Luis, ni tampoco aquel chico cojitranco..., todos juntos, tan entreverados. Ahora no, me dicen que ya los cuidan y les dan su verdadero nombre y tratamiento y les ayudan para no ser muy lentos y no cejan si no alcanzas el listón. Y trabajan en sus sitios especiales, con el mismo libro que los otros... y estábamos revueltos, que ni una ya sabía si eran lelos o cegatos o sorderas ni si acaso ganaba la carrera el cojitranco.

La salida de la escuela está también muy bien organizada, se acabaron las peleas a rebolos, y el andar entre las tierras con los juegos, y la hoguera peligrosa del asado de patatas y

el fundido de los plomos para aviones, la subida con fractura a la fruta de los árboles, el pisar en tanto charco, y la busca de los grillos, ni una mosca DDT que llevar con la crueldad a la puerta de la araña, pensando en las babiecas tantas horas: se acabó el tener que fabricarse los patines, inventar cualquier trastada o cualquier cuento.

Ahora no, ahora todo tan bien organizado, le llaman "ocio", o así, y hasta hay profesores estudiados que lo llevan... Y los juegos tan cochinos de los médicos y enfermeras, y enseñarse las vergüenzas, y andar mirando a los perros enganchados, y los partos de las vacas. Ahora educan a los chicos y les dicen todo tal cual es, y lo aprenden en los libros...

—Señor, Señor...! No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo, Fabriciño. Con tanto maestro, tan estudiado, que tienen hasta oposiciones y buenos sueldos del Estado. ¿Qué pasa? Yo veo que están tristes y les dicen que fracasan o algo así de feo... Hazme algo, Fabriciño. Te quiere, tu abuela."

Así es mi abuela. Gracias a ella aún pienso, de cuando en cuando, por mi cuenta... La quiero mucho y no me gustaría engañarla; pero ahora no sé qué contestarle...

—¿Y usted, operario de la infancia, especialista en enanos actuales?

—Pues no sé. Déjeme que consulte el convenio, aunque no recuerdo...

—Ya. Si me lo estaba temiendo. Adiós, muy buenas.

¿Qué es eso de la literatura infantil?

El mundo está lleno de cuentistas. Y, por añadidura, malos (salvo raras excepciones en las que incluimos). Una de esas monumentales tonterías que, por concurrencia de azares imprevisibles, ha adquirido rango de indiscutibilidad es la que condena al cuento como género menor. Una de sus consecuencias es que se endose, por tanto, a los menores. De ese perdonable malentendido nacerá, andando el tiempo, lo que se llama con impudor e impunidad, "literatura infantil".

De ese invento viven hoy los herederos de ilustres autores que si levantaran su cráneo, volverían a morir viéndose de tal modo reducidos a caniches maquillados. Piensen ustedes, si no, en el amargo Jonathan Swift, el irónico Lewis Carroll o los tradicionales Grimm y tantos otros...

De esa perversión, inaudita en otras artes (¿hay una escultura infantil, o acaso una música infantil...?), derivarán los inevitables expertos. Mayormente institutrices estético-morales que previenen a los adultos de los peligros y virtudes del género. Con paciente laboriosidad establecerán una taxonomía de edades/libros, auténtica filigrana china inspirada en las obras completas de San Piaget, en el estilo pastoral vaticanista y en una precipitada indigestión de Rousseau. La escuela echará una mano en la labor, tratando de esmerarse en conseguir que todo niño normalmente dotado para aprender a leer, no lo consiga o lo haga de modo aburrida y odioso.

Esa dudosa promiscuidad entre lectura/judicatura/expertos/moralistas y demás, conducirá a lo inevitable. De ese amor "contra natura" nacerá, para mayor honra y gloria editorial, un libro sietemesino, contrahecho y severamente obligatorio: el libro de texto, la versión *hard* de la literatura infantil...

La legión de cazadores de lectores indolentes se mesa los cabellos: los niños no quieren leer los maravillosos libros que hacemos especialmente para ellos. La culpa es, dicen —pues siguen con sus teorías conspirativas— de la tele. Es la televisión la que ha venido a corromper el natural amor del niño por el "libro infantil". Nada más equivocado. Por el contrario, la televisión es el único reducto simbólico en el que la infancia puede proyectar sus sueños, puesto que habla el

oscuro lenguaje de los deseos ocultos. En principio, antes de la tele, era el verbo. Y el personal andaba feliz por el escenario mundo narrándose historias, desde un amor imposible hasta la leyenda que hacía de la tribu el centro de la Tierra entera. Romances, cuentos, mitos, ensueños, deseos y secretas aspiraciones filogenéticas se transportaban en el único canal disponible: boca/oído.

Ciertamente algunos escasos e incordiantes ilustrados, muchos monjes y pocos caballeros, e incluso algún rey, leían papiros y pergaminos escritos en ajenos signos. Llegó más tarde el invento gracias al Gutenberg de marras. En pocas centurias el libro se convirtió en un eficaz instrumento de tortura, inductación, jerarquización cultural y difusor de diversas empanadas ideológicas. Fue también —por fortuna— el soporte de papel en el que se refugió aquel feliz placer de narrar/oír interminablemente historias y más historias... El cine y la tele heredarán ambas tendencias, la que sujeta al individuo a la piel de sus límites y la que le concede alas para elevarse por encima de su aplastante pequeñez.

De modo que no existe base alguna para una "literatura infantil" ni para un pretendido libro escolar. Hay literatura, información, saberes y conocimientos. El hacerse con ellos sin artificios es —debiera ser— la tarea de educar.

Los tres reyes malos

Había una vez un país mediterráneo, caluroso y que olía a naranjas y amapolas. Llegaron a él tres reyes malos, a lomos de unos viejos y renqueantes camellos; venían a blanquear plusvalías inconfesables, amasadas tras dos siglos de mercader con oro, incienso y mirra.

Una noche de luna llena se citaron en un sórdido motel para una cena de negocios. Cada uno de ellos propuso invertir en los sectores más rentables: industria militar; drogas más o menos legales; especulación financiero-inmobiliaria. La coyuntura económica y política del país —de cuyo nombre tampoco quiero acordarme— era inmejorable, según se decía. Los tres reyes discutían la jugada mientras sus camelleros fumaban cigarrillos París-Dakar sin filtro y jugaban a cartas en el aparcamiento, a la luz dorada de una extraña estrella patrocinada por una conocida cerveza.

Al amanecer los tres personajes habían perdido su real compostura; extenuados, en mangas de camisa y con anchos tirantes de colores, firmaban el acuerdo que los haría inmensamente ricos y poderosos en el futuro. Decidieron invertir una parte de sus dineros en una cadena privada de televisión destinada, exclusivamente, a los queridos niños y niñas. La otra parte se destinaría a diseñar, fabricar y comercializar juguetes para todas las edades.

Dicho y hecho. Tras un corto período de estudios de marketing y de psicoespionaje, se llegó a descubrir la exacta morfología del deseo infantil. Pusieron el capital en acción y en menos de dos meses estaban ya emitiendo programas desde un barco anclado en aguas extraterritoriales. Millones de niños y jóvenes devoraban las emisiones y podían contemplar sus más íntimos deseos, pulsiones y ensueños realizados a ritmo de videoclip en la pequeña pantalla, cadena Telerreal y en sesión continua. Se emitían películas, *dibujos animados* y *música en imágenes*; cada sesenta segundos se interrumpía el programa y se daba paso a unos magníficos spots de juguetes —sólo de juguetes de la marca M.G. y B.— de una duración de ciento veinte segundos. Y así veinticuatro horas al día y año tras año. Hasta que entre deseo y producto no hubo diferencia alguna. La publicidad no creaba el deseo. Se limitaba a realizarlo exacta y clónicamente.

Así los tres reyes malos se hicieron riquísimos y buenísimos. Multiplicaron monstruosamente su enorme fortuna y sus beneficios crecieron. Crearon becas para camellos huérfanos, hicieron el bien sin mirar demasiado a quién y regalaron dátiles y nueces en las fiestas señaladas.

Ampliaron y robotizaron sus fábricas, cubrieron el país de puestos de trabajo, acabaron con el paro, la miseria y la inseguridad. Se presentaron a las elecciones. Las ganaron de calle y siguieron haciendo el dinero y el bien a la vez, y sin problemas financieros o morales. Hoy es el único país del Occidente cristiano que está regido por una Triarquía democrática, en el que reina la prosperidad y no hay más dudas que las razonables.

La población vive bien y acepta la división social en la minoría teledirigente y propietaria de los medios de producción del deseo y sus productos (juguetes), y la mayoría, que se divide en adultos mayores de treinta y ocho años que trabajan en las fábricas de sueños en cómodas jornadas de cuatro horas, y en los menores escolarizados hasta los treinta y ocho años en aulas robotizadas, tres horas al día. Adultos y menores se reúnen en confortables cuevas informatizadas, cableadas y conectadas ópticamente; rezan en familia, juegan con los insuperables productos M.G. y B., para todas las edades, y devoran los anuncios de Telerreal, interrumpidos demasiado a menudo por enojosos programas. Colorín, colorado, este cuento navideño ha acabado. (Ahora viene la publicidad...)

Intelectomía

Parece que en los países más desarrollados, con muchos dólares per cápita, suena la alarma pedagógica. Sus jóvenes ciudadanos calientan los bancos de la escuela durante doce o más años, pero salen hechos unos perfectos ignorantes, unos incultos, unos bárbaros. Las encuestas así lo afirman, sin lugar a dudas. Los conservadores se rasgan las vestiduras y claman por la vuelta atrás, al refugio de las esencias inmutables de la escuela tradicional; los progresistas se limitan a cuestionar la metodología de esas encuestas, a ganar tiempo y revisar los manuales editados en el sesenta y ocho.

Todos se afanan en averiguar si los jóvenes actuales saben más o menos que sus abuelos o padres. Se cree que lo importante es *tener*. Hay que tener la cápita al nivel de relleno de la renta: dólares y datos. Lo que importa es acumular más años de instrucción, más contenidos, mejores organigramas curriculares, hay que refinar la sofisticada ingeniería educativa que reparte inteligencia entre las cabecitas nacionales. El Estado providente ama a sus ciudadanos, pero es el propietario de sus cabezas. Estas sólo las arriendan en usufructo. Lo que deben saber, sentir, amar y odiar es una cuestión de salvación nacional. Y, al parecer, las naciones están en peligro. Para conjurarlo, las naciones —con o sin Estado— deciden variar el relleno, modernizarse. El nivel de "currículum per cápita" se pone al día, se regula la información científico-técnica, lógico-lingüística, moral-estética, simbólica, etcétera. Hay que aumentar dos puntos el PIB para que el Estado vecino rabie, para contrarrestar la chulería comercial del lejano imperio asiático o, en fin, para sobrepasar al gran Estado totalitario, tan parecido de tan opuesto...

Esa repeinada cabecita que el alumno abre al mundo por sus seis ventanas es un terminal periférico conectado al Banco de Datos, central o autonómico. Por supuesto, tras ese esmero programador cunde el espanto si se introduce la sencilla cuestión, ¿dos más dos?, y la alquilada cabecita responde con la sonriente seguridad del necio convencido:

—¡Setecientos dieciocho...!

Tras el pasmo inicial tocan las campanas a rebato. Se reúnen en cónclave los doctores cognitivos, obispos curriculares y cardenales psicomaníacos. Se consultan catálogos

extranjeros, se piden asesorías a fabricantes de paquetes curriculares. Mientras, los filósofos del pesimismo predicen cataclismos morales y los graves chamanes del espíritu blanden cilicios y recuerdan sus antiguas advertencias. Habemus cónclave. Cerrados a cal y canto advocan con fe el pasado y escrutan con temor el futuro, sentados en cátedras altísimas, con los piececillos columpiándose sobre el suelo, ahí están ceñudamente vigilando la cabeza del ciudadano. Un silencio ondulante de incienso flota sobre el anfiteatro de sabios cejjuntos. La operación empieza; anestesia total...

Bajo la blanca luz de quirófano, entre fulgores de navajas inoxidables, yace la cabeza del futuro ciudadano, el receptáculo sagrado del alumno con sus orificios minuciosamente suturados con un finísimo hilo de oro puro. Exhala un persistente gemido la boca. Resbala una única lágrima de hielo azul por la mejilla blanca. Los músculos tensos atienden al nuevo bisturí que acude ya a aliviar su dolor y su vieja tristeza con la lobotomía caritativa que el Estado le procura gratuitamente para que alumbre al hombre nuevo... Las pupilas rasgan las costuras, se abren los rotos párpados. Los ojos sonríen, a pesar de todo, con la nostalgia de quien espera alcanzar el tiempo de la autonomía, la primavera del individuo en la que revienta, poderoso, el germen que atiende vivamente la luz que lo fecunde.

Una mueca estira la cicatriz fina de la boca, como una sonrisa generosa. En el anfiteatro sube el murmullo de voces: están decidiendo democráticamente qué es lo mejor para rellenar de nuevo esa cabeza del muy amado ciudadano.

Trabajadores y trabajados

Cuando el lapso de los cuarenta años, con el gallego aquel y lo de la dictadura (véase en cualquier libro de texto: España 1939-75), todos éramos y nos sentíamos "trabajadores". Autodenominarse así, "trabajador", era un a modo de metáfora clandestina, como un guiño de complicidad con las masas —siempre tan atentas ellas a cualquier indicio— con el que queríamos dar a entender la subterránea hermandad que atronaba bajo nuestros pies en la atribulada tierra que un día sería libre... Etcétera.

Ser un trabajador no tenía que ver con el particular menester o actividad. Albañiles, metalúrgicos, taxistas, intelectuales y tenderos: todos trabajadores. Ser y sentirse trabajador era una actitud de "aquí estamos", aguantando la inclemencia pasajera del tiempo —¡qué manera de llover!—, como debe ser. Apiñados, codo a codo, entre espigas de trigo, grandes engranajes e industriosos tractores en el horizonte, como en un bajorrelieve pétreo de Banco o de calendario soviético (de antes de la Perestroika)... Así éramos. Hasta el leve e impecable poeta de manos de marfil se proclamaba, con orgullo legítimo, "obrero de la palabra", más o menos.

Más tarde llegó lo que tenía que llegar. Y con ello vino el aire azul y cortante de la polisemia, el fresquillo del matiz y el temblor particularista de las banderas, pendones, oriflamas y gallardetes. Rompan filas...

Los maestros y maestras de la cuarentana, anónimos y admirables desasnadores de aldea y más aún de corte, mudaron en "trabajadores de la enseñanza"... ¡Ahí es nada! Se inauguró la metarreflexión acerca de las condiciones laborales del antiguo arte de educar a alguien vivo. Llegaron en buena hora sindicatos y convenios, manifestaciones y debates a poner orden y concierto en el desbarajuste de tiempos, en el caos de los espacios y en la dura arrogancia de los viejos y nuevos amos. ¡A formar!

—¿A dónde quiere usted ir a parar...?

—Pues, en verdad, aún no lo sé con certeza.

Planteada en otros términos menos vagos, quisiera ir a encontrar alguna respuesta —no demagógica— a esta cuestión: ¿Dónde está el límite ético —que no es lo mismo que legal— entre el interés del "trabajador" de la enseñanza

y el interés del "trabajado", del niño/adolescente/alumno? Además de un amo —el Estado o el patrón privado—, el trabajador de la enseñanza tiene ante él —frente a él, a menudo— a un "trabajador del aprendizaje"... Y pueden darse colisiones de intereses.

—Sigo sin entender...

Pues, verbigracia. Horarios. El ajuste de las conveniencias, los arreglos interesados, los chollitos legitimados con los que se aborda el claustal asunto de los horarios, pongamos por caso, en Enseñanzas Medias. ¿Se entiende ahora?

Más concreto todavía. Un alumno de 1.º de BUP se levantará a las 6,45 horas de la mañana; tomará un par de autobuses; llegará a las ocho al Instituto, recibirá cinco apasionantes píldoras de cuarenta y cinco minutos cada una y acabará su educación a las 13,15. Así cada día —salvo lunes—, de modo y manera que los "trabajadores" de la enseñanza no tengan que ir a trabajar por las tardes. En esta hipotética anécdota, el tiempo de maduración y aprendizaje del alumno es lesionado abiertamente por la comodidad del devoto profesorado. ¿Quién debe ajustarse a quién? ¿El tiempo de contratación al tiempo de maduración? ¿El laboral al intelectual? Y así, sucesivamente, como decían los clásicos.

—Pero usted, ¿de parte de quién está?

—De la misma que usted. Supongo.

El retorno de los mayores

La situación de aprendizaje escolar es consustancialmente artificial, lo que no es necesariamente malo. La escuela es, por fortuna, sólo una separación momentánea de la vida. Y ésta no es por sí misma productora de aprendizajes. Acabado el buceo escolar, el niño, el adolescente, salta a la superficie luminosa del mundo habitado por adultos a bañarse en sus afanes y pasiones. Se había dilatado la espera por unos años, pero se tenía la certeza del reencuentro, de sus gozos y sombras.

Pero a medida que el propio tiempo vital del adulto se ha ido mercantilizando, los espacios habituales de su encuentro con el niño —familia, calle, comunidad, trabajo...— han perdido su valor emblemático de interacción educativa no escolar.

Hoy vivimos en un entorno vaciado de aquella fructífera intersección adultos/niños. Un mundo sin abuelas habladoras y sentenciosas; sin cocinas burbujeantes en las que el tiempo y las palabras se espesaban como miel; sin espacios desconocidos invitando a su exploración; sin el misterio acechando agazapado tras un cerezo erguido y cargado de frutos; sin la emoción del probable encuentro con el miedo atractivo; y especialmente sin la perspectiva de transitar por un paisaje animado por adultos relajados en la dura tarea de vivir.

Por una parte, espacio, tiempo y personajes han empequeñecido; se han poblado de mediocridad especializada. El trayecto exploratorio, vital y cotidiano de un niño pierde estímulos naturales, no prefabricados por encargo o prescripción facultativa. Por otra parte, el universo simbólico del niño se amplía a través de las tecnologías del ver y del oír. Ven nuevos espacios, personajes y latidos del tiempo. Pero no *están* en ellos. Viven inmersos pasivamente en el baño continuo, múltiple y fragmentario de lo audiovisual; se alimentan de su néctar y lo beben con desesperación sustitutiva. Los niños *ven*, registran las sombras que se reflejan en su caverna; oyen el suspiro de la realidad fantasmal. Ven, oyen, recuerdan y fabrican un inconsciente ajeno a su experiencia palpable...

En ese amplio viaje por el mundo inexistente, casi nunca van a encontrar la suavidad de la compañía adulta, el terciopelo tranquilizador de una voz que les *explique* tanta

agitación y tantas palabras. Ven pero no comprenden. Nosotros, los mayores especializados en su cría y domesticación, sólo los vemos a través de nuestro deseo; por eso no los comprendemos. No hay palabras en el mundo de la infancia.

Sobran en ese paraje de imágenes y de fantasmas los adultos titulados de jueces, de enseñantes, de moralistas o de terapeutas. Lo que los niños, y los adolescentes con más rabia, nos exigen es el retorno de los mayores, alejados de ellos circunstancialmente por el torbellino de un mal sueño. La vuelta de la abuela, esponjosa y cálida como pan recién horneado. Del fuego crepitando en el rincón más frío de la infancia, calentando el espíritu dolido. De la luz del sol brillando en una alta ventana, con su mensaje de energía y de valor. De la palabra, sobre todo de la palabra, como el más hermoso alimento que el hombre puede dar a sus cachorros, después de la vida misma.

Carta a un maestro

Querido: cura y pedagogo son dos empeños cercanos. Ambos se afanan en salvar almas descarriables. Los unos, del demonio. Del mundo y de la carne, los otros. Aquéllos, para el cielo posible; para las mieles de la ciudadanía, éstos. Se trata, como salta a la vista, de una cuestión de competencias funcionales. Es fácil que se produzcan interferencias profesionales, *más aún con todo ese asunto de las transferencias.*

Notará el agudo lector que tengo poca tirada por ambos especímenes. Nada más cierto, en abstracto. Falso en la vida de cada día, pues que tengo amigos de carne y hueso en ambas corporaciones que son la excepción de la regla. Tantos, que dudo ya de cuál sea la regla y cuál la excepción. De lo que sí soy declarado enemigo es de fundamentalismos. Vengan de donde vengan. Me parecen los más peligrosos engaños para una auténtica educación.

En el ámbito de los ilustres, pocos han sido los pedagogos que han resistido la tentación de hacer un manual doctrinal, de buena venta, con un par de mediocres intuiciones. Menos aún los curas que no han usado la escuela como púlpito de sus respetabilísimas creencias, o como diván para sus secretas atribulaciones psicósomáticas.

Hace ahora veinte años de la muerte del más excepcional de los curas-maestros: don Lorenzo Milani, el cura de Barbiana. Un tipo con agallas que supo plantar cara a los fantasmas de su tiempo y de su doble oficio, sin perderse el respeto ni bajar la guardia. Un modesto curita de pueblo que supo, desde su propia cultura burguesa, arrearle un par de cristianos guantazos a la hipocresía del dominio cultural de la escuela. Un obrerete de almas, proletario ensotado, que apostó por los pobres, sin metáfora literaria, en su compromiso diario. Un gigante de aldea que se atrevió a meter un dedo en el ojo al Polifemo escolar que devora a los más humildes en nombre de la igualdad y de otras memeces.

En suma, un espléndido, inusual y entrañable ejemplar de coherencia entre letra y música, entre aquello por lo que se elevan los ojos a cualquier cielo y eso otro que aguarda a la vuelta de cualquier esquina. Una mano en el cielo, pero los pies en el suelo.

Don Lorenzo Milani, muerto y, sin embargo, tan actual en estos tiempos de economía sumergida y de niños escolari-

zados al pie de los semáforos o en las químicas mortales que les dan un átomo de vida.

Cura atípico, amargo, lúcido. Irritante para sus jerarquías, tanto como dulce para sus frágiles alumnos de Barbiana. Cura contradictorio, roto entre la rebelión y la obediencia. Maestro de los que escribieron aquella "carta a una maestra" ácida, justiciera y sorprendente. Una carta que, a finales de los sesenta, vino a golpear en nuestras cándidas mañanas de sol. Un mensaje, el de aquellos chicos junto a su cura-maestro, que atravesó como un rayo utópico del 68, y que aún llega hoy con toda la energía limpia, alternativa y no contaminante de un pensamiento precursor.

Doctores tendrá la Iglesia. Curas como don Milani, el maestro de Barbiana y de toda una generación desorientada, desde luego, pocos. Muy pocos.

Afectuosamente.

San Fred y Santa Rita

Cuando se interrumpía la sesión continua de la vida escolar comenzaba el cine como realidad amable y luminosa. Para un niño de posguerras, una mundial y otra local, el cine era una escapada a la emoción. Vivir era más parecido a un largo entreacto entre dos filmes en la sala de espera. Escuelas pobladas de maestros mediocres, de fanáticos fundamentalistas o de bondadosos y aburridos adultos. El barrio, un escenario de contornos grises, colas de racionamiento y hambres disimuladas con miga de pan y mucha lágrima furtiva.

Madrugones fríos al alba, que venían a romper el calor del sueño, justo cuando llegaba la Belleza a besarnos con su boca de cisne. Misas interminables, olorosas de humos de cirios e inciensos mareantes que incitaban al sueño, con el murmullo de latines incomprensibles y de gestos mecánicos.

Hora tras hora en aulas de pupitres alineados en las que estallaba lo imprevisto; siempre repitiendo el mismo problema de trenes y piscinas que se llenaban de agua, o despejando incógnitas atemorizantemente monótonas, o escribiendo dictados tan lejanos de un centro vital que pugnaba por estallar. Trampas ortográficas, lecturas malignamente seleccionadas sobre santos ejemplares o sobre invictos militares que habían construido una patria de cenizas y de miedo, como la que languidecía tras la ventana de la escuela, día tras día...

Pero llegaba el sábado. Y con él, la promesa mágica del cine. El rito reiniciaba sin agotar jamás su potencia poética: cruzar el umbral con la entrada en la mano; mostrársela al almirante luminoso; sentarse en la dura butaca de madera, sin sentirla apenas; alzar la cabeza y atender el tercer aviso que señalaría de comienzo... Y de pronto, la oscuridad, sólo rota por el chorro poderoso de luz que me traía una historia, una narración para mí solo, perdido en la oscura, cálida y placentera sala de cine, un sábado cualquiera a mitad de camino de mi infancia de niño de posguerra. Durante unas horas yo no existía, ni el mundo, ni nada; sólo el cine contándome que el amor, la belleza, el terror, la pena o la risa eran también parte de la vida irreal, la de verdad.

La saga de buenos y malos, de héroes y malvados, de bellas y aventureros que llenó mi infancia cada sábado

permanece extrañamente viva en mi recuerdo, pervive a pesar del tiempo. Me extraña esa perennidad si la comparo con la estéril fuerza de aquellos otros arquetipos que trataron de imponerme, sin la magia, la pasión y la vida con que el cine lo hacía.

La escuela se desgañitaba por instalar en mi corazón una panoplia de hermafroditas sonrientes, de viejas damas de repulsivo brillo y de niños repelentes y sabihondos. Un auténtico desfile de modelos inimitables: santos y sonrientes varones que resistían los ardores propios de su sexo gracias a un portentoso lirio blanco que llevaban siempre en su mano, vírgenes más bien feitas que preferían cruel muerte antes que dejar de ser feitas; angelicales romanos con vocación de apetitoso filete para leones; mártires cachazudos que se asaban alegremente en parrillas giratorias; gañanes cantarines; pastorcillas visionarias, y así hasta el aburrimiento más soporífero. ¿Qué podía hacer esa corte celestial ante la sobrecogedora belleza de un simple guante negro desnudando un brazo lentamente...? Por ejemplo, digo.

Yo me acordaré siempre de dos pecadores espléndidos, reciente y gloriosamente muertos en olor de santidad y de multitud: Santa Rita Hayworth y San Fred Astaire. Ella, la serpiente más maravillosa, el pecado hecho mujer, condenada y anatemizada por los pajarracos negros de la época, auténtica virgen de mi adolescencia, acosada también por moralistas que no iban al cine ni siquiera el sábado. Fred, alto, ágilmente desgarrado, feo y extranjero; el cuerpo en libertad, la danza, los sentidos, la música. Ellos fueron el gozoso pecado; aquello que un pobre niño de posguerra no podía conocer, ellos me lo enseñaron y me lo dejaron por rica herencia. Todo lo demás lo olvidé. A ellos, no, gracias al cine.

16

Metrópolis

He estado en Metrópolis. Una beca de tres meses me ha permitido vivir en el futuro. De vuelta a esta Itaca somnolienta el presente me parece un sueño irreal. Aquí la vida es, en efecto, un sueño, un bostezo, una artesanía.

En Metrópolis las escuelas son computerizadas. Allí la vida es videoclip de sesenta segundos. Todos los niños son blancos, anglosajones, viriles y sin caries. La comida es rápida, los hogares electrónicos y el éxito está garantizado para casi todos.

El futuro está en las sólidas manos de vaqueros que cabalgan con espuelas de silicio. Los indios casi ni se ven, ya no van al cine, se reservan y tienen amnesia.

Los jóvenes no son conflictivos. Hacen flexiones deportivas, no fuman y desconocen qué hay más allá de sus jardines de césped, con piscina y magnolio en flor. Los niños son felices en un 99,7 por 100, según encuestas recientes de psicólogos felices. Aprenden sin esfuerzo. Millares de cordones umbilicales informáticos riegan por succión sus neuronas cerebrales; los alumnos permanecen durante horas en enormes hangares electrónicos, coronados por antenas parabólicas. Un tejido de cables ópticos, paradójicamente invisibles, se ciñe al cuello de cada alumno como una cálida bufanda. El viejo sueño de la pedagogía posmoderna se ha cumplido: no hay pupitres. Los maestros están en una dorada extinción, a cargo de los presupuestos. Trabajan en granjas pedagógicas enseñando a recoger maíz a los hijos de los granjeros que viven en las ciudades; enseñan música, organizan talleres de macramé o, los más aventureros, ejercen de animadores culturales saltando en paracaídas en cualquier barrio periférico de Metrópolis.

Una higiene de quirófano reina en las escuelas. Las aulas son limpias como espejos, silenciosas como nubes. Los alumnos andan como lentos peces en una pecera. Sólo se oye el metálico gorgoteo de los ordenadores cerebrales. Las ondas alfa penetran con la información conveniente en las cabecitas: es la hipnopedagogía. Estímulo-respuesta. Cada alumno es una cabeza amorosamente hinchada, como un globo amarillo y tenso, sujeto al frágil hilo de un cuerpo.

La escuela que visité, junto a un entusiasta y compacto funcionario, "Inspector de Resultados Humanos", Ronald R.

Skinnerson, que tenía a su cargo otras seis escuelas, era modélica. Su línea de productos era, lo dijo con exactitud, la de "elaborar mandos intermedios, clase subalterna semiactiva, subgrupo ciudadanos activos semiconformistas, con una caducidad media estimada en cinco años".

En el tiempo libre se desconectan las pantallas, los niños toman reconstituyentes cerebrales, extrañas píldoras de colores uniformes. El inspector recuerda, con una leve sonrisa confidencial, que se han erradicado ciertas desviaciones patológicas. Cuenta el caso reciente, sólo de hace un quinquenio, de algunos niños de nivel cerebral medioalto, que intercambiaban las redondas píldoras, las hacían rodar por el suelo, entrechocándolas según unas normas y un ritual incomprensible.

Tras un análisis de esa conducta desviada, se optó por elaborar las pastillas de forma cuadrada, del mismo color. Exactamente iguales. Metrópolis está en todo...

Las escuelas de este barrio del imperio, el nuestro, tan ruidosas, anárquicas y paleolíticas, me parecen un hermoso vestigio a conservar a toda costa.

El irresistible descenso del joven Matías Rust

Un buen día un joven alemán occidental vuela con una minúscula avioneta sobre la ciudadela moscovita. Y aterriza en la Plaza Roja, entre el mármol rosa del mausoleo de Lenin, las esferas doradas de la iglesia de San Basilio y el pasmo boquiabierto de los ciudadanos.

Una anécdota. Un pasajero gesto que parece inspirado en una película de Spielberg para adolescentes soñadores. Pero hay en él un elemento corrosivo que deja al descubierto la precariedad de nuestras convenciones morales y de sus panoplias armamentísticas. Es el espíritu de Charlot el que aterriza en estos nuevos tiempos modernos.

Esa avioneta, más paloma que halcón, viene a tambalear unas estructuras sociopolíticas que parecían de acero inoxidable, que resistían al mordisqueo de los análisis de expertos y observadores. Cunde el desconcierto ante la fragilidad cómica de un sistema de defensa aérea apuntalado en tecnologías terroríficas. Se cuestiona el alma de un mundo bipolar que juega mutuamente a aterrizar con cargo a los presupuestos de un par de Estados hegemónicos. Una avioneta...

El efecto cómico continúa imparablemente: mariscales, generales y responsables políticos pierden su marcial compostura, además del cargo y la gorra de piel de visón. Los misiles agachan sus cabezas prepotentes. La hegemonía ética del discurso guerrero queda en falso. La pulga ha descompuesto al gigante. La risa, con su poder disolvente y su maligna bondad, aparece como una convulsión inevitable.

No conviene categorizar las anécdotas, según consejo de los que fabrican categorías. Pero tiene gracia que estas cosas puedan suceder. En esta vieja sociedad, tranquilizada por el terror y el armamentismo, un joven con iniciativa es un factor potencial de cambio. Y no sólo en la música, el diseño de arrugas caras o de cortes de pelo posmodernos.

El día en el que los jóvenes asuman a fondo ese protagonismo que les exigimos vanamente, empezará una cadena de actos irreverentes, arriesgados, pacíficos e intrusivos que afectarán a nuestras esclerotizadas costumbres. Una nueva era habrá comenzado. Parece condición necesaria —no suficiente, sin embargo— que los jóvenes encuentren los

espacios educativos —escuela también— en los que *vivir* la iniciativa, comprometerse en la gestión de sus intereses vitales, ordenar su futuro y construirse su pensamiento.

Por el momento las instituciones escolares —valga la generalización— se afanan más en enseñar, implícitamente al menos, el arte de la sumisión, la heteronomía y la dependencia. No se trata de enseñar una asignatura que verse sobre el riesgo, la toma de iniciativas o el desarrollo de proyectos personales y colectivos, como alguno pensará frotando su inservible título de experto en la cuestión. Por el contrario, se trataría de reformar las reformas en curso. Rediseñar la función de las Enseñanzas Medias, convirtiéndolas en un tiempo y en unos espacios de elaboración rigurosa de proyectos comunitarios de todo tipo: estéticos, económico-ocupacionales, cooperativos, reflexivos, etcétera. En esas coordenadas —imprecisas, es cierto— cabría un aprovechamiento de las energías cognitivas, y de toda índole, de la juventud.

¿Por dónde empezar? Por profundizar en algo que ya se ha empezado. Autonomía a los centros y, sobre todo, invención de espacios nuevos, funcionales, para los fines que se apuntan aquí. Los espacios son los lenguajes con los que la sociedad se dirige a sus habitantes, dicen los arquitectos. Un centro escolar, con sus aulas, tal como están ahora, repite cada día a los alumnos la misma canción: no toméis iniciativas, estaros quietos, no penséis por vuestra cuenta; todo está previsto...

Realmente no hace falta una avioneta para hacer tambalear las defensas antijóvenes de una ciudadela escolar. ¿Aterrizamos?

Pongamos que hablo de ti

Las canciones de Joaquín Sabina destilan una melancólica ternura, una lágrima esencial que condensa una mirada desesperadamente lúcida; sin embargo, capaz de alumbrar la belleza que habita un desolado paisaje urbano, el último vuelo de una adolescente suicida o la soledad acolchada de un hotel.

Una mirada así sobre la escuela, exterior y sin autoengaño, podría devolvernos a la realidad. En efecto, cuando se acerca uno al discurso oficial acerca de la escuela, los alumnos, los profesores o los programas, todo parece ordenado, pulido y justificado. Hay, sí, un cierto desajuste, algunas cosas chirrían y se oyen voces educadamente discordes. El debate resultante de esa armonía es sorprendentemente endogámico: se refiere sólo a los prejuicios que lo han construido. Se discute bajo el foco de la luz del discurso. Sólo existe aquello de lo que se habla. Más allá, tinieblas.

Sin embargo, en esas tinieblas exteriores a las palabras acampan muchos —o algunos— maestros. Nadie los conoce. No salen en la "tele" con los exquisitos apocalípticos o los indolentes integrados. No escriben erudiciones sobre el currículum, ni investigan con microscopios cognitivos. No están en la nómina de los adeptos al poder o de la oposición al poder. Son maestros y maestras que sólo tratan de hacer bien su trabajo: estar con los niños, entenderlos, establecer un compromiso con ellos y cumplirlo rigurosamente sin ceder a tanta mediocridad idónea.

Cada amanecer se levantan con un afán nuevo, con la urgencia de saber de "sus" niños, con una preocupación por algún alumno de mirada aún inteligente. En cada clase vuelcan un caudal de ilusión todavía intacta; se informan, inventan, leen, prueban y corrigen errores... Más que lo que pueden enseñar, es su actitud la que merece ser aprendida. La actitud de quien abre la puerta del aula con la leve ráfaga de inseguridad, pero tenso el deseo del encuentro adulto-niño sin manipular, con el cariño duro de quien tiene algo que ofrecer o con el interés mágico del que sabe que también va a aprender de quien espera aprender.

Profesores anónimos que no dan valor alguno a esa intuición gulfurante que les hace conectar con los chicos. Maestros que se niegan a considerar su experiencia como

algo más que una artesanal relación humana. Yo, que me dedico al cultivo de abstracciones, les admiro profundamente. Son una raza de educadores, probablemente en peligro de extinción, que aún conserva esa mirada lúcida del que capta la belleza irrepetible y el valor único del ser humano a la conquista de sí mismo. Pongamos que hablo de maestros, que diría el doctor Sabina.

RITOS Y MITOS

"¿Qué es la tradición? Una autoridad superior a la que se obedece, no porque mande cosas útiles, sino porque manda."

FRIEDRICH NIETZSCHE



RITOS Y MITOS

La cantera de la crítica parece inagotable. Tan grande es el consumo social de ritos y mitos que las mentes críticas no dan abasto para triturarlos y desecharlos en la geológica fragmentación e inactividad de una gravera.

Se hace imposible iniciar caminos de indagación de lo posible sin antes desandar tantos empedrados de la sustitución y el simulacro. Ciertos ritos conforman sedimentos de gestos protocolizados que eluden el contacto con lo real o inhiben la sensibilidad. Del mismo modo, algunos mitos constituyen un material simbólico que "naturaliza" falazmente lo real.

A tenor de todo ello, aquí podemos reconocer a Fabricio Caivano como maestro cantero, aplicado al modelado de constructor de insufribles ritos y mitos.

X.L.

1. CAZADOR DE SIGNOS
2. SI ENCUENTRA ALGO MEJOR...
3. LOS HIJOS DEL PARAISO
4. PIENSO, LUEGO APRENDO
5. METODOS Y RECETAS
6. LA EDAD DEL PAVO
7. LA EXPULSION DEL DESEO
8. EMILIO HA MUERTO
9. RACIONALES, SI; PERO ANIMALES
10. EDUCACION SENSUAL
11. LA COLERA EN LOS TIEMPOS DEL AMOR
12. TELEVIDADES/FELICES PUBLICIDADES
13. DEL BOXEO Y OTRAS DELICADEZAS
14. ¡BANG, BANG!, ESTAS MUERTO
15. ¡QUERIAMOS TANTO A GUTENBERG!
16. IVAN EL TERIBLE, EL PENDIENTE MALDITO Y LA HONORABLE DIRECTORA
17. JOVENES, BELLOS MENTECATOS
18. SEXO Y VOCACION
19. MOTIVADOS, PERO TONTOS
20. LA EDUCACION OSCURA
21. COMO SABER SI ESTA USTED OBJETIVAMENTE MUERTO
22. INUTIL SACRAMENTO

1

Cazador de signos

Existe una profesión que me encantaría cultivar: la de semiólogo. La semiótica es la ciencia que estudia los signos, según reza el armario de definiciones. Un semiólogo es como un poeta, pero con estudios universitarios. Yo me los imagino altos y un tanto desgarbados, de perfil similar al de Gustavo Adolfo Bécquer, hablando un francés impecable y desayunando *croissants* exquisitos.

Cuando sea mayor seré semiólogo; está decidido. Sólo me falta encontrar al funcionario benévolo de un bondadoso Ministerio que me conceda la beca. Me pasaré la vida olfateando los signos de la convivencia social, las huellas del tiempo en la piel de la sociedad, las leves pistas que suelen pasar desapercibidas al vulgo no semiotizado. ¿Cómo será mi vida cuando sea semiólogo?

Partiendo de la idea, que puede ser falsa, de que son como historiadores del presente, arqueólogos de la contemporaneidad o psicoanalistas de la muchedumbre, es fácil imaginarse un día en la vida de un semiólogo.

Se levanta tarde; lee varios diarios europeos, hojea semanarios trilingües y se retira, luego, a licuar toda esa información en su maquinita semiótica. El resultado es un líquido reconfortante y necesario: el significado. Vitamina vital y vitalizadora sin la que no se puede vivir. El semiólogo es el sacerdote del futuro.

Si yo fuera semiólogo elaboraría un régimen más higiénico, menos dependiente de la información predigerida o del academicismo empachoso. Me convertiría, por oficio, en un vital periodista auscultador de latidos profundos, de los signos cifrados y de los sonidos ocultos bajo el rumor convulso de la calle y de las voces. Tomaría trenes de dudosa categoría que no tienen destino fijo; esos vagones mediocres en los que viajan las sombras expulsadas de la metrópoli luminosa; ancianos temblorosos que rehúsan mirarse en los espejos; jóvenes vencidos por su excesiva juventud; profesores de EGB con el síndrome del malestar docente, extenuados de trimestres inacabables; niños en edad de riesgo; maleantes en busca de su turrón solitario; amas de casa agarradas a su tonel de jabón en polvo. De cada signo humano haría un dibujo mental, mientras el tren avanza en la noche y las gotas

de lluvia patinan, fugaces y desorientadas, en el cristal de la sucia ventanilla.

Me metería en los fríos institutos de enseñanzas medias a capturar los signos de amor entre el cemento; los pasajeros gestos de melancolía adolescente; el regocijo forzado; el temor de los currícula ante su propia inconsistencia. Anotaría los deslices semánticos de los catedráticos, dibujaría la gestualidad desesperada de sus manos y establecería una taxonomía poética de las agresiones claustrales entre enseñantes.

Por la noche cambiaría de belleza. Licuaría todos los signos capturados y me convertiría en un apuesto infante, indiferente, hedonista y despreocupado ante el triste destino de los bancos medianos. Me metería en todos los antros de salvación en los que dejan su estela significativa las crisálidas, los *yuppies* de triste sonrisa, los políticos de apolíneo perfil y demás gente que se llama *guapa*. Sombras radiantes que tratan de buscar desesperadamente su perdida subjetividad, una significación satisfactoria a su corta vida, un rastro de ternura.

Me retiraría al amanecer, como vampiro satisfecho, a mi torre de marfil. Sentado en mi rotonda de mármol pálido, frente al mar Mediterráneo —signo inmutable y materno—, entre el rumor de los pinos abatidos ante la tramontana, meditaría entonces sobre el ser o no ser, con mi propio cráneo entre las manos. ¡Cómo me gustaría ser ya mayor y semiólogo!

Si encuentra algo mejor...

El ámbito de lo escolar se está transformando en un emergente sector de consumo. Basta con repasar la abundante lista de ferias, congresos y demás vanidades comerciales. Fabricantes, vendedores y diseñadores ensayan la más amplia sonrisa cuando ven aproximarse al expositor a un maestro titubeante. Es la didactónica. Las novedades se suceden *vertiginosamente*. Todas las tecnologías hace tiempo que son nuevas, novísimas, supernuevas. El enseñante olfatea el peligro que emanan esos cacharros, pero su memoria subliminal le urge:

—Si encuentra algo mejor, ¡cómprolo!

Hay que reconocer que ese discurso sobre las nuevas tecnologías es irresistible, su atractivo destaca sobre el uniforme fondo de una pedagogía mediocre, envejecida y evilecida. Es una belleza por comparación, como la de una adolescente en un balneario de reumáticos. Todos esos cacharros sorprendentes nacen de la investigación bélica, se rentabilizan en el honorable negocio sin ideología de la guerra, y, ya depurados de su vocación tanatoflica, aparecen en el limpio jardín civil de las sociedades opulentas, para solaz, esparcimiento y mayor saber de niños rubios, sanos y tristes.

El resultado es un entorno gélido y fantasmal, poblado por sombras holográficas, mitos espectrales, dioses domésticos, cables ópticos y otras soledades audiovisuales. Es la aventura vicaria e inmóvil.

Las instituciones educadoras, monopolios imposibles, enferman de sensibilidad y les da el parálisis; un lado les queda inútil y el otro también. Han perdido la luz, el sonido y el color que antaño tuvieron. Es un agravio comparativo que los vasallos resisten impávidamente: pobrecitos, se aburren. Les llena de tedio esa escuela tan intensa y extensa, tantos años cómodamente estabulados frente a pesebres rebosantes de piensos didácticos, precozmente preescolarizados, preestimulados tempranamente en el vacío, motivados y protegidos de las inclemencias de la vida y de la furia de la luz exterior. Repiten el eterno gesto de mirar el libro que trae lo que dice el señor, y oír al señor que habla como el libro.

Cierto, nada más imprescindible que un auténtico maestro, ni más útil que una buena lección largamente magistral, ni

más satisfactorio que un libro justo y oportuno. Pero también lo es que esos son acontecimientos, estadísticamente hablando, bien escasos en la realidad, a pesar de someterse uno durante años a su probabilidad.

Más allá de esa retórica endógena de ecuanímenes autoridades educativas y de profesores bienintencionados, cantan en las esquinas las irresistibles sirenas, derramando el perfume de sus videoclips deslumbrantes. El resultado es inevitable: para muchos lo ficticio se solidifica en una realidad soñada; lo real (la escuela, entre otras cotidianidades) se reduce a un mal y transitorio sueño. Descorientados, los adultos, vacilamos entre la adulación y el grito. Evitamos la exigencia, el rigor y el compromiso como matriz educadora; nos limitamos, a lo sumo, a ofrecer una variada carta de entretenimientos inútiles. Entre ellos, los ingenios enchufables.

La reacción más sana es la patología, la enfermedad. Reacción primorosamente prevista: siempre habrá un orondo y satisfecho especialista dispuesto a certificar los signos del fracaso individual. La cosecha es correlativa a la injusta siembra: la invalidez intelectual permanente o pasajera de la inmensa memoria. Sociedad dual, escuela dual.

Algunos nos traen el catálogo de las nuevas tecnologías como remedio al páramo cultural. Ingenuidad, cinismo o simple despiste. Los cacharros pueden generar un neoaburrimiento electrónico o una dinámica de *self-service* despectivo, desplazando la posibilidad de encuentro, por leve que fuera, con un adulto sin parcializar, único pararrayos que le queda al aprendiz para lateralizar su angustia, su ira, su ternura o el mero bostezo indiferente. O ese paisaje sin sujetos, o la esperanza de generar una nueva paranoia creativa de la que emerja el mutante que habitará el veintiuno. A lo mejor son esos nuevos locos los que encuentren el camino perdido de otra manera de ser humanos, de otra inteligencia más volátil, pálida y flexible como un perfume inútil e imprescindible.

—Está usted algo lírico. Desvaría.

—Lo terrible es que puede usted tener toda la razón.

En cualquier caso, si eso de la didactrónica no le parece un futuro aconsejable, vale la pena limitarse al presente y gastar las generosas provisiones de fondos para los centros en otras cosas más protológicas: Tiza, folios, lápices de modestos colores o plastilina. Incluso para cambiar ese maldito cristal del servicio de profes, que lleva roto desde que el Rey visitó el pueblo. Creo que era Alfonso XIII, pero no recuerdo el año. Desde luego, antes de eso de las nuevas tecnologías...

3

Los hijos del paraíso

La escuela es como cualquiera otra. Una gris caja de cemento rodeada de una verde verja, demasiado baja para impedir el vandalismo. Tiene el sonoro nombre de un poeta castellano, en tiempos casi clandestino y sospechoso. Está en un barrio construido totalmente ganando terreno a las lechugas hortelanas de principios de los sesenta. Negocio de bucaneros de la construcción con reloj de cadenilla dorada, amigablemente conchabados con ediles de principios no demasiado fundamentales y con arquitectos de escaso talento y abundantes honorarios. Tiempos de vacas gordas, cuando todo aquello de la sociedad de consumo, la escuela de Frankfurt y los Beatles.

Entonces el hombre era portador de valores universales y, además, tenía trabajo; hasta se hacían horas extraordinarias. Con el salario, el obrero se compraba un piso, un sueño a plazos en una ciudad dormitorio. Las maquetas lo mostraban como la mitad del paraíso para la familia; la otra mitad era para el ocio: supermercados, zonas verdes, aparcamientos, escuelas y sauces llorando su decadencia sobre céspedes cuasi-británicos.

—A plazos y con una entrada mínima.

—¿Hay comunicaciones?

—Autobuses al pie de su bloque. Cada dos minutos.

—¡Menos mal!

Los obreros eran, en aquellos tiempos, señores de azul, sólidos, callados y con las manos como garfios tímidos. Como en los murales de los bancos, tenían coronas de espigas en la cabeza.

Finalmente, el esforzado obrero era propietario de un piso en plena periferia, lejos del mundanal ruido. Pasado el buen tiempo, venían las lluvias y con ellas se evaporaba el ensueño y la humedad ennegrecía el espectáculo de lo real.

La maqueta mentía con el descaro de todo lo pequeño. Donde debía estar la escuela, clamaba aún, hasta hace poco, un descampado en el que se reunían los viejos, temblorosas sombras de memoria dolorosamente campesina, al resol de una tapia con inscripciones de aspirantes a rockeros, corazones flechados y signos obscenos.

Arquitectura vertical y vergonzosa, hoy reserva para las tribus expulsadas del trabajo. Se acabó el consumo, llegó el

paro. Espacios como tumbas abiertas a la desesperanza de niños y jóvenes que ensayan la amoralidad como estilo de supervivencia. El barrio como límite, la escuela como prisión. Nos sorprende todavía que escapen de ella y que la agredan, con un vandalismo patético en su significado social.

Hoy los niños de aquellos obreros sólidos, silenciosos y fornidos, estatuas como de mármol, nos pasan su factura pendiente. Asumen a fondo la lección de odio y dolor que les damos con los hechos. Bajan a la ciudad en manada, bordeando el edificio gris de la escuela, a por su ración de aventura, con los ojos alegres de quien va al encuentro de un viejo sueño aplazado. Angeles justicieros que vienen a exigirnos, con el filo de su navaja, que el paraíso no sea sólo una maqueta. Nosotros nos limitamos a esquivarles o a pedir que las verjas sean aún más altas.

Pienso, luego aprendo

Decía el bueno de Heidegger, don Martín, algo así como que "pocos son los que han sentido suficientemente la diferencia entre un objeto aprendido y una cosa pensada".

No me negarán que la frase tiene tela, si la aplicamos malignamente a la enseñanza. Perdonen el personalismo, pero me recuerdo de niño, alumno de reverendos hermanos y diligentes padres, obsesionado en "aprender" muchas cosas. ¡Y qué pocas veces me aprisionó en el recuerdo "pensado" algo que la escuela hubiera suscitado!

—Se le nota...

—No tomaré en cuenta su ironía.

Al acabar la clase de aritmética, nos ponían "problemas". Eran hipótesis de situaciones absolutamente impensables. Del estilo siguiente: "Un tren sale de Barcelona a las 19,50 y llega a Madrid a las 1,40. Otro sale de Zaragoza a las 19,00 y llega a Barcelona a las 4,25. Sabiendo que la distancia...", etc.

La sola rememoración del enunciado ejerce de magdalena proustiana. Quiero aquí reflexionar acerca de la espantosa irrealidad de esa cábala ferroviaria. A mis once años, me veía constreñido a "aprender" cosas semejantes. O grifos incansables que llenaban piscinas de medidas determinadas. O sandeces semejantes sobre lados de triángulos obscenos, equidópteros e isófocles. Un reto apasionante, motivador y energético para el afán de pensar de un alumno más bien soñador, bajito y educadamente malicioso.

Apeado de mi propia imagen de esclavo del pupitre, obcecado en una estúpida pregunta con trampa, me niego a pensar que hubiera en ese tormento metódico mala fe alguna. Entonces, ¿cuál era el mensaje de tanta insipidez cotidiana?

Precisamente esa sutil diferencia entre aprender y pensar. Entretenidos en el esforzado ocio de aprender esas —y muchas otras— tonterías, se nos iban los días en el oficio infantil de no pensar.

—De mayor sigue usted en lo mismo.

A decir verdad, de lo que se trata —como hoy— es de aprender unas cuantas normas de conducta: llegar puntual; sentarse a trabajar en cosas que otros deciden; hacerlas sonriendo; procurar obedecer y aprender a disimular. Esa era —y es— toda la labor que, más allá de bla bla bla, se impone toda educación que se basa en la imposición de deseos

ajenos y en el desconocimiento de los propios: evitar la fundamentación del sujeto y construir el "buen ciudadano". Es decir, aquel ser desvitalizado que sólo se apasiona por lo que está escrito que debe aprender. A saber: "si un tren sale de...".

Métodos y recetas

El ámbito de la educación no parece propicio a la duda. Es, por el contrario, la certeza la base de su reflexión y una condición imprescindible en su acción práctica. Enseñar al que no sabe sólo está al alcance de quien confía en su saber firmemente, sin fisuras ni vacilaciones.

Los educadores, por su parte, han sido formados en ese espíritu de certeza. Por eso muchos muchos acaban dudando. Durante años, los futuros enseñantes no salen para nada del túnel atemporal de la escuela: parvulario-EGB-BUP-COU-Universidad. Habitan en el espacio del racionalismo escolar, en el que todas las opiniones son verdaderas, puesto que son autorreferentes, o falsas, en tanto que no son contrastables con una práctica significativa.

Probablemente sea por todo ello que el maestro necesita de la ayuda formal de un método. O, mejor, de "el" método. Por supuesto que es una aspiración legítima y, en cierto modo, presente en otras profesiones. Lo que caracteriza a esa urgencia metodológica de la enseñanza es justamente su exaltación como agarradero frente a la duda, la beatificación del método como patente de seguridad, o, peor, de "cientificidad".

Hay, además, el recurso pragmático de la receta como sucedáneo del método. La receta pedagógica consiste, generalmente, en una versión casera de un método. Al parecer, dotarse de una metodología sólo está al alcance de los teóricos, de los mandarines de la Universidad, o de los que saben inglés y copian con la esperanza de pasar por originales. El maestro de escuelita no precisa, dicen, de mucho andamio teórico. Le basta con aplicar una fórmula de cocina con terminología de método serio. La metodología sería, así, la receta representada de los sabios. La receta quedaría en aplicación mecánica de esa sabiduría ajena.

Pongamos un ejemplo, apliquemos el método científico. Alguien descubre la siguiente evidencia y la llama HIPOTESIS: los niños se comportan normalmente en ambientes normalmente estimulados. Aplicando esta primera afirmación a la investigación de los espacios escolares o preescolares usuales, viene a verificarse que los ambientes escolares son anormales. En efecto, si se agrupan 30 niñitos, acogiéndose al criterio de que sean de la misma —o parecida— edad, se les

sienta en cómodos pupitritos y se les mantiene calladitos mirando al frente y con las manitas sobre la mesa para evitar tentaciones, lo esperable es que entren en un lento y sostenido desarrollo involutivo, o que se apunten al autismo escolar como defensa, o, en última instancia, que mueran y saquen buenas notas.

Sigamos con el ejemplo. Una vez han transcurrido siete años de penosas investigaciones, nombrados docenas de doctores "cum laude" y cesados tres ministros de la cosa educativa, se anuncia la llegada del nuevo método. Los profesores bajan a la arena, venden las tarimas y con su noble madera se hacen mesitas redondas y sillitas de formica. Ahora, los niños, agrupados por su edad, se encuentran reunidos en... *subgrupos*. El maestro corre de uno a otro círculo tratando de *motivar* a los niñitos. Estos, por su parte, soportan admirablemente el trasiego de métodos, reformas y globalidades en el marco de una escuela igual en lo fundamental, aunque diversa en lo accesorio.

El método envejece; los teóricos dudan de un nuevo libro en inglés. Hay que cambiar la metodología. Mientras una nueva tribu de funcionarios se doctora en curricología, los maestros de escuelita siguen aplicando la receta con la eficaz parsimonia del trabajador de la enseñanza.

6

La edad del pavo

No sabría decir con precisión cuándo, a qué edad, ingresaba uno en la llamada "edad del pavo". Lo cierto es que alguien —un adulto—, un día cualquiera, ante una conducta cualquiera, nos decía, mirándonos con una complicidad que quería ser cariñosa y no llegaba ni a cordial:

—¡Estás en la edad del pavo!

Ante esa sorprendente declaración, uno, imberbe e impúber, azorado, frágil y súbitamente mareado, quedaba sin habla mientras notaba que le crecía un visible ardor en las mejillas, enrojeciendo violentamente los carrillos, que parecían pesar y alargarse hacia abajo. Era inevitable asociar ese sentimiento a la figura de un pavo.

Hay que decir, para la generación del pollo frito y para el improbable lector antropólogo, que los pavos eran unos animales ritualmente presentes en nuestra vida. Al filo de la Navidad aparecían unos hombres —como escapados de un "Greco"— altos, enjutos, vestidos de pana negra y algo antropomorfozados con ese bicho, que conducían rebaños —o como se diga— de pavos por las calles de Barcelona. Lo hacían con una habilidad extraña, por medio de una larga vara y haciendo chasquear la boca con unos sonidos guturales y misteriosos. Los pavos, agitados, temblequeantes y espasmódicos, obedecían con impensable sumisión; andaban erguidos, con unas rojeces gelatinosas en la cara, asustados y, uno pensaba, con el terror en los ojos por la muerte ritual que les esperaba en cualquier cocina de buena familia, generalmente a manos de una hábil asesina de aves con nostalgia de Navidades...

De modo que uno tenía que cavilar la relación posible entre ese animal, que le recordaba los avestruces del "TBO", y el hecho de haber cumplido los once o doce años.

La edad del pavo era el estadio psicogenético, versión popular, posterior a la "edad de la razón", cuyo ceremonial básico era la primera comunión. Ahora no existía ritual anterior alguno que patentizara el acceso a esa nueva edad. Por el contrario, todo adquiría un aura de secretismo, de clandestina connivencia y de comprensión empalagosa.

Uno se sentía, efectivamente, algo raro. Un día navegaba en un ballenero de la mano de un ensueño juvenil; otro regresaba a la espesa foresta de la niñez absoluta, poblada de enanitos

que habitaban en grandes zapatos; el miércoles la euforia mutaba en melancólica reflexión acerca del ser y el devenir; el jueves, presa de tristeza cósmica, uno confiaba presagios nietzshianos a un diario; el viernes odiaba al mundo y a la tarde se enamoraba rendidamente de la vecina, recuperando el sábado, a ráfagas, la fuerza del adolescente germinal, y el domingo conversaba, de nuevo, con los encantadores y existentes enanitos del bosque.

En ese pesado y agotador ciclo, a uno le cambiaban los deseos, los sentimientos, el cuerpo y buena parte del alma que nos habían esculpido desde la edad de la razón. Y uno, desnortado y feliz, asistía al secreto espectáculo de su multiplicación en niño-joven-adulto, con la inútil esperanza de que nadie viera a las crisálidas nacientes que el pecho de uno contenía. Todo cambiaba. Bueno, menos la escuela, que seguía, como de costumbre, sin enterarse de nada, contándonos las hazañas de Viriato o del otro Caudillo.

Sin embargo, un día aparecía algún adulto, generalmente una señora acicalada oliendo a horribles perfumes, que nos miraba malignamente... Entonces, uno abandonaba los tiernos enanitos, los audaces balleneros o los amores imposibles y se aprestaba a oír, suficiente y resignado, lo que iba a decir la psicóloga sin título:

—¡Estás en la edad del pavo!

Uno, vencida la rojez y la ira, deseaba más que nada en el mundo atravesar rápidamente esa edad y ser mayor. Luego se arrepentía de ese deseo forzado, ajeno, y volvía a instalarse, feliz y gozoso, en el caótico orden en el que se podía ser un esforzado explorador o un príncipe enamorado. Sin dar explicaciones a nadie, como un mayor cualquiera.

7

La expulsión del deseo

El deseo nunca habita en la escuela. Los niños lo saben y cuelgan sus deseos de la rama de los árboles, antes de entrar en su aula/jaula. Los aprendizajes que se proponen a las mentes infantiles —la mente es su único objetivo— son láminas de acero con informaciones grabadas a fuego. Están previstos, ordenados, secuenciados y se reparten el tiempo escolar en una aparente armonía del saber: "mates", lengua, geografía, religión... Las "seños" y los "profes" pasan, el ritmo milimétricamente calculado y preestablecido continúa. ¿Para qué el deseo?

Los ingeniosos pedagogos de la escuela activa, hijos y nietos de Rousseau, cayeron en la cuenta: los niños no parecen aceptar mansamente esa ceremonia del *pret a penser*. Su desfachatez llega hasta acusar de aburrimiento a la escuela. Los niños miran con hastío la empinada escalera que les lleva a ser mayores. La escuela —se ha dicho siempre— prepara para la vida. Las reformas se hacen para que la escuela prepare —esta vez sí— para la vida. Pero nadie respeta el deseo como motor, profundo y fértil, del saber y del ser. Hay que aplazar los deseos hasta llegar a tener el título pertinente. Sólo desean los adultos que conservan aún la agilidad mental para no reprimir su deseo. Aquellos adultos excéntricos que, por el genio o la patología, han preservado el manantial del deseo ante el laminado institucional.

Con encantadora inocencia, los pedagogos y otros equilibristas del saber en porciones, escogitaron el invento del siglo (pasado): *la motivación*. Cabe admitir que los locos bajitos almacenados en las aulas/jaulas no se entusiasman ante la absoluta previsión —hora a hora, día a día— de lo que les proponemos como tarea escolar. Reconocemos que se aburren, incluso que rechazan nuestra cultura universal en cómodos plazos. De lo que se trata ahora es de que excitemos su curiosidad con cautela y precaución, que resucitemos un gramo de deseo... ¡Cuando éste aparezca se ha salvado la escuela! El mecanismo es sencillo: una vez germinado el deseo —de saber, de sentirse, de crecer o de trabajar— se procede a ofrecer *nuestro* objeto para *su* deseo: el contenido, el programa. Hay que levantar el deseo, pero reconducirlo hacia el orden previsto de los saberes: matemáticas, lengua,

geografía, religión... Todos los deseos conducen al programa. Hay que saber —simplemente— lanzar el invisible anzuelo de la motivación para pescar los deseos ocultos. Luego se fríen en aceite del programa, se adornan con el perejil del libro de texto y se sirven a la temperatura que las autoridades competentes —es un decir— han reglamentado según la racionalidad de los niños que habitan en las cavernas con otros ancianos de la tribu, sin ver jamás a un niño de carne, hueso y deseos turbadores y radicales. Así proceden nuestras fábricas de ciudadanos. El producto es altamente adecuado: seres desestructurados, no deseantes, pero —eso sí— *que se saben el programa que viene de lo alto... Están homologados para desear objetos ajenos. Han sido tan convenientemente motivados que ya pueden pasar a depender de cualquier nuevo padre, Estado, partido o ideología. Su obediencia al deseo de otros está garantizada y —además— repiten con cierta fidelidad las fórmulas aprendidas.*

8

Emilio ha muerto

La pedagogía sigue hablando del y con el Emilio. Aquel mítico niño que ya no existe. Los niños contemporáneos son los mamíferos más lábiles, plásticos y abiertos a la modernidad. Son seres mutantes, como biología y como mentalidad. Cambian bajo nuestra distraída mirada, atenta a lo secundario que nos excita, a lo adjetivo envuelto en el brillo fugaz de las cosas que hay que tener. Mientras los enanos juegan a los pacíficos exterminios bajo la mesa del comedor, nuestros sentidos devoran el detalle del automóvil de nuestros sueños: una hermosa señorita modelo TSXLGRD TURBO.

Los niños de ahora no son como nosotros éramos a su edad. El tiempo actual es distinto al de ayer. Por eso, niños y niñas intuyen la artificialidad de los intermediarios que les imponemos: adultos, instituciones, propuestas y estímulos alejados del limpio horizonte de sus deseos. Se saben evaluados, controlados y agitados en nombre del amor. Pero comprenden pronto que el alejamiento social que les envuelve expresa nuestro callado temor. Los niños nos dan miedo; no sabemos cómo manejarlos. Inventamos profesiones, recursos, espacios y remedios para interponerlos frente a la infancia. En realidad, no son niños, sino lagartos extraterrestres que están observando, con tierna seriedad, nuestras arcaicas costumbres. No parecen hacer suyo este mundo de objetos exigentes y de sujetos débiles y vampirizados. Hacen como que imitan... Muchos, llevados por ese juego imitativo, acaban incorporando su personaje de niño-alumno al eje desnutrido de su ego. Unos años más de adolescencia sumisamente rebelde y se completa el ciclo de homogeneización intergeneracional: están listos para ser mayores sin reparos, ejecutivos aburridamente agresivos, mujeres agitadamente posmodernas, temerosos obreros de aspiraciones permitidas o simples ciudadanos transeúntes de espacios sin nombre. Se extingue la raza de exploradores. O, quizá, se muta en nuevas formas de exploración simulada, en diferido, mediatizada y potenciada por las tecnologías. El denominador común es el de ser espectadores. Las manos no son garras o herramientas que desbrozan el espacio, explorando las realidades y fortaleciendo el cerebro.

El caso es que son muchos los niños que han trocado el fundamental ejercicio de la interrogación, de la exploración

curiosa, por el rutinario modelo escolar del conocimiento: pregunta-respuesta. Han renunciado —qué remedio— al espacio de las manos en acción, del pensamiento constructivo, productor de cosas y motor de sentimientos. Deben aceptar la reserva, el encierro en el universo verbal, vicario y artificioso. Les sobrealimentamos, les rodeamos de la seguridad que limpia la mala conciencia de nuestro temor y les robamos el oxígeno del riesgo, de lo difícil, de lo imprevisto e inseguro. La escuela sigue proponiendo al Emilio muerto su catecismo enciclopédico, mientras en la vida florece el "videoclip", escenarios habitados por adultos significativos, vivos y plenos de luces y sombras. Aula y maestro, éste es su horizonte. Un laberinto lleno de buenas intenciones, probablemente, en el que muchos se estrellan y del que no pueden escapar ni tan sólo con alas de plastilina de colores. Otros se fatigan, pero terminan por aprender el egoísmo oculto tras las buenas intenciones.

Habría que recuperar espacios educativos menos sobre-protectores y asfixiantes por su obsesión amorosamente anuladora. Escenarios socializadores en los que desarrollar el instinto depredador, la rechazada herencia ontogenética. Lugares estimulantes en los que recuperar la dormida animalidad, en los que despertar la fascinación por lo imprevisto, donde estirar músculos y multiplicar las atrofiadas sinapsis del cerebro. Los niños de hoy se sientan a ver qué les damos, qué espectáculo hemos preparado para ellos. No son cazadores ni protagonistas. Entretenemos su ocio con juguetes que alguna máquina produjo en serie, con juegos didácticos en casa y didácticas juguetonas en la escuela. La escuela es un fósil obligatorio que insiste en explicar morosamente al niño muerto, Emilio, el catecismo y la enciclopedia; mientras, en la aldea del mundo florece el "videoclip" y los niños reales esperan el último Spielberg.

Aquel espacio que espera ser explorado, repleto de peligros y tesoros, ya no existe o no sabemos ofrecérselo a los niños más que a cambio de una butaca de cine. La quinta pared de su jaula de oro, la tele, es el único objeto-sujeto amigo de los niños. Amigo que les invita a la aventura, a viajes a lugares bien ajenos a la farsa cotidiana. Les regala el cosmos por el módico precio de la inmovilidad. Y los adultos lanzan anatemas contra el electrodoméstico que les sustituye, en nombre de la vieja moral roussoniana.

El espectador satisfecho desplaza al explorador. Nuevos estilos cognitivos, una nueva estética y, con toda probabilidad, una estimulante telemoral está consolidándose ante nuestra distraída mirada de adultos inquietos por la chica TSXCRD TURBO. Emilio murió hace siglos, y nosotros con estos pelos.

Racionales, sí; pero animales

Una vez que el cuerpo fue nacido, expulsado, comenzó a computar información de todo tipo que le llegaba a través de los veinticinco sentidos (veinte están por descubrir y taxonomizar). Vivía feliz, en su despreocupada animalidad, elástico, hermoso y hecho un lío de esfínteres autonomistas y músculos juguetones.

En ese juego de intercambios se le fue engordando un músculo específico, el cerebro. El cuerpo seguía su hermosa carrera hacia el infinito. La palabra vino en su ayuda. Una de las ventajas de la palabra es que el cuerpo puede pedir el salero sin levantarse de la mesa.

—Pásame el salero... Gracias.

La locomoción, la caza, la captura del alimento y otras dignas actividades animalescas le fueron secuestradas al cuerpo.

Un día, no se sabe con precisión la fecha, lo que no preocupa más que a los historiadores cronomaníacos, el cuerpo decidió inventar herramientas que extendieran el poder de sus sentidos. Y aparecieron otros cuerpos: los sacerdotes, los militares y, éstos posteriormente, el cuerpo de inspectores de hacienda y otras policías simbólicas y/o contundentes.

El cerebro y el cuerpo se enemistaron gracias a la división del trabajo. Entre acusaciones mutuas de crueldad (mental y física, respectivamente) se divorciaron. Desde entonces mantienen una relación inestable, distante y todo lo ambigua que resulta de un antiguo amor apasionado, vital e indiferenciado.

Unos treparon por las luminosas cimas del pensamiento, otros bajaron al fondo de las húmedas minas. Intelectuales y mineros, símbolos limpios-sucios del divorcio social de cerebro-cuerpo.

En unas décadas, algo más de un siglo, el afán de inventar explotó prodigiosamente. Los cerebros inventaron toda clase de maravillas, mientras los cuerpos lavaban el automóvil-invento escuchando en la radio (invento) el partido de fútbol (invento).

La escuela inventó el pupitre, isomorfismo perfecto del banco de la fábrica. Encadenó el cuerpo a la madera disciplinaria y geométrica del pupitre dentro de espacios repletos

de niños sobreprotegidos. Y el cerebro sin cuerpo se limitaba a memorizar lo que otro cerebro —descorporizado— recitaba desde otro alto pupitre señorial. La logomotricidad era el único juego posible. Hasta que... felizmente llegó la princesa Psicomotricidad, rescatando el cuerpo encadenado, justo cuando la industria, las energías y la robótica destruían el valor de cambio del cuerpo y su fuerza física. La princesa ofreció encantadores juegos de invernadero, danzas, saltitos y otras blandas orientaciones espaciales, como tardía compensación al secuestro del cuerpo de aquel espléndido animal cazador que fuimos, bestias motrices que ejercíamos el intelecto en el bosque de una vida dasafiante y peligrosa que nos exigía hallar la comida, inventar el fuego y desear otros cuerpos igualmente inteligentes. Racionales, pero también animales...

Educación sensual

Los antiguos jóvenes del ayer recordarán, sin duda, esta inocente pregunta: ¿Estudias o trabajas? Era el signo oral del abordaje que chico hacía a chica. Sonaban los compases inaugurales de Los Platters —onliiiiiiiiijou—, la tarde cumplía su rito cómplice de oscuridad y el ponche-placebo aguado cumplía su misión de atontar el gigantesco super-ego... Chico cruzaba con velocidad controlada el comedor familiar convertido en pista de baile, santacena y foto de la abuela presidiendo, con decisión indiferente, trazando la línea más corta entre su deseo y el otro punto: la chica aquella de la melenita a lo Marina Vlady, sonrisa de monja ye-yé y cuerpo desconocido sin el uniforme azul pata de gallo...

¿Estudias o trabajas? Inocente cuestión, sacacorchos convencional que desatascaba el temblor de la garganta y daba firmeza a la garra derecha del halcón, ceñida a la cintura huidiza de la chica, con un gesto dolorosamente imitado de Jean-Paul Belmondo, en una precisa geometría de repelencia/atracción de imanes desconcertados, maquillados de sonrisa de suficiencia cansada que uno creía era el colmo de la seducción irresistible.

¿Estudias o trabajas?, pregunta fetiche que sondeaba, mucho más allá del contenido explícito de la respuesta, las insondables reacciones de chica, tan mórbidamente próxima, con su geografía facial expresando ciento cuarenta y tres gamas de estado de ánimo, desde la repulsión hasta la añorada sonrisa óptica de Romy Schneider-chica bailando un vals mareante con Delon-chico.

¿Estudias o trabajas?, interrogación tiernamente reiterada con renovada virginidad, como si se hiciera por primera vez en el mundo; respuesta falsamente formulada con desmayo sólo aparente... Una como volatilización de las palabras las envolvía en el algodón lejano de un bocadillo de cómic; las palabras, tras el disparo inaugural del estudias/trabajas, hervían sobre las cabezas, tan próximas y distantes, de chico-chica; formaban una nube semiótica que flotaba a la altura de la Santa Cena que seguía inmutable el rito de transición desde sus tres dimensiones hieráticas. Bajo ese techo de susurros esculpido sin apenas sentido, chico-chica recibían/descargaban corrientes trifásicas, kilovatios de ocultas energías, hormigueos, sofocos, humedades, espasmos y otras

turgencias hermosamente inconfesables. Sin perder ni un ápice de la expresión de lord inglés y de hada madrina, chico-chica danzaban una melodía invisible, pero perceptible como sensación dominante, de ejercicios cóncavo-convexos, de acrobacias de extremidades, de malabarismos de manos sumisamente sudadas, de prestidigitaciones de pies que trazaban ángulos más bien poco rectos, esquinas escabrosas de roces, encuentros, acomodados y topetazos que alteraban la desenvoltura fredasteriana —chico— gingerkelliana —chica.

¿Estudias o trabajas?, conjuro mágico que alzaba el telón de una educación sensual —aún no sexual—, que proporcionaba una rica, sedosa, aromática y oscuramente presentida memoria de lecciones futuras. Sin prisas, ni libros de texto, ni láminas, ni fantasmas de adultos excitados por su misión educativa. A la pálida luz de un comedor pequeño burgués, mareados por una gaseosa de colores en la que flotaba un amarillento trozo de melocotón en almíbar, como un amigo naufrago, viejo conocido de otros domingos similares.

Esa era la educación sensual de los años cincuenta/proto sesenta, método de la magdalena proustiana, fracción jóvenes vírginales y soñadores. Por cierto, jamás llegué a enterarme si estudiaban y/o trabajaban.

La cólera en los tiempos del amor

La Navidad, el fin de año, la vacación y el ocio son liturgias cada año más agotadoras. Poseído por la fiebre colectiva del consumo, de la alegría a plazo fijo y de la comilona desbordada, uno trata de pasar con premura por este año aterciopelado y cortante.

En un bosque de abetos emplumados y luminosos, los televisores repiten su villancico de amor mundial. Los bustos parlantes, amigos queridos como un pariente suficientemente lejano, sonrían con el calor añadido de este superamor navideño. Apenas modifican su cordial "rictus" cuando nos detallan el estado de la cólera humana: aeropuertos ensangrentados, borrosas fotografías de desaparecidos, desolación fotogénica, cabezas descerebradas por profesionales de cualquier libertad evanescente, minuciosas autorías disputadas, cadáveres bellamente retratados, hermosas ciudades arrasadas por limpias armas posmodernas. Un desfile encantador de miseria, hambre y llanto entre anuncios de bellas, bestias y salvajes tecnologías que nos brindan la felicidad.

Finalizado el espectáculo, el busto parlante recupera su perfil bueno y con la leve pausa de un respiro fija su poderosa mirada en nuestra pupila y borrándonos el estupor nos anuncia con contenida modestia que vamos a asistir a los 47 goles de la liga escandinava. Asistimos a 12 minutos de un perfecto ballet de dioses nórdicos tras balones huidizos.

El eterno villancico nos devuelve al tiempo del amor, de los camellos y del turrón. Y así, día tras día, atrapados en el laberinto de una realidad inmisericorde y teñida de sangre, reclamados por la canción seductora de las blancas fiestas de Navidad. Náufragos zarandeados por la cólera y el amor, perdidos en una sucesión de noches mágicas, buenas y viejas, que nos sirven para inventarles a los otros la melancólica imagen del niño que ya jamás seremos.

Por la "tele" nos enteramos de que la Navidad ya había llegado a El Corte Inglés, por ella sabremos también que acabó el tiempo del amor-regalo y que entramos en la alegría cuesta del regalo-rebaja. La mitad del país se apresura a gastarse el doble de lo que tiene; la otra mitad que no tiene, espera, junto al brasero, que Europa, el milagro del 86, les suba las pensiones, que el ministro de la cosa siga durmiendo

bien y que se creen aquellos famosos 8.000 puestos de trabajo (¿o eran ocho millones?).

Por lo demás, todo bien. La vida vuelve a su cauce y de nuevo amanecen los buscadores de cartones, y en los semáforos se arraciman los neomendigos de la abundancia abriendo las manos con una sonrisa casi tan bondadosa como la del señor de la "tele".

Centenares de frágiles abetos agonizan caídos en los "containers" o firmes en la esquina con algún cabello plateado aún prendido en sus secas ramas. Ya no es Navidad, afortunadamente.

Televidades/felices publicidades

La nieve cae mansamente manchando el asfalto. Los cristales empañados apenas ocultan confortables escenas familiares. Un rumor de villancicos estereofónicos flota amortiguado por las moquetas. Fres Astaire y Ginger Rogers bailan fantasmalmente en el tejado de la esquina. Somnolientos sacerdotes de cabellos blancos se apresuran en acabar la misa de medianoche, negándose una vez más a la duda metódica.

Miles de abetos maquillados y disfrazados lloran su última resina bajo la araña de cristal. Millones de familias que comen unidas inician la ceremonia de la indigestión. Mientras el televisor anuncia por milésima vez turroneos y champanes, el padre reparte majestuosamente porciones y dosis de las marcas anunciadas. Con el rabillo del ojo todos tratan de parecerse al alegre *spot* que preside la cena. El televisor se transmuta en un espejo que imita la imitación; desde su púlpito preeminente derrama sus fulgurantes mensajes, abriendo el cuerpo de la abundancia sobre las cabezas anhelantes de ciudadanos y ciudadanas, de niños y niñas.

A través de una esmerada confabulación místico-comercial los mercaderes de la Navidad hacen su agosto entre diciembre y enero. Casi todos se aman los unos a los otros, y los que no aman en estas fechas no merecen mayor crédito. O son agnósticos o pobres de solemnidad. Parados, drogadictos, hombres de poca fe, subnormales, presidiarios, tercermundistas domésticos, jubilados y enfermos desahuciados dudan de la existencia de la realidad y atienden, ante el televisor, que en una noche así suceda algo indefinido.

Hombres de buena voluntad, de bondadosos rostros sonrosados, ocultan, con delicado gesto, el nuevo catálogo de armas electrónicas y el *dossier* de las cuentas bancarias cifradas bajo el musgo reseco del belén hogareño. Una espesa voluta de humo, Davidoff 5, queda prendida en el lánguido camello del rey negro, visiblemente desconcertado.

En el suelo, sobre alfombras persas tamaño pista de tenis, niños de postal juguetean con la encarnación real de su sueño. Los restos de su imaginación compensan el notable encogimiento del automóvil, la precariedad de los plásticos frágilmente enderezados o la rigidez cadavérica de la última moda de muñeca. La distancia en el anuncio y la cosa

auténtica sólo es superada por la magnitud del precio. Pero ni siquiera el chófer, que come su turrón tras una cortina de terciopelo, parece darle la menor importancia al encantador engaño. Por otra parte, los niños prefieren seguir jugando a papás y mamás bajo la enfaldada mesa.

En realidad ellos no eligieron los juguetes. Son los juguetes los que eligen a los niños. Los acechan atentamente, saltan de la pantalla y les dan una contundente patada subliminal. Los torpedean con una música fascinante, les agitan las tiernas meninges con imágenes rapidísimas, los elevan hasta las altas nubes del placer irresistible y, de sopetón, los dejan caer de culo en medio del desierto de su habitación, repleta de juguetes estridentemente viejos, feos y sin pilas.

Así se fabrican los diligentes consumidores del mañana. Conejitos de indias ideales, soñadores imaginativos y devoradores crédulos de metáforas publicitarias. Un solo *sport* de diez segundos basta para encadenar su deseo, para marcar en su lomo con hierro candente la marca y modelo de su más secreta aspiración. La asepsia está garantizada y el niño seguirá siendo tan encantador como siempre: su deseo ya es nombrable como mercancía.

La carta de ajuste ilumina la mesa. Los estómagos inician su legítima protesta. La abuela da de beber la postreza taza de tila a su insomnio de mujer sola. Los platos se amontonan en la cocina, rebosando muslos de pavo deprimidos, espárragos y girones de pastel de chocolate. Enormes cajas que envolvieron minúsculos juguetes naufragan junto al cubo de la basura.

Afuera la nieve comienza a fundirse en un barro blancuzco. Sobre las aceras miles de reyes magos patean su frío enérgicamente. Del próximo año no pasa. Pedirán participación en beneficios a fabricantes y publicitarios. Y en el convenio del 85 va a ir, faltaría más, una sustanciosa prima por nocturnidad y alevosía. Fred y Ginger hace horas que se fueron a dormir.

Del boxeo y otras delicadezas

La violencia nos invade. La ira se viste de "chandal" y acuna con su convulsa nana a los niños imberbes. Un niño con guantes liándose a tortas en un "ring" con un coleguilla huesudo e incierto. El humo de los puros dibuja una catedral de volutas domingueras, es una velada matinal que cuenta con el "nihil obstat" de cualquier federación legitimada y franqueada debidamente.

¿Podemos soportar el crudo espectáculo? Los niños deben estar haciendo la EGB, viendo la dulce televisión y añorando un futuro de arquitecto, los unos, y de albañil, los otros. Como debe ser.

Pero los niños son imprevisibles, desconcertantes y escurridizos. Rafael, alias "Hernando III", quiere ser fontanero. Nos ha fastidiado el niño prodigio. Todo ese tinglado de mermolina y oro para confesar un anémico sueño barriobajero. El niño quiere ser fontanero. Le tira la plomiza y húmeda vocación de fontanero. Así no haremos nada, con el futuro que tiene en el "ring".

El coro de hienas de platea frunce el ceño y succiona un puro lejanamente habanero. ¡Dale al hígado, al hígado, que va tocado!

—Y usted, ¿por qué grita así?

—Mayormente, por las mil "pelas" de la entrada. ¿Se entera?

—Excúseme, caballero. Síga, síga usted.

—¡Pártele la boca, niño!

Hay una primera violencia, fulgurante y espectacular. El boxeo es una agresión en pantalón corto y bajo los focos del quirófano encordado. Pero hay otras violencias blandas, enmoquetadas y silenciosas. Freud hablaba de la que puede presidir una comida en una familia burguesa con todos los signos externos de la normalidad. Es otra dureza, sin la esgrima sudorosa y la sangre controlada del boxeo; es la agresión blanca y fantasmal de la vida cotidiana.

Está, también, la violencia infantil estimulada por los modelos del macho deportista, del agresivo competidor que caza sus trofeos con sonrisa de triunfador. Más allá, tras el pupitre remodelado, germina la agresividad entre los sexos, enfrentamiento guadianizado pero a flor de piel. Se esconde, también, la dureza aprendida en el examen competitivo, en la carrera de obstáculos que hay que saltar cada día. Anida

como víbora juguetona en la caricia excesiva del compañero mayor. Se escuda blandamente tras las batas blancas de los distribuidores de normalidad, en forma de test impúdicamente curioso. Se acumula marcialmente bajo las banderas que excitan la agresión al diferente, que hacen enemigo al otro, sea quien sea éste. Crece como hiedra del deseo en la constante inducción a un consumo imposible. Emerge alta y dura la violencia habitual de los adultos que atacan al niño, ser temible y ajeno.

Esas y tantas otras son violencia de guante blanco. Federadas y arropadas por los gremios honorables que percuten el alma desconcertada de la infancia pacífica. Dureza homologada por instituciones por encima de toda sospecha. Hermosos ritos. Normalidad. Rafaelito quiere ser fontanero. Un fracaso.

—¡Pégale en la cabeza, niño!

—¡Dale duro, que ya cae!

—Oiga, ¿no cree usted que esto es demasiado?

—¿Es a mí?

¡Bang, bang! Estás muerto

Hoy se muere en asépticos recintos, espacios inoxidable, blancos templos que ofician el ritual laico de la estación terminal. La tecnología médica ha sustituido la presencia de la familia. La vigilancia intensiva acecha los estertores bajo una cúpula de soledad. La vida pende de un hilo que acaba en un enchufe. El corazón bombea sus últimos espasmos en la pantalla de un televisor. El cerebro graba sus mudos grafismos en un papel pautado. El sonido de la muerte es el silencio expresivo de los cacharros electrónicos.

El cadáver es, súbitamente, un objeto embarazoso. El lecho caliente, una plaza ya libre que aguarda al próximo agonizante, ansioso por ser conectado, entubado y auscultado electrónicamente. La inmortalidad es aún un mito, pero podemos asistir ya al espectáculo de nuestra propia muerte en vivo y en directo.

Por la noche aúllan las ambulancias y ruedan sigilosamente los negros coches fúnebres. Existen espacios tanatológicos disfrazados de jardines, auténticos hipermercados de la posteridad que no ofenden a los vivientes. La muerte no existe, es sólo un acontecimiento aprisionado entre paréntesis en medio de la vida.

Sin embargo, jamás la muerte estuvo tan presente como espectáculo diariamente repetido. La violencia, la matanza, la sangre y el primer plano del despojo humano se adoman con alegre y machacona insistencia a la pantalla de la televisión, ventana umbilical que nos muestra de qué color es la vida. Los adultos encajamos el espectáculo con la precaria ayuda de nuestras reservas de significado. Todavía somos capaces de intuir lo que sucede tras la falsa y teatral objetividad de las imágenes. Pero ¿y los niños?

Ellos no. Sentados en la soledad de su habitación, o junto a adultos incapaces de verbalizar sus emociones, asisten a la espectacular repetición de la muerte. La televisión es una propuesta que divierte con la graciosa violencia de los dibujos animados, instruye por medio del documental sobre la atractiva catástrofe, informa con su ración cotidiana de sangres heroicas. La muerte es espectáculo, modernidad trepidante: pura noticia.

Los niños miran la muerte con pupila inmaculada, la ven, pero no creen en ella. Carecen de un contexto de referencias

culturales, de un caldo antropológico en el que asumirla con significatividad.

Tienen, por fortuna, recursos que los mayores abandonamos. Para sublimar sus fantasmas, pulsiones e interrogantes sin respuesta, acuden a la actividad que aún les queda libre: el juego. Juegan a morir, a matar, a disparar y a retorcerse en sobrecogedoras agonías. Tratan de digerir, con ese ritual, el empacho de muerte y el silencio de los adultos. Sólo Vittorio Gassman muere tan bien en el escenario como lo hace en la calle cualquier niño: teatralmente, con el cuerpo y el gesto tratando de apropiarse de un papel que oculta un concepto, un acontecimiento usual, pero privado de significatividad, de sentido, porque fingimos que la muerte no existe en la realidad.

Es probable que condenemos a los niños a seguir jugando a exorcizar la violencia. Porque el juego seguirá socialmente si no encuentran ese entorno cultural facilitador de racionalidad al espectáculo continuo de la muerte-ficción. No les faltarán ideologías, retóricas fascinantes, fanatismos variados y ocasiones marciales para jugar a matar y a morir, encantados de la vida. Es un juego funcional, imprescindible para una sociedad que rechaza a Eros y opta por la guerra como laboriosidad hegemónica. Este paradigma bélico precisa devorar soldaditos que amen aparecer en el espectáculo del telediarario de la noche. Sonríen y saludan con la mano poco antes de descubrir, con inútil espanto, que el juego —bang, bang, bang— en realidad acaba en una imprevista y real muerte; la suya.

¡Queríamos tanto a Gutenberg!

La séptima generación acecha. Los mercaderes de la modernidad tratan de vendernos un futuro de ordenadores. Aviso: el que no domine la lengua, el habla vulgar y noble, ha perdido. No caiga en el cuento multinacional y espeso del lenguaje común de la informática. No haga caso a los interesados cantos de sirena; ponga un ordenador en su mesa; acaricie a su computador con guante de terciopelo; todo el saber del mundo en un diskette menor que un huevo frito; no sea usted antiguo y conéctese con el mundo... Toda una sarta de burdas mentiras muy bien explicadas. Comprendemos al modesto vendedor de metáforas bimilenarias...

Ahí va mi aviso desinteresado y gratuito: enseñen a sus hijos (y alumnos, por extensión) a leer, escribir y a hablar bien. El futuro será para quienes no renuncien al lenguaje. Déjense de vacuidades electrónicas y de electrodomésticos milagrosos. Desenchufen a esa peligrosa rama de inferiorizadores audiovisuales y échense al aventuroso, infinito y virginal bosque de las palabras.

Hagan ustedes una trémula hoguera con los fascículos de programador, apaguen la luz y sumérjense en la vorágine fascinante de la narración. Cuéntense cosas. Gesticulen al filo de un relato. Estremézcanse con la palabra del otro. No es menester de saberes sofisticados. Sólo usar la lengua, la suya. Asímbrense de la versatilidad de ese húmedo apéndice que —todavía— tienen en la boca. ¿Recuerdan? Hablen...

Hablen con sus hijos, con la vecina de enfrente, con el del kiosco o con el trémulo ciego de la ONCE. No desesperen de entrada. Ensayen ante el mercurio imitador del armario de luna; amaguen la tímida verbalización de sus propios sentimientos. Háganlo, por favor, antes de que ya sea tarde. Hablen su palabra, no la ajena. Apresúrense.

Los niños y los jóvenes primero. Ellos, pobres marginados, condenados a la soledad de compañías deslenguadas, a las químicas sustitutorias, a la silenciosa mansedumbre de los explotados, son la más fácil presa de esa afonía cultural, del agrafismo que corta el hilo de seda que une cerebro y mano, idea y voz.

Compren libros y más libros. Pídanlos prestados. Asalten las bibliotecas públicas y privadas. Roben libros. Corran a sus madrigueras y lean hasta caer felizmente rendidos, la cabeza

reposando junto al libro impúdicamente abierto, gozosamente poseído. Lean en voz alta, con alguien sediento de aventuras. Lean, hablen, tóquense expresivamente, rebélense contra el drama cotidiano de la incomunicación estereofónica, de las muchedumbres sonoramente solitarias.

Les aviso. Aún es tiempo. Bajitos filisteos japoneses han ultimado ya la máquina inteligentísima que no sólo habla por los codos, como usted hacía no ha mucho, sino que además paga impuestos, solloza y hasta canta villancicos en un inglés, eso sí, bastante primario. Los yanquis hace ya tres años que las inventaron, mas no las comercializan por temor a que el astuto soviético las copie. El Vaticano aún no se ha pronunciado sobre este mundano asunto. Y, para colmo, ya somos europeos...

Acepten mi humilde consejo: no hagan más "footing", gimnasia o danza contorsionante, ni traten de adelgazar. Esa es la pérfida táctica: alabar su olvidado cuerpo para asaltar por sorpresa a su cerebro desprevenido. Olviden sus carnes y conserven el lenguaje.

No digan que les avisé. Si una mañana de éstas usted se levanta para sus tres horas de "aerobic" y, al ir a cantar en la ducha, sólo es capaz de emitir unos sonidos guturales (así: NHUG-NHUG-GRFN), enfréntese con la realidad: es el hundimiento definitivo del lenguaje. Un estúpido naufragio que usted pudo haber evitado simplemente hablando, leyendo, asumiéndose como ser pensante autónomo, gozando como un loco con el barato placer de la límpida comunicación. Ahora AGH... es tarde, no diNHUG que no les GRFN-NHUG-NHUG...

Iván el terrible, el pendiente maldito y la honorable directora

Ya lo habrán leído. Iván es un chico que le pide a sus padres un regalo navideño: quiere un pendiente para colgar de su aburrida oreja de alumno modelo, sin suspensos. Los papás regalan el pendiente. Iván se lo pone y empieza el drama. La señora directora prohíbe el pendiente maldito; asegura que el Consejo Escolar reglamenta esa interdicción. Iván el terrible, que él no se quita el adorno; la honorable, que ella lo pone en la calle. Nervios y debate. La señora se aviene a facilitar las cosas salomónicamente: tú te quitas el arito de marras, yo te lo guardo como depositaria y te lo entrego a la salida; pasado el santo umbral de la casa del saber y la cultura, tú te pones lo que quieras en tu orejita. No hay pacto.

Los padres, que a esas alturas ya tenían náuseas, toman la decisión de cambiar de escuela al nene, y lo matriculan en otra en la que los pendientes no están demasiado mal vistos. Ese mismo día la prensa refiere otro caso de martirio. Otro mozalbete es expulsado de su escuela: ha sido pillado *in fraganti* con una revista (INTERVIU, Ediciones Zeta, circulación legal) en la que aparece Sabrina —ya saben, no disimulen— mostrando, a todo color, sin velos ni elipsis televisuales, sus generosas, digamos, *glándulas mamarias*. El infante, a la calle, y la publicación, a la papelera.

Hasta ahí los hechos. Ahora viene lo peor: los comentarios. Es éste, amigos, un país surrealista, humillante y esperpénticamente divertido. De modo que tras años de ensayo general de tolerancia, una vez alcanzada la europeidad y siendo casi modernos, todavía recurrimos al palo moral, la expulsión y el gesto digno. Un enano, imitador de los códigos adultos, se pone un arito en el lóbulo; otro admira a la mamífera de moda, que adora toda la tribu en pleno rito de las doce campanadas... Intolerable: los querubines del bien y del mal los expulsan del paraíso. La escuela es, por definición, normal, para normales normalmente constituidos. Aquello que no encaja, se expulsa. Lo que los anglosajones resumen con la expresión: "el diferente es delincuente". Pues que bien...

Lo que no acierto a explicarme es por qué ese fundamentalismo moralista y preventivo no aparece más que ante pendientes, protuberancias corporales y demás externalidades. Nadie clama al cielo cuando la lepra va por dentro, la

pornografía es institucional o el individuo parece calladamente. La máxima preocupación es la de mantener el orden externo, la imagen, la limpieza de fuera. Pero la mierda, bajo la alfombra; sonrían, que los trapos sucios se lavan con profesional encubrimiento. Centenares de alumnos enferman a causa de la aburrida normalidad de lo escolar; miles de fracasados escolares copian cien veces el artículo 27 punto dos de la Constitución Española (véase); alegres jóvenes caminan hacia el paro eterno con la cartera repleta de inútiles libros de texto; ex alumnos de nacimiento afilan las navajas o viajan en sucios trenes hipodérmicos... Silencio y disimulo.

Toda esa basura no existe en el reino de la normalidad. Este es el mejor de los países posibles; y, en consecuencia, tiene la escuela que se merece. Gris, normal, sin tetas ni pendientes.

(Esto ha salido un poco duro. Pero ustedes me perdonarán: yo también fui expulsado por soñar con mi simbólico pendiente.)

Jóvenes, bellos, mentecatos

Nunca lo joven estuvo tan de moda. Lo joven es la moda, y viceversa. Modelos juncales como jirafas se descoyuntan en poses imposibles. Guapos y bellas nos invitan a una gimnasia vital construida con gestos, monosílabos, exclamaciones y otras languideces musculares.

Hay que permanecer joven. Agilidades remotas, cuerpos de mármol clásico, sonrisas de melocotón de viña y epidermis como desiertos al atardecer... Una auténtica conjura internacional expulsa la dignidad de lo viejo, el honor de la artrosis duramente conquistada o la atesorada belleza de un rostro esculpido de arrugas. En lugar de la sabiduría destilada del anciano, miel de experiencia espesa, aparece la idiotez agresiva, monocorde y plana de lo joven. Auténticos y literales mentecatos: el cerebro capturado por un modelo impuesto, ajeno y alienante.

Pero no basta con no tener memoria, con la amnesia ignorante de lo nuevo por lo nuevo. Es necesario, además, que esa imprescindible cortedad del tiempo venga acompañada del envoltorio adecuado: la imagen.

Nunca lo joven estuvo tan arrinconado. Jamás la adolescencia fue tanto tiempo condenada a imitarse a sí misma. Juventud, dicen, es fuerza, estatus, poder y gloria efímeros... Fausto corre a comprar su ración de inmortalidad al supermercado, al gimnasio o a la farmacia. O se lanza al vacío desafiando a la muerte como testigo único de que el tiempo pasa realmente.

Hoy el tiempo es sólo una mercancía. Se compra tiempo y se pega a la piel, como un atributo más. La edad es cuestión de diseño, de gesto o de elixir precocinado. Los años dependen del modo en que uno viste o del lugar que ocupa en el espacio. El tiempo se compra, se detiene o se acelera en función del humor o de la moda. Dime cómo eres y te diré qué tiempo tienes... Ese furor fáustico por la eterna lozanía es una agitación consecuente a las prisiones escolares. Veamos.

¿Qué hay tras ese afán juvenil? El cuerpo y su vieja sabiduría biológica. Una vez el ciudadano es depositado a la puerta de la escuela, se descubre a sí mismo. Se repiensa y, con aturdimiento, se palpa el cuerpo ignorado. Hasta el momento el cuerpo era un soporte de la cabeza, recipiente esencial, acumulador de cultura y de valores. El cuerpo

resiste —si lo consigue y no enferma— la labor de aprender. Incluso aguanta la parodia de la psicomotricidad a horas o la bufonada de la "educación física" en pantalón corto. Luego, fuera ya del cuartel cognitivo, se venga de esa inmadurez permanente, de la esquizofrenia obligada. Será la rebelión de una fisiología inconsciente, y por eso maleducada y grosera. Le dijeron que lo único excelso está en el espíritu; en aquello que el tiempo falso de la escuela ha tratado —por lo general estérilmente— de acelerar: la inteligencia.

De ese modo la escuela obliga, paradójicamente, a la niñez permanente, a una infancia cándida, obligatoria y gratuita. La adolescencia será sólo una niñez de segunda etapa, una reválida general.

Los cuerpos, neurobiológicamente, han perdido el tiempo y los estímulos que abren paraísos terrenales limpios, posibles y naturales.

Claro, al salir de la invernada institucional, viene el ansia por ser lo que no fuimos. Ansia que perdura hasta que llegue la parca con su postrer examen, ese que todos aprobaremos.

De ahí la fuerza persuasora de "lo joven", del hedonismo vital, de la gestualidad musical y de otras reverencias gestuales: nos venden retazos de la adolescencia perdida... Es la clamorosa venganza biológica por un tiempo irreal que sólo ejercitó —y aún mal— el músculo gris del cerebro.

Sexo y vocación

¿Qué quieres ser cuando seas mayor? Maldición, ya llegó. Siempre había un adulto casposo o una adulta restauradísima que te atacaba con semejante cretinez, sin dejar de sonreír. Durante unos largos instantes el interés de la concurrencia quedaba congelado, esperando la respuesta del angelito. Lo obligado era, para los varones, contestar con inocente energía:

—¡Maquinista de tren!

—¡Oh, qué inteligente es el chiquitín...!

Los niños, además, podíamos elegir otras profesiones uniformadas, viriles y sudorosas.

—Bombero. Futbolista. Soldado...

—¡Uy! Qué valiente...

Luego te daban un pellizco en la mejilla, una agresión de juzgado de guardia. Pero había que mantener la sonrisa angelical, y soportar el consiguiente besuqueo repulsivo y sofocante. Por último, agradecías un insípido caramelo con rancio sabor a bolsillo de tía soltera. Luego miraban para otro lado y seguían hablando de sus cosas. Con su olvido recuperabas, no sin cierto temor, la libertad amenazada. De modo que podías volver al escondite a jugar a las excitantes cosas prohibidas con tu primita de visita. Bajo la cama, ancha y polvorienta, si era invierno; a la sombra olorosa e inquietante de la higuera si era verano. Los cerezos eran para niños ricos.

Las niñas, primitas incluidas, tenían un repertorio más limitado, más fácil, por lo tanto, de memorizar. Es cierto que no les preguntaban lo mismo, sino una variante de este estilo:

—¿Y tú, guapa, qué querrás ser cuando seas como mamá?

La interpelada, que aunque menor no era aún cretina, entendía la orden que habitaba bajo esa pregunta-vaticinio; componía el cuerpo vibrátil aún por la emoción del juego oculto, bajaba los ojos, se alisaba la falda arrugada y entrelazaba las manos tras los glúteos. Voz trémula: Enfermera.

—¡Oh, qué graciosa es la nena...!

Si el cacareo de gozo alcanzaba proporciones escasas, bastaba con que la angelita añadiera, presa de inspiración repentina:

—O santa, virgen y mártir... como María Goretti.

Era el no va más. Arreboles, éxtasis, grititos y sollozos, además de abundantes pastas de té. Y el olvido de nuevo.

Luego, vuelta a las risas cómplices al amparo de la higuera o bajo el blando techo de un somier alambrado. Ellas, las primitas, vírgenes vocacionales, recuperaban su verdadero afán de maquinistas de tren y su voluntad de soldado desconocido. Uno, tembloroso y agitado por mil emociones incontroladas, descubría —además de los otros sabrosos secretos— una loca pasión por ser enfermero, y una hermosa vocación dormida de virgen y mártir. Aprendía, en suma, la esencial igualdad de los sexos, su hermosa complementariedad y la fragilidad de las vocaciones.

Motivados, pero tontos

Se ha hablado demasiado del fracaso escolar. Ya está bien de interpretaciones pesimistas. No hay fracaso escolar, sólo tontos y listos. Como siempre los habrá. No podemos ser europeos si no producimos menos leche, arrasamos hectáreas de olivos, tiramos excedentes de vino y nos hacemos un poco menos tontos.

La pedagogía, que es una perversión interdisciplinaria, tiene remedios para casi todo. ¿Puede ayudarnos en ese proceso de desentontecimiento nacional? Por supuesto.

Lo contrario del fracaso es... el éxito. ¿Qué hacer para lograr el éxito? Nada más sencillo: desear intensamente los objetivos que nos proponen otros. A esa artimaña la llaman "motivación". Dice el sesudo profesor Thomson que motivación es "el arte de estimular el interés de los alumnos por aquello en que aún no están interesados". Nótese que ese arte se basa en la delicada presunción de imbecilidad latente que designa el *aún...*

Generaciones de excelentes profesores de la línea *light* han quemado su juventud e ilusiones, además de sus pestañas, en inventar artilugios mecánicos, ortopedias sentimentales y torturas estimulantes, de modo que los alumnos desinteresados accedieran a amar lo que hay que amar.

Por su parte, la escuela *dura* no ha perdido su preciso tiempo en tales minucias. Parte de un principio fundamental: esto es lo que hay, y punto. Nada de artes motivatorias y otras zarandajas. La escuela es un cuartel y el que manda lo sabe tanto como el que obedece. De esta concepción sutil de la educación, que equipara el aprendizaje intelectual al paso de la oca, no se puede decir que fracasa, únicamente que elimina a los desobedientes echándolos por la borda institucional.

La línea *light*, por su parte, se ve prisionera de su misma ambigüedad. ¿Qué hacer con el creciente rebaño de abúlicos que mi aun motivados, estimulados, apoyados y sostenidos desean lo que tienen que desear?

No crean que esto es una frivolidad más de este servidor de ustedes. Media Europa anda revisando sus escasos principios educativos, atemorizada por la creciente *neoingnorancia* que resulta de cada vez más años de escolaridad. Los nuevos analfabetos, jóvenes semifelices y bienalimentados, no sólo no han "aprendido a aprender", sino que, por añadidura

ra, también han conseguido olvidar sus orígenes culturales, no leen, no saben escribir apenas y le dan a usted un guantazo como trate de motivarlos.

La educación oscura

Excelente memoria. Le basta con una mínima magdalena para excitar su glándula de Proust. Por ejemplo, ahora que hay tanto cura demócrata, le viene a la memoria la esmeradísima lobotomía a la que fue sometido en tan reverendas manos.

Durante años, siglos subjetivamente hablando, fui el alpiste de una bandada de pequeños curas de marcas y devociones muy diversas, siempre en fondo negro y con música gregoriana. Ellos trataron de instalar en mi tierna cabecita su peculiar concepción del mundo por medio de una delicada brutalidad y de un primoroso lavado de cerebro. Trabajadores ímprobos, pero que no pasaron de inútiles educadores, pues no me queda de ellos más que un vago reproche, más teñido de ternura que de pesar, además de un sano agnosticismo y una meticulosa tolerancia.

Aquellos simpáticos torturadores con licencia para matar niños tenían un alto ideal pedagógico organizado en torno a dos vectores filosóficos. Uno: no somos nada. Dos: con renuncia y disciplina podemos llegar a ser aún menos. En virtud del primer principio se pasaban todo el santo día tratando de hacerme sentir como un vil gusano; no sólo la carne era abyecta, sino que, para colmo, el pensamiento mismo se licuaba en un fluido asqueroso. Sentir era pecado; pensar, la evidencia del mismo. Afortunadamente, y gracias al segundo ideal educador, el ser humano (aunque con la dificultad propia también la subespecie infantil) podía mejorarse por medio de la renuncia a sentirse mejor. Es decir, llegando a comprender cuán hermoso era ser un verdadero gusano. De modo que se trataba de no explorar el camino de lo posible, sino de recorrer en silencio la senda de lo mediocre y hacerse perdonar por cualquier cosa parecida a un deseo personal, un sueño o un olor no autorizado.

Por efecto de ambos principios la educación apuntaba a las más altas miras, y devenía en un inquietante laberinto de vigilancias, castigos y rezos en latín. Ya se sabe que las profecías, en su mayoría, acaban por autocumplirse. Por eso los niños éramos medianamente malvados y tratábamos obedientemente de cumplir las expectativas que nuestros amados tutores habían depositado en nosotros. No llegábamos a ser perversos, a pesar de estar ya pervertidos. Desconfiaban de nosotros, nos vigilaban y nos acosaban a

preguntas incomprensibles, amargas y sucias. Allá donde no alcanzaba el ojo esférico de los reverendos policías, llegaba sin piedad el sofisticado sistema óptico interiorizado, el pequeño autocensurador que nos había colado en nuestro podrido corazoncito un chivato de self-service.

Siempre estaba, gracias a ese mercenario interior, en pecado, o a punto de pecar, o recién llegado de un instantáneo y fugaz estado de arrepentimiento pasajero. Pecados mortales, veniales, originales y de importación. Pecados y más pecados, en un torbellino de caída, culpa y aflicción. Suerte tenía de que podían canjearse por una módica cantidad de oraciones, en cualquier momento, sin fecha de caducidad y sin límite de convocatorias. Yo ensayaba un baile eterno de autorrepresión, culpa y penitencia que hacía las delicias de los píos carceleros de mi infancia.

Curas, monjas y demás defensores de la libertad de enseñanza nos metían, a golpe de regla con canto dorado, sus mitos particulares y sus obsesiones, con el tacto y el respeto que les caracterizaba por aquellos tiempos de monopolio, vino y rosas para la Virgen. Si uno, como era mi caso, se desmandaba y no acataba esa razonable y entusiastamente propuesta de vida, se topaba con argumentos de peso. Existía una amplia gama de torturas, simbólicas y efectivamente físicas, que le hacían ver el error de su infantil comportamiento. Desde verse negar el agua para beber o el estar de rodillas y brazos en cruz durante unas horas, hasta verse instalado en la pantorilla un ingenioso juego de alambres y pinchos.

De ese modo, suave y cariñoso, trataban de decirnos que la razón estaba de su parte y que nos amaban tanto que iban a acabar con nuestra pertinaz sequía de virtudes con semejante pedagogía. Señor, qué tiempos aquellos, menos mal que ahora todos somos posmodernos y partidarios del diálogo.

Cómo saber si está usted objetivamente muerto

Somos todos tan objetivos y científicos que nos hemos convertido en estatuas de sal. O de azúcar. Una ridícula concepción de la objetividad ha eliminado de la profesión de enseñante el tuétano de la pasión, la parcialidad y la desmesura. Un educador tiene que estar vivo. Es decir: equivocarse, amar ridículamente a algo o a alguien, exagerar y opinar desde la más irreductible subjetividad. Eso, y no otra cosa, es lo que debiéramos entender por "dar ejemplo". Sólo estar vivos. Hemos confundido la serenidad de la objetividad, como resultado final, con la quietud muscular de la muerte. Hoy hay muchos cadáveres en las clases.

Uno soportó una larga y gris retahíla de maestros. Muchos de ellos olvidados están, a pesar del esfuerzo de la memoria. Paradójicamente, flotan en el lago de mi recuerdo sólo aquellos maestros adornados por algún defecto o virtud desmesurados. Sobreviven los locos, los desproporcionados, los cínicos, los severos, los maniáticos o los insoportables. Es decir, los vivos. Sus pasiones, su exagerada ansia o su quijotesca mímica es lo que les ha salvado del olvido y de la muerte. Fallecidos están, en cambio, la legión de mediocres, de eruditos insustanciales, de homogéneos funcionarios.

Supongo, pues, de todo ello que algo de pasión es la garantía mejor para ser un buen maestro. Más aún hoy, cuando alargamos más y más la escolaridad esperando despertar la pasión de saber.

Desmesura es, en buena parte, signo de humanidad. Y el maestro tiene el deber de ser, ante todo, un hombre de su tiempo, una humanidad con piernas, un pararrayos de pasiones. Entiéndase aquí por humanidad, si se quiere, esa especial energía que emiten sólo quienes están vivos y son conscientes de estarlo plenamente, de cabeza a pies. No basta, en consecuencia, con ser profesionales de algo, con tener la exclusiva de una habilidad o el truco de una porción del saber. Hay que iluminar ese bagaje cultural —tan elemental— con la luz poderosa del apasionamiento, de la curiosidad y de la desmesura.

Considerados de este modo, no hay muchos educadores. Esta redefinición del maestro, tan clásica por otra parte, deja en segundo lugar la retahíla de los contenidos y de los

pretendidos conocimientos objetivos. Son precisos, pero no valen de nada si no están habitados por esa energía que los impulsa hasta donde viven los alumnos. Quedan pocos maestros vivos no esfinges parlantes. Sobreviven malamente en el laberinto institucional, entre un mobiliario inútil de reglamentos, mandatos, prohibiciones, méritos y tutelas, entre una jerarquía de funcionarios de la uniformidad.

No se hace aquí acusación alguna. Ni tampoco elogio de la locura. Se invoca a la pasión como llama de la inteligencia, a la exageración en cuanto que motor de eso que llamamos todavía "pensamiento crítico". Nos faltan educadores sacudidos por el color de la locura y del entusiasmo; nos sobran zombis titulados que vociferan en el desierto.

La objetividad es el otro nombre del miedo. La cientificidad sólo un apodo para la rutina. Ambos malos consejeros para los alumnos, aún expectantes y vivos, esos que miran a los adultos con la objetividad implacable de sus ojos. No ven entusiasmo, ni pasión, ni desmesura. Sólo el mal ejemplo de una objetividad más propia de objetos que de seres vivos y de una ciencia inerte y distante. Será por eso que acuden a buscar valores y modelos a imitar en el mundo de las máquinas, en las sombras audiovisuales o en el sacramento de la música compartida. ¿Y usted se encuentra bien o está vivo?

Inútil sacramento

El libro, bajo la amarilla, pálida luz presidiendo el ritual. Oficia un sacerdote agobiado, los codos hincados con firme empeño en la madera gastada de una mesa, los pulgares apretando con crispación los oídos, ensordecidos al rumor del mundo. Los dedos coronando de uñas el cráneo inclinado, hundido entre hombros contraídos, concentrada la mirada, el gesto hurafío y las cejas como una línea negra de presentimientos feroces. Una pierna, ridículamente móvil en un bloque de mármol rosado, se agita en un pedaleo frenético.

La boca entreabierta susurra mudamente frases, palabras y conceptos, que se elevan como volutas de humo invisible, hasta incrustarse en el oscuro artesonado. En el aire flotan vocales y consonantes, fórmulas y otrosis, meciéndose blandamente en un buceo perezoso y furtivo.

El estudiante está en el templo de la biblioteca, prepara el examen, siempre el más importante y decisivo examen. A su lado, junto a él y contra él, otro, y otro más allá, ocultándose, temerosos, los apuntes idénticos, los mismos libros y manuales.

Resuena un murmullo persistente, como un bisbiseo eclesial y piadoso, mascullado desde la soledad de cada boca y cantado en una sinfonía amenazante. Las cabezas agachadas, las bocas besan casi el libro, mastican su bolo alimenticio, destilan jugos y los vierten en los meandros electrolíticos del cerebro. Allí, sus ácidos ablandarán el tierno córtex, acariciarán los lóbulos, besarán la hipófisis y se acomodarán, con la fría mansedumbre de un gran copo de nieve, en las células nerviosas, fecundándolas sin asomo de deseo. La información dormirá en el tálamo y en la placidez azulada del cerebelo, hasta el día del juicio final: cuando el examen se acerque a su lecho de jugos, nervios y corrientes eléctricas. La biblioteca emana un calorcillo de cuerpos tibios, exuda un ronroneo de gargantas cerradas y se puede oír el rechinar afelpado de los cerebros en el acto, solemne, de recibir el sacramento de la información. Miles de pulgares, distraídamente ensalivados en sonrosadas lengüecillas, pasan página tras página.

Súbitamente, una sombra viaja de la mesa a la estantería, desencadenando una tormenta de maderas chirriantes, un eco de lamentos, bajo la bóveda gótica de la biblioteca.

Millares de ojos irritados congelan el gesto del ruidoso caminante, que ahora avanza con cautela, en cámara lenta llevando con unción un voluminoso libro de tapas apergaminadas.

De nuevo reemprenden la sonora oración de la memoria. Bajan los ojos, cierran su ceño los dedos en torno a los recalentados cráneos, borbotean otra vez los cerebros, se tensan las meninges y bailan las neuronas. Los pies, detenidos simultáneamente, retoman con sincronía armoniosa su vaivén compulsivo.

El ritual sigue. El saber no ocupa lugar, los libros vampirizan a los estudiantes y éstos odian a los libros. Es la repetida ceremonia de una cultura falsa, libresca, ajena y distante. La liturgia obligada que nace de un inmenso error, que nos condena a almacenar sin deseo, a memorizar sin aprender, a repetir sin entender. Inútil sacramento ya, pues ese saber cuantitativo puede hoy guardarse y recuperarse en un disco del tamaño de un vulgar huevo frito.

Los estudiantes entonan su sempiterno salmo, ofician de Sísifo, con gestos ausentes y gastados, obsoletos pero obligatorios para tratar de vivir más allá del encierro en un purgatorio sin libros. Hasta ellos no llega aún la sutil fragancia de jazmín de una primavera externa, contagiosa, imparabile.



CENTRO DE PUBLICACIONES
MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA

